E. M. CIORAN

EL OCASO DEL PENSAMIENTO

El ocaso del pensamiento, publicada originalmente en rumano en 1940, es una de las obras más polémicas y enigmáticas de Cioran, el genial «antiprofeta» de nuestro tiempo. Deslumbrado por autores como santa Teresa o san Juan de la Cruz, por la mezcla de sensualidad y trascendencia de sus textos, Cioran no duda en entregarse en estas páginas a lo que considera el deber de todo pensador: «retorcer la vida por todos sus lados…, volver incesantemente sobre todos sus entresijos, recorrer de arriba abajo sus senderos, darle mil vueltas al mismo aspecto, descubrir lo nuevo sólo en aquello que no haya visto con claridad, conseguir que los pensamientos se mezclen con el cuerpo, y así hacer jirones la vida pensándola hasta el final».

epublibre

E. M. Cioran

EL OCASO DEL PENSAMIENTO

ePub r1.3
Titivillus 05.02.2022

Título original: *Amurgul Gândurilor*
E. M. Cioran, 1940
Traducción: Joaquín Garrigós
Ilustraciones: Sylvia Sants

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

…aliméntalo con el pan y el agua
de la aflicción.
2 Crónicas, 11, 26

Capítulo primero

Uno puede decir con toda tranquilidad que el universo no tiene ningún sentido. Nadie se enfadará. Pero si se afirma lo mismo de un sujeto cualquiera, éste protestará e incluso hará todo lo posible para que quien hizo esa afirmación no quede impune.

Así somos todos: nos exoneramos de toda culpa cuando se trata de un principio general y no nos avergonzamos de quedarnos reducidos a una excepción. Si el universo no tiene ningún sentido, ¿habremos librado a alguien de la maldición de ese castigo?

Todo el secreto de la vida se reduce a esto: no tiene sentido; pero todos y cada uno de nosotros le encontramos uno.

*

La soledad no te enseña a estar solo, sino a ser *único*.

*

Dios está muy interesado en controlar las verdades. A veces un simple encogimiento de hombros puede hacer que todas se le vengan abajo, puesto que los pensamientos ya hace tiempo que se las socavaron. Si un gusano es capaz de sentir inquietudes metafísicas, también él le quita el sueño.

Pensar en Dios es un obstáculo para el suicidio, no para la *muerte*. Eso no alivia en absoluto la oscuridad que habrá asustado a Dios mientras se buscaba el pulso por miedo a la nada…

Dicen que Diógenes se dedicaba a falsificar moneda. Todo hombre que no crea en la verdad absoluta tiene derecho a falsificar cualquier cosa. Si Diógenes hubiera nacido después de Cristo, habría sido un santo. ¿Adónde puede llevarnos la admiración por los cínicos y dos mil años de cristianismo? A un Diógenes *enternecedor…*

Platón dijo de Diógenes que era un Sócrates loco. Difícil resulta ya salvar a Sócrates…

*

Si la sorda excitación que me domina cobrara voz, cada gesto sería un postrarme de hinojos ante un muro de las lamentaciones. Llevo luto desde que nací, luto por este mundo.

*

Todo lo que no es olvido, nos desgasta el alma; el remordimiento es el reverso del olvido. Por eso se alza amenazador como un monstruo de tiempos remotos que mata sólo con la mirada o llena los momentos con sensaciones de plomo fundido en la sangre.

El común de las gentes siente remordimientos tras un acto cualquiera; *sabe* por qué los tiene porque los motivos están ante sus ojos. Sería inútil que les hablara de «accesos», nunca podrían entender la fuerza de un tormento inútil.

El remordimiento metafísico es una turbación sin causa, una inquietud ética en el límite de la vida. No tienes culpa alguna de la que arrepentirte y sin embargo sientes remordimientos. No te acuerdas de nada pero te invade un sentimiento infinitamente doloroso del pasado. No has hecho nada malo, pero te sientes responsable de los males del universo. Sensaciones de Satanás delirante de escrúpulo. El principio del Mal apresado en las redes de los problemas éticos y en el terror inmediato de las soluciones.

Cuanto menos indiferente seas frente al mal, más cerca estarás del remordimiento esencial. Este a veces es difuso y equívoco: entonces cargas con la *ausencia* del Bien.

El color del remordimiento es el morado. (Lo extraño en él tiene su origen en la lucha entre la frivolidad y la melancolía, donde la última es la que triunfa.)

El remordimiento es la forma *ética* del pesar. (Los pesares se convierten en problemas, no en tristezas.) Un pesar elevado al rango de sufrimiento.

No *resuelve* nada, pero lo *empieza* todo. La moral aparece con el primer temblor de remordimiento.

Un dinamismo doloroso hace de él un desperdicio suntuoso e inútil del alma. Sólo el mar y el humo del tabaco pueden darnos una idea de su imagen.

El pecado es la expresión religiosa del remordimiento, al igual que el pesar es su expresión poética. El primero es un límite superior; el último, inferior.

Te lamentas de que algo ha ocurrido contigo mismo… Eras libre de dar otro rumbo a los acontecimientos, pero la atracción del mal o de la vulgaridad ha vencido a la reflexión ética. La ambigüedad arranca de la mezcla de teología y vulgaridad que hay en cualquier remordimiento.

No hay forma más dolorosa de sentir la irreversibilidad del tiempo que a través del remordimiento. Lo irreparable no es otra cosa que la interpretación moral de esa irreversibilidad.

El mal nos desvela la sustancia demoníaca del tiempo; el bien, el potencial de eternidad del devenir. El mal es abandono; el bien, un cálculo inspirado. Nadie conoce la diferencia racional existente entre uno y otro. Pero todos sentimos el doloroso calor del mal y la frialdad extática del bien.

Ese dualismo transpone al mundo de los valores otro dualismo más profundo: inocencia y conocimiento.

Lo que diferencia el remordimiento de la desesperación, del odio o del honor es una ternura, un sentido patético de lo incurable.

¡Hay tantos hombres a quienes sólo les separa de la muerte su anhelo por ella! En este anhelo, la muerte convierte la vida en un espejo en el cual poder admirarse. La poesía solamente es el instrumento de un fúnebre narcisismo.

*

Tanto los animales como las plantas son *tristes*, pero no han descubierto la tristeza como una vía de conocimiento. Sólo en la medida en que el hombre la utiliza, cesa de ser *naturaleza*. Al mirar a nuestro alrededor, ¿quién no se da cuenta de que hemos dado nuestra amistad a las plantas, a los animales y a los minerales? Pero a ningún hombre.

*

El mundo no es más que un *Ninguna-parte* universal. Por eso nunca tenemos un lugar adonde ir…

*

Todos esos momentos en que la vida calla para que oigas tu soledad…, tanto en París como en el más alejado villorrio, el tiempo se retira, se acurruca en un rincón de la conciencia y se queda contigo mismo, con tus luces y tus sombras. El alma se ha aislado y, presa de convulsiones indefinidas, sube hasta tu superficie, como un cadáver pescado en las profundidades. Entonces te das cuenta de que también existe otro sentido de *pérdida del alma* distinto del bíblico.

*

Todos los pensamientos se asemejan a los gemidos de una lombriz pisada por los ángeles.

*

No puedes entender lo que significa «la meditación» si no estás habituado a escuchar el silencio. Su voz incita a la renuncia. Todas las iniciaciones religiosas son inmersiones en su profundidad. Empecé a sospechar del misterio de Buda en cuanto me entró miedo del silencio. La mudez cósmica te dice tantas cosas, que la cobardía te empuja a los brazos de este mundo.

La religión es una revelación atenuada del silencio, una dulcificación de la lección del nihilismo que nos inspiran sus susurros, filtrados por nuestro miedo y nuestra prudencia… De esa forma, el silencio se sitúa en las antípodas de la vida.

*

Siempre que la palabra *extravío* acude a mi mente, trae consigo la revelación del hombre. Y también es como si las montañas reposaran sobre mi frente.

*

Suso revela en su autobiografía que con un punzón metálico se grabó el nombre de Jesús a la altura del corazón. La sangre no corrió en vano, pues al poco tiempo descubrió una luz en aquellas letras y las tapó para que nadie las viera. ¿Qué escribiría yo a la altura de mi corazón? Seguramente: infelicidad. Y la sorpresa de Suso se repetiría varios siglos después por el simple hecho de que el diablo tuviera una luz como emblema… De ese modo, el corazón humano se convertiría en el anuncio luminoso de Satanás.

*

Los ángeles veranean en los calveros de algunos bosques. En ellos yo sembraría flores de las márgenes de los desiertos para

echarme a reposar a la sombra del propio símbolo.

*

Hay que tener el espíritu de un escéptico griego y el corazón de un Job para experimentar los sentimientos *en su esencia:* un pecado sin culpa, una tristeza sin motivo, un remordimiento sin causa, un odio sin objeto…

Sentimientos puros que equivalen a filosofar *sin problemas*. Ni la vida ni el pensamiento existen ya —en este sentido— sin relación con el tiempo, y la existencia se define como una suspensión. Todo lo que sucede en tu interior no puede referirse ya a nada, porque no se dirige a ninguna parte, sino que se agota en la finalidad interna del acto. Se hace tanto más esencial cuanto robas a tu «historia» el carácter de temporalidad. Las miradas al cielo son intemporales, y la vida en sí misma es menos localizable que la nada.

En el anhelo por lo absoluto existe la pureza de lo indeterminado, que tiene que sanarnos de las infecciones temporales y servirnos de prototipo de la suspensión incesante. Porque, en el fondo, esto no es sino desparasitar a la conciencia del tiempo.

*

Siempre que pienso en el hombre, la compasión anega mis pensamientos. Y así no puedo, en modo alguno, seguir sus huellas. Una fractura en la naturaleza nos obliga a meditaciones fracturadas.

*

La pasión por la santidad sustituye al alcohol en la misma medida que la música. Al igual que el amor y la poesía. Formas distintas del olvido, perfectamente sustituibles. Los borrachos, los santos, los enamorados y los poetas se encuentran inicialmente a la misma distancia del cielo o, mejor dicho, de la tierra. Sólo las vías difieren, aunque todos están *en vías* de dejar de

ser hombres. Así se explica por qué el placer de la inmanencia los condena de forma similar.

*

La timidez es un desprecio instintivo de la vida; el cinismo, uno racional. ¿Y la ternura? Un delicado ocaso de la lucidez, una «degradación» del espíritu al rango del corazón.

En toda timidez se halla un matiz religioso. El miedo de no ser de nadie, de que Dios no sea nadie, y el mundo su obra… La desconfianza metafísica crea hostilidad en la naturaleza e incomodidad en la sociedad. La falta de atrevimiento entre los hombres —el decantamiento de la fuerza en desprecio— parte de una vitalidad insegura, agravada por recelos, de lo que es más esencial en el mundo. Un instinto seguro y una fe decidida le dan a uno el derecho a ser insolente; incluso le obligan a ello. La timidez es el modo de encubrir un pesar. Ya que cualquier atrevimiento no es más que la forma que adopta la falta de pesar.

*

El no tener ya ilusiones es como haber servido de espejo al tocador íntimo de la vida. No hay en la vida un misterio más conmovedor que el amor a la vida; él solo pasa por encima de toda evidencia. Hay que dejar de pertenecer por completo a este mundo para que la vida parezca un absoluto. Desde el cielo, ésta es la perspectiva que se tiene.

*

Donde aparece la paradoja, muere el sistema y triunfa la vida. Por medio de ella la razón salva su honor frente a lo irracional. Lo que en la vida es turbio únicamente puede expresarse como maldición o himno. Quien no pueda servirse de ellos, sólo tiene una escapatoria a su alcance: la paradoja, sonrisa *formal* de lo irracional.

¿Qué otra cosa es, desde la perspectiva de la lógica, sino un juego irresponsable y, desde el buen sentido, una inmoralidad teórica? ¿Es que no se abrasan en ella todo lo insoluble, los desatinos y los conflictos que atormentan la vida desde lo más hondo? Siempre que sus agitadas sombras hablan al oído a la razón, ésta viste sus susurros con la elegancia de la paradoja para enmascarar su origen. ¿Es la propia paradoja de salón algo distinto a la más profunda expresión que puede alcanzar la superficialidad?

La paradoja no es una *solución*, ya que no resuelve nada. Puede emplearse solamente como adorno de lo irreparable. Querer *dirigir* algo con ella es la mayor de las paradojas. No puedo imaginármela sin el desengaño de la razón. Su falta de *pathos* la obliga a estar al acecho del murmullo de la vida y a suprimir su autonomía a la hora de interpretarla. En la paradoja la razón se anula por sí misma; ha abierto sus fronteras y ya no puede detener la invasión de los errores palpitantes, de los errores que laten.

Los teólogos son parásitos de la paradoja. Sin su uso inconsciente hace mucho que tendrían que haber depuesto las armas. El escepticismo religioso no es más que su práctica *consciente*.

Todo cuanto no cabe en la razón es motivo de duda; pero en ella no *hay* nada. De ahí el fructífero auge del pensamiento paradójico que ha introducido un contenido en las formas y ha dado curso oficial al absurdo.

La paradoja presta a la vida el encanto de un absurdo expresivo. Le devuelve lo que ésta le atribuyó desde el principio.

*

Si yo fuera Moisés, sacaría con mi bastón pesadumbres de las rocas. Sea como fuere, ése es también un modo de apagar la sed de los mortales…

*

Lo religioso no es una cuestión de contenido, sino de intensidad. Dios se concreta en nuestros momentos febriles, de suerte que el mundo en el que vivimos se convierte en un excepcional objetivo de la sensibilidad religiosa por el hecho de que sólo podemos reflexionar en los momentos *neutros*. Sin «fiebres» no superamos el campo de la percepción, es decir, no *vemos* nada. Los ojos sólo sirven a Dios cuando no distinguen los objetos; lo absoluto teme a la individuación.

La intensificación de cualquier sensación es señal de religiosidad. El grado máximo de repulsión nos revela el Mal (la vía negativa hacia Dios). El vicio está más cerca de lo absoluto que un instinto auténtico, porque la participación en lo *divino* es posible en la medida en que ya no somos naturaleza.

Un hombre lúcido controla sus «fiebres» a cada paso, como espectador de su propia pasión, eternamente sobre sus huellas, entregándose de forma equívoca a las fantasías de su tristeza. En estado lúcido el conocimiento es un homenaje a la fisiología.

Cuanto más *sabemos* sobre nosotros mismos, más cumplimos con las exigencias de una higiene que consiste en la realización de la transparencia orgánica. Es tanta la claridad, que vemos a *través* de nosotros. Te conviertes así en *espectador* de ti mismo.

*

La fuente de la histeria religiosa en los conventos no puede ser otra que escuchar al silencio, la contemplación del espectáculo de sosiego de la soledad. ¿Pero qué hay del pálpito interior del Tiempo, de la pérdida de la conciencia en el balanceo del oleaje temporal? La fuente de la histeria laica…

*

El Tiempo es un sucedáneo metafísico del mar. Uno sólo piensa en él cuando quiere vencer la nostalgia marina.

*

Si se admite en el universo la existencia *real* de lo infinitesimal, todo es real; si no existe *algo*, no existe nada. Hacer concesiones a la multiplicidad y reducirlo todo a una jerarquía de apariencias significa no tener el valor de negar. La lejanía teórica de la vida y la debilidad sentimental por ella nos llevan a la vacilante solución de graduar la irrealidad, a un pro y contra de la existencia.

La situación paradójica expresa una indeterminación esencial del ser. Las cosas no se han *ordenado*. Tanto como situación real, como de forma teórica, la paradoja surge de la condición de lo imperfecto. Bastaría con una para lanzar el paraíso por los aires.

La contingencia (los oasis de lo arbitrario en el desierto de la Necesidad) sólo es aprehensible por las formas de la razón a través de la intervención de la movilidad que la agitación de la paradoja introduce. ¿Qué otra cosa es ésta sino la irrupción demoníaca en la razón, una transfusión de sangre en la Lógica y un padecimiento de las formas?

Es un argumento irrebatible que los místicos no han resuelto nada, ¿pero lo han entendido todo? Hay un alud de paradojas en torno a Dios para aliviarse del miedo a lo incomprensible. La mística es la expresión suprema del pensamiento paradójico. Los propios santos se han servido de la indeterminación para «precisar» lo indescifrable que resulta lo divino.

*

Sensaciones etéreas del Tiempo en que el vacío se sonríe a sí mismo…

*

La melancolía: halo vaporoso de la Temporalidad.

*

La existencia demoníaca eleva cada uno de los instantes a la dignidad de acontecimiento. La acción —muerte del espíritu— emana de un principio satánico, luchar en la medida en que uno tiene algo que expiar. La actividad política es, más que cualquier otra cosa, una expiación inconsciente.

*

La sensibilidad frente al tiempo tiene su punto de partida en la incapacidad de vivir el presente. A cada momento percibes el inmisericorde movimiento del tiempo que sustituye al dinamismo inmediato de la vida. Ya no vives *en* el tiempo, sino *con* él, paralelo a él.

Al ser *una* misma cosa con la vida, *eres* tiempo. Al vivirlo, mueres junto con él, sin dudas y sin dolor. La salud perfecta tiene lugar en la asimilación temporal, mientras que el estado de enfermedad es una disociación equivalente. Cuanto mejor se percibe el tiempo, tanto más se avanza hacia el desequilibrio orgánico.

De forma natural, el pasado se pierde en la actualidad del presente, se totaliza y se funde con él. La pesadumbre (expresión de la agudeza temporal, de la desintegración del presente) aísla el pasado como actualidad, lo vitaliza por medio de una auténtica óptica regresiva. Porque en la pesadumbre el pasado conserva la virtud de lo *posible*. Lo irreparable convertido en virtualidad.

Cuando se es plenamente consciente de la clase de agente destructor que es el tiempo, los sentimientos que se organizan alrededor de esa conciencia intentan salvarlo por todos lados. La profecía es la actualidad del futuro, como la pesadumbre lo es del pasado. Al no poder *ser* en el presente, transformamos el

pasado y el futuro en *presencias*, de modo que la nulidad actual del tiempo nos facilita el acceso a su infinitud.

Estar enfermo significa vivir en un presente *consciente*, en un presente translúcido en sí mismo, ya que el miedo al pasado y al futuro, a lo que ha ocurrido y a lo que ocurrirá, dilata el instante al compás de la inmensidad temporal.

Un enfermo que pudiera vivir con ingenuidad no sería un enfermo propiamente dicho, ya que se puede estar afectado de cáncer, pero si no se tiene miedo al desenlace (ese futuro que corre hacia nosotros, no hacia donde nosotros corremos), se está sano. No hay enfermedades sino sólo una conciencia de ellas acompañada siempre por la hipertrofia de la sensación de lo temporal.

¿No nos sucede a veces que *palpamos* el tiempo, que se nos escurre entre los dedos, con una intensidad tal que lo proyecta dándole un contorno material? Y otras veces, ¿no lo sentimos correr como una sutil brisa entre nuestros cabellos? ¿Estará cansado? ¿Andará buscando lecho donde reposar? Hay corazones más agotados que él y que, sin embargo, no rehusarían acogerlo…

*

El Mal, una vez abandonada su indiferencia originaria, tomó al Tiempo como seudónimo.

*

Los hombres construyeron el paraíso filtrando de una «esencia» de perdurabilidad la eternidad. El mismo procedimiento aplicado al orden temporal nos hace inteligible el sufrimiento. Ya que, realmente, ¿qué es éste sino «esencia» del tiempo?

Después de la medianoche medita como si ya no formaras parte de la vida o, en el mejor de los casos, como si ya no fueras *tú*. Conviértete en una simple herramienta del silencio, de la

eternidad o del vacío. Te crees triste y no sabes que estas cosas respiran a través de ti. Eres víctima de una confabulación de fuerzas oscuras, ya que de un individuo no puede nacer una tristeza que no quepa dentro de él. Todo aquello que nos supera tiene su origen fuera de nosotros. Ya sea el placer, o el sufrimiento. Los místicos atribuyeron a Dios la inefable felicidad que experimentaban durante los estados de éxtasis porque no podían admitir que la finitud individual fuera capaz de tanta plenitud. Lo mismo ocurre con la tristeza y con todo lo demás. Estás solo, pero con toda la *soledad*.

*

Cuando todo se mineraliza, la propia nostalgia se convierte en geometría, las rocas parecen líquidas en comparación con la pétrea vaguedad del alma, y los matices son más escarpados que los montes. Entonces, cuando todo eso sucede, sólo te queda temblar y mirar como un perro apaleado y transformar tu cabeza en un viejo y desvencijado reloj; almohada de una frente enloquecida.

*

Siempre que paseo entre la niebla, me descubro mejor a mí mismo. El sol nos enajena, pues al mostrarnos el mundo nos liga a sus mentiras. Pero la niebla es el color de la amargura…

*

A los accesos de lástima precede un estado de debilidad general, en el cual te mueves temeroso de caer en todos los objetos, de fundirte con ellos. La lástima es la forma patológica del conocimiento intuitivo. Pese a todo, no puede encuadrarse dentro de la categoría de las enfermedades, pues es un desvanecimiento… vertical. Caemos en dirección a nuestra propia soledad.

*

Las noches en blanco (las únicas *negras*) hacen de ti un verdadero buzo del Tiempo. Bajas y bajas hacia su fondo sin fin… La inmersión musical e indefinida hacia las raíces de la temporalidad se queda en un placer insatisfecho, porque no podemos tocar los márgenes del tiempo más que *saltando* desde su interior. Sin embargo, ese salto nos lo convierte en algo externo; percibimos sus límites, pero no su *experiencia*. La suspensión lo transforma en irrealidad y le roba su idea de infinito, decorado de las noches en blanco.

El único papel del sueño es el olvido del tiempo, del principio demoníaco que vela en él.

*

Cuando estoy en una iglesia, a menudo pienso qué fantástica sería la religión si no hubiese creyentes, si sólo hubiese la inquietud religiosa de Dios de la que nos habla el órgano.

*

La mediocridad de la filosofía se explica por el hecho de que solamente se puede pensar cuando se tiene la temperatura baja. Cuando dominas la fiebre, ordenas tus pensamientos como si fueran muñecos, manejas las ideas como si fueran marionetas en la cuerda y el público no se sustrae a la ilusión. Pero cuando siempre que te miras a ti mismo ves un incendio o un naufragio, cuando el paisaje interior es una suntuosa devastación de llamas evolucionando hacia el horizonte de los mares, entonces das rienda suelta a los pensamientos, columnas embriagadas por la epilepsia del fuego interior.

*

Si supiera que una sola vez estuve triste a causa de los hombres, depondría las armas por vergüenza. Estos pueden ser amados a veces, otras, odiados y siempre compadecidos, pero entristecerse por ellos es una concesión degradante. Los momentos

de generosidad divina en los que abrazaría a todo el mundo son inspiraciones raras, verdaderas «gracias».

El amor por los demás es una enfermedad tonificante y, al mismo tiempo, extraña, porque no se apoya en ningún elemento de la realidad. Hasta ahora no ha existido un solo psicólogo amante del prójimo y seguro que nunca lo habrá. El conocimiento no va al compás de la humanidad. Sin embargo, hay pausas de lucidez, recreaciones del conocimiento, crisis del ojo implacable, que lo ponen en la situación extraña del amor. Entonces desearía tenderse en medio de la calle, besar las plantas de los pies de los demás mortales, desatar las correas del calzado de los mercaderes y de los pordioseros, arrastrarse por todas las llagas y charcos de sangre, colgar de la mirada del criminal alas de paloma, ¡ojalá fuera el último hombre por amor!

El conocimiento de los demás y la repulsión convierten al psicólogo, por las buenas o por las malas, en víctima de sus propios cadáveres. Y es que para él todo amor es una expiación. Los hombres anulados por el conocimiento mueren en ti; las víctimas de tu desprecio se pudren en tu corazón. ¡Y todo este cementerio cobra vida en el delirio de amor, en los espasmos de tu expiación!

*

Lo sublime es lo inconmensurable como idea de muerte. El mar, el renunciamiento, las montañas y el órgano —de formas distintas y, sin embargo, del mismo modo— son la culminación de un final que aunque se consume en el tiempo, su destrucción está, no obstante, lejos de él. Y es que lo sublime es una crisis *temporal* de la eternidad.

Lo que hay de sublime en el ejemplo de Jesús deriva de vagar eternamente a través del tiempo, de su inmensurable degradación. Pero todo lo que es *fin* en la existencia del Redentor ate-

núa la idea de sublime, que excluye las alusiones éticas. Si bajó de buena voluntad para salvarnos, entonces puede interesarnos sólo en la medida en que apreciamos estéticamente un gesto ético. Por el contrario, si su paso entre nosotros es sólo un error de la eternidad, una inconsciente tentación de muerte de la perfección, una expiación en el tiempo de lo absoluto, las proporciones enormes de esta inutilidad ¿no se alzarán entonces bajo el signo de lo sublime? Que la estética salve entonces la cruz como símbolo de la eternidad.

*

No existe mayor placer que creerse haber sido filósofo y no serlo ya.

Sufrir significa *meditar* una sensación de dolor: filosofar, meditar sobre esa meditación.

El sufrimiento es la ruina de un concepto; una avalancha de sensaciones que intimida todas las formas.

Todo en filosofía es de segundo orden, de tercero… Nada *directo*. Un sistema se construye de derivaciones, pues él mismo es lo derivado por excelencia. Mientras tanto, el filósofo no es más que un genio *indirecto*.

*

No podemos ser tan generosos con nosotros mismos como para despilfarrar la libertad que nos otorgamos. Si no nos pusiéramos impedimentos, ¡cuántas veces cada instante no sería sino un sobrevivir! ¿No sucede a menudo que seguimos siendo nosotros mismos sólo por la *idea* de nuestras limitaciones? Un pobre recuerdo de una individuación pasada, un jirón de la propia individualidad. Como si fuésemos un objeto que busca su nombre en una naturaleza sin identidad. El hombre está hecho (como todos los seres vivos) a la medida de unas determinadas sensaciones. Pues bien, éstas ya no se hacen sitio las unas a las otras

en una sucesión normal, sino que lo invaden de golpe con una furia elemental, formando un enjambre en torno a su despojo —de la *plenitud*— que es el yo. ¿Dónde habrá sitio, entonces, para la *mancha de vacío* que es la conciencia?

*

En Shakespeare hay tanto crimen y tanta poesía que sus dramas parecen concebidos por una rosa demente.

*

Por más amargura que haya en nosotros, no es tan grande como para que pueda dispensarnos de las amarguras de otros. He aquí por qué la lectura de los moralistas franceses se asemeja a un bálsamo en las horas tardías. Saben siempre lo que significa estar solo entre los hombres; y lo insólita que es la soledad en el mundo. Ni siquiera Pascal pudo vencer su condición de hombre *retirado* de la sociedad. Un sufrimiento algo más reducido, y habríamos registrado una gran inteligencia. Entre los franceses y Dios siempre se interpuso el salón.

*

Ha habido dos cosas que me han colmado de una histeria metafísica: un reloj parado y un reloj en marcha.

*

Cuanto menos te interesan los hombres, más tímido te vuelves delante de ellos, y cuando llegas a despreciarlos, te pones a balbucear. La naturaleza no te perdona que pases por encima de su inconsciencia y te acecha en todas las sendas de tu orgullo, cubriéndolas de pesares. ¿Cómo se explicaría de otro modo que a todo triunfo sobre la condición humana se le asocie el correspondiente pesar?

La timidez presta al ser humano algo de la discreción íntima de las plantas, y a un espíritu agitado por él mismo, una melan-

colía resignada que parece ser la del mundo vegetal. Sólo tengo celos de una azucena cuando no soy tímido.

*

Si el sufrimiento no fuera un instrumento de conocimiento, el suicidio sería obligatorio. Y la vida misma, con sus desgarros inútiles, con su oscura bestialidad, que nos arrastra a cometer errores para ahorcarnos de vez en cuando de alguna que otra verdad, ¿quién podría soportarla si no fuera un *espectáculo de conocimiento* único? Viviendo los peligros del espíritu nos consolamos, por medio de *intensidades*, de la falta de una verdad final.

Todo error es una verdad *antigua*. Pero no existe una *inicial*, porque entre la verdad y el error la distancia está marcada sólo por la pulsación, por la animación interior, por el ritmo secreto. De este modo el error es una verdad que ya no tiene *alma*, una verdad desgastada y que espera ser revitalizada.

Las verdades mueren psicológica y no formalmente; mantienen su validez en tanto que continúan la no vida de las formas, aunque puede que ya no sean válidas para nadie.

Todo cuanto hay de vida en ellas ocurre en el tiempo; la eternidad formal las sitúa en un vacío categorial.

A un hombre, ¿cuánto tiempo más o menos le «dura» una verdad? No mucho más que un par de botas. Sólo los mendigos no las cambian nunca. Pero como ahora te encuentras integrado en la vida, tienes que renovarte continuamente, pues la plenitud de una existencia se mide por la suma de errores almacenados, según la cantidad de ex verdades.

*

Nada de lo que *sabemos* está libre de expiación. Tarde o temprano, terminamos *pagando* muy caro las paradojas, los pensamientos osados o las indiscreciones del espíritu. En el castigo

que sigue a cualquier progreso del conocimiento hay un extraño embrujo. ¿Has desgarrado el velo que cubre la inconsciencia de la naturaleza? Lo purgarás con una tristeza cuyo origen no puedes ni sospechar. ¿Se te ha escapado un pensamiento revolucionario y amenazador? Hay noches que no pueden llenarse si no es con las evoluciones del arrepentimiento. ¿Has formulado muchas preguntas a Dios? ¿Por qué te extraña entonces el peso de las respuestas que no has recibido?

Indirectamente, por sus consecuencias, el conocimiento es un acto religioso.

Expiamos con placer el espíritu a pesar de su total abandono en lo inevitable. Como la desintoxicación del conocimiento es imposible porque lo requiere el organismo, incapaz de habituarse a dosis pequeñas, hagamos también del acto reflejo una *reflexión*. De esta manera la infinita sed del espíritu encuentra una expiación equivalente.

El culto a la belleza se parece a una delicada cobardía, a una deserción sutil. ¿Es que no amas porque te eximes de vivir? Impresionados todavía por una sonata o un paisaje, nos excusamos de la vida con una sonrisa de dolorosa alegría y de soñadora superioridad. Desde el centro de la belleza, todo está *detrás* de nosotros y sólo podemos mirar hacia la vida dándonos la vuelta. Cualquier emoción desinteresada, no asociada a lo inmediato de la existencia, retarda el ritmo del corazón. Realmente, ese órgano del tiempo que es el corazón, ¿qué otra cosa podría marcar en ese recuerdo de la eternidad que es la belleza?

Lo que no pertenece al tiempo nos corta la respiración. Las sombras de la eternidad que se ciernen siempre que la soledad está inspirada por un espectáculo de belleza, nos cortan el aliento. ¡Como si profanáramos la infinitud marmórea sólo con el vaho de nuestra respiración!

*

Cuando todo lo que toque se vuelva triste, cuando una mirada furtiva al cielo le transmita el color de la tristeza, cuando no existan ojos secos cerca de mí y me desenvuelva por las grandes avenidas como entre zarzas, cuando el sol sorba las huellas de mis pasos para emborracharse de dolor, entonces tendré el derecho y el orgullo de afirmar que existe la vida. Toda aprobación tendría de su parte el testimonio de lo infinito del sufrimiento, y toda alegría, el apoyo de las amarguras. Resulta torpe y vulgar hacer una afirmación que no sea para corroborar la totalidad del mal, el dolor y la tristeza. El optimismo es un aspecto degradante del espíritu, porque no se origina en la fiebre, ni en las alturas ni en el vértigo. Tampoco una pasión que extraiga su fuerza de las sombras de la vida. En los gargajos, en la basura, en el lodo anónimo de las callejuelas brota un manantial más limpio e infinitamente más fructífero que en el suave y racional hecho de compartir la vida. Tenemos bastantes venas por las que suben las verdades, bastantes venas en las que llueve, nieva, sopla el viento, nacen y se ponen soles. ¿Y no caen en nuestra sangre estrellas para recobrar su destello?

*

No hay lugar bajo el sol que me retenga ni sombra que me resguarde, porque el espacio se vuelve vaporoso en el ímpetu errante y en la fuga ansiosa. Para quedarse en algún sitio, para encontrar tu «lugar» en el mundo, tienes que cumplir el milagro de hallarte en algún punto del espacio, sin andar encorvado bajo el peso de las amarguras. Cuando te encuentras en un lugar, estás siempre pensando en otro, porque la nostalgia se perfila orgánicamente como una función vegetativa. El deseo de *otra cosa*, del símbolo espiritual, se convierte en *naturaleza*.

Expresión de la avidez de espacio, la nostalgia termina por anularlo. Aquel que sufre solamente de la pasión de lo Absoluto no necesita de ese deslizarse horizontalmente por el espacio. La existencia estacionaria de los monjes tiene su razón de ser en la canalización vertical, hacia el cielo, de esas difusas nostalgias por lo eterno, por otros lugares y otros confines. Una emoción religiosa no espera consuelo del espacio; es más, sólo es intensa en la medida en que lo asimila a un escenario de caídas.

Si no hay un solo sitio en el que no hayas sufrido, ¿qué otro motivo puedes invocar en apoyo de una vida errante? ¿Y qué te ligará al espacio si el azul oscuro de la nostalgia te desliga de ti mismo?

*

Si el hombre no hubiera sabido introducir un delirio voluptuoso en la soledad, hace mucho que se habría acostumbrado a la oscuridad.

La descomposición más horrible en un cementerio desconocido es una imagen pálida por el abandono en el que te encuentras cuando, desde el aire o de debajo de la tierra, una inesperada voz te revela lo solo que estás.

¡No tener a nadie *a quien* decirle nunca nada! Solamente *objetos;* ningún ser. Y la opresión de la soledad tiene su origen justamente en el sentimiento de estar rodeado de cosas inanimadas, a las que no tienes nada que decirles.

Ni por extravagancia ni por cinismo deambulaba Diógenes con un candil en plena noche buscando a un hombre. Nosotros sabemos muy bien que es por soledad…

*

Cuando no puedes agrupar tus pensamientos y someterte derrotado a su azogue, el mundo —y tú con él— se desvanece como el vapor, y das la impresión de estar escuchando, a la orilla

de un mar que haya retirado sus aguas, la lectura de las propias memorias escritas en otra vida… ¿Adónde corre tu mente, en qué ninguna-parte disuelve sus fronteras? ¿Se funden glaciares en las venas? ¿Y en qué *estación* de la sangre y del espíritu te encuentras?

¿Aún eres tú mismo? ¿No te martillean las sienes de miedo a lo contrario? Eres *otro*, eres *otro*…

… Con los ojos perdidos hacia *el otro* en la melancolía inmaculada de los parques.

*

Sobre todas las cosas —y en primer lugar sobre la soledad— estás obligado a pensar negativa y positivamente *a la vez*.

Capítulo segundo

Sin la tristeza, ¿podríamos tomar conciencia a la vez del cuerpo y del alma? La fisiología y el conocimiento se encuentran en su ambigüedad constitutiva, de suerte que no estás más *presente* para ti mismo ni eres más solidario contigo como en los momentos tristes. La tristeza es —como también la conciencia— un agente de enajenación del mundo, un factor de exteriorización; pero conforme nos aleja de todo, *coincidimos* más con nosotros mismos. La seriedad —tristeza sin acento *afectivo*— nos hace sensibles sólo a un proceso racional, ya que su neutralidad carece de la profundidad que asocia los caprichos de las vísceras a la vibración del espíritu. Un ser serio es un animal que cumple las condiciones del hombre; detenle por un instante su mecanismo de pensamiento, no advertirá lo fácilmente que ha vuelto a ser el animal de otrora. Sin embargo, quítale a la tristeza la reflexión, la sombría imbecilidad que quedará será suficiente para que la zoología no te acepte en su reino.

Tomarse las cosas *en serio* significa sopesarlas sin participar; tomarlas *por lo trágico*, involucrarte en su suerte. Entre la seriedad y la tragedia (la tristeza como *acción*) hay una diferencia mayor que entre un funcionario y un héroe. Los filósofos son unos pobres agentes de lo Absoluto, pagados de las contribuciones de nuestras tristezas. Tomarse a la gente *en serio* se ha convertido en una profesión.

La tristeza —en su forma elemental— es una genialidad de la materia. Inspiración primaría *sin pensamientos*. El cuerpo ha

vencido su condición y tiende a una participación «superior», mientras que en las formas reflexivas de la tristeza el proceso se completa mediante un descenso del espíritu por las venas, como para mostrarnos lo *orgánicamente* que nos pertenecemos.

Al arrebatarnos la naturaleza y restituirnos a nosotros mismos, la tristeza es un aislamiento sustancial de nuestra naturaleza, a diferencia de la *dispersión ontológica* de la felicidad.

*

En los «accesos» de lástima se manifiesta una atracción secreta por «los malos modales», por la suciedad y la degradación. Cualquier monstruosidad es una perfección comparada con la falta de «buen gusto» de la piedad, un *mal* con las apariencias *reales* de la bondad.

En el amasijo de manchas y desviaciones de la naturaleza, o en el refinamiento vicioso de la mente, no encontraréis una perversión más tenebrosa y atormentada que la piedad. Nada nos aparta más de la belleza que sus «accesos». ¡Y si sólo fuera de la belleza! Pero las virtudes subterráneas de ese vicio nos desvían de nuestros fines esenciales y consideran depravación todo lo que no emana del gusto del hundimiento, de los pantanos y de la podredumbre, prolongaciones de la piedad y pretextos de su infernal voluptuosidad.

Ninguna patología la ha estudiado, porque es una enfermedad *práctica* y porque la ciencia ha estado siempre al servicio de los ayuntamientos. Quien profundizara en la angustia interna, en el infierno del amor depravado por el hombre, ¿podría todavía tender su mano a un piadoso?

*

El papel del pensador es retorcer la vida por todos sus lados, proyectar sus facetas en todos sus matices, volver incesantemente sobre todos sus entresijos, recorrer de arriba abajo sus sende-

ros, mirar una y mil veces el mismo aspecto, descubrir lo *nuevo* sólo en aquello que no haya visto con claridad, pasar los mismos temas por todos los miembros, haciendo que los pensamientos se mezclen con el cuerpo, y así hacer jirones la vida pensando hasta el final.

¿No resulta revelador de lo indefinible de la vida, de sus insuficiencias que sólo los añicos de un espejo destrozado puedan darnos su imagen característica?

*

Cuando uno ha comprobado que los hombres no pueden ofrecer nada y continúa tratándolos, es como si después de haber liquidado todas las supersticiones, siguiera creyendo en fantasmas. Dios, para obligar a los solitarios a la cobardía, ha creado la sonrisa, anémica y aérea en las vírgenes, concreta e inmediata en las mujeres de mala vida, tierna en los viejos e irresistible en los moribundos. Por otro lado, nada prueba más que los hombres son mortales que la sonrisa, expresión del equívoco desgarrado de lo efímero. Cada vez que sonreímos, ¿no es como un último encuentro, y no es la sonrisa el testamento aromatizado del individuo? La trémula luz del rostro y de los labios, la solemne humedad de los ojos transforman la vida en un puerto, del cual los barcos zarpan a alta mar sin destino, transportando no hombres sino *separaciones*. ¿Y qué es la vida sino *el lugar* de las separaciones?

Siempre que me dejo conmover por una sonrisa me alejo con la carga de lo irreparable, ya que nada descubre más atrozmente la ruina que espera al hombre como ese símbolo aparente de felicidad, el cual hace sentir con más crueldad a un corazón deshojado el temblor de lo pasajero de la vida, como el estertor clásico del fin. Y siempre que alguien me sonríe, descifro en su frente luminosa la desgarradora llamada: «¡Acércate, fíjate bien, que yo también soy mortal!». O cuando la negrura de mi noche

vela mis ojos, la voz de la sonrisa aletea junto a mis oídos ávidos de lo implacable: «¡Mírame, es por última vez!».

… Y por eso la sonrisa te aparta de la última soledad, y sea cual fuere el interés que tienes por tus compañeros de respiración y de putrefacción, te vuelves hacia ellos para sorberles el secreto, para anegarte en él y para que ellos no sepan, no sepan cuán pesada es su carga de temporalidad, qué mares transportan y a cuántos naufragios nos invita el tormento inconsciente e incurable de su sonrisa, a qué tentaciones de desaparición te someten, abriéndote su alma mientras tú levantas, temblando de aflicción, la lápida de la sonrisa.

*

La germinación de toda verdad nos comprime el cuerpo como uva en un lagar. Cada vez que pensamos se nos escurre la vida, de suerte que un pensador absoluto sería un esqueleto que escondiera sus huesos en… la transparencia de los pensamientos.

*

La palidez es el color que cobra el pensamiento en el rostro humano.

*

El *Destino* sólo existe en la acción, porque solamente en ella arriesga uno todo, sin saber adónde va a llegar. La política (en el sentido de exasperación de lo que es *histórico* en el hombre) es el espacio de la fatalidad, el abandono integral de las fuerzas constructivas y destructivas del devenir.

También en la soledad arriesga uno todo, pero ahora teniendo muy claro lo que va a ocurrir, la lucidez atenúa lo irracional de la suerte. Anticipa uno la vida, vive su destino como algo inevitable *sin sorpresas*, ya que, realmente, ¿qué otra cosa es la

soledad sino la visión translúcida de la fatalidad, el máximum de luminosidad en la agitación ciega de la vida?

El hombre político renuncia a la conciencia; el solitario, a la acción. Uno vive el olvido (eso también es la política); el otro lo busca (también eso es la soledad).

Una filosofía de la conciencia no puede terminar más que en una del olvido.

*

Un hombre que practica toda su vida la lucidez, se convierte en un *clásico* de la desesperanza.

*

La mujer que mira hacia *algo* ofrece una imagen de rara trivialidad. Los ojos melancólicos te invitan, por el contrario, a una destrucción aérea, y tu sed de lo impalpable apagada por su fúnebre y perfumado azul, impide que sigas siendo tú mismo. Ojos que nada ven y frente a los cuales desapareces, para no manchar el infinito con *el objeto* de tu presencia. La mirada *pura* de la melancolía es el modo más peregrino por el que la mujer nos hace creer que antaño fue nuestra compañera en el Paraíso.

*

La melancolía es una religiosidad que no precisa de lo Absoluto, un deslizamiento fuera del mundo sin la atracción de lo trascendente, una tendencia por las apariencias del cielo pero insensible al símbolo que éste representa. Su posibilidad de prescindir de Dios (si bien cumple las condiciones iniciales para aproximarse a El) la transforma en un placer que satisface su propio crecimiento y sus flaquezas repetidas. Porque la melancolía es un delirio estético, suficiente en sí mismo, estéril para la mitología. En ella sólo encontrarás el arrullo de un sueño, por-

que no genera ninguna imagen que no sea su etérea desintegración.

La melancolía es una virtud en la mujer y un pecado en el hombre. Así se explica por qué éste se valió de ella para el conocimiento…

*

En algunas sonrisas femeninas hay una tierna aprobación que te pone enfermo. Estas anidan y se aposentan en el fondo de las tribulaciones cotidianas, ejercitando un control subterráneo. En las mujeres —como en la música— hay que evitar su difusa receptividad, que agranda hasta el desvanecimiento los pretextos de la ternura. Cuando hablas del miedo, del miedo *mismo*, delante de una rubia espiritualizada por la palidez y que baja los ojos para suplir con el gesto la confidencia, su quebrada y amarga sonrisa se te incrusta en la carne y prolonga por medio de ecos su tormento inmaterial.

Las sonrisas son una carga voluptuosa para el que las reparte y para el que las recibe. Un corazón tocado por la delicadeza difícilmente puede sobrevivir a una sonrisa tierna. De igual forma, hay miradas tras las que uno ya es incapaz de decidir nada.

*

Un copo perdido a merced del aire es una imagen de vanidad más desgarradora y simbólica que un cadáver. Igualmente, un insólito perfume nos pone más tristes que un cementerio, o una indigestión nos vuelve más pensativos que un filósofo. ¿Y no es cierto que, más aún que las catedrales, nos vuelve más religiosos la mano de un mendigo que, en una gran ciudad en la cual nos hemos perdido, nos muestra el camino a seguir?

*

El Tiempo empieza a angustiarte mucho antes de leer a los filósofos, cuando, en un momento de cansancio, miras atenta-

mente el rostro de un viejo. Los profundos surcos que han dejado las penalidades, las esperanzas y las alucinaciones se vuelven negros y se pierden, diríase que sin dejar rastro, en un fondo de oscuridad, que el «rostro» esconde a duras penas, máscara insegura de un doloroso abismo. En todas y cada una de las arrugas el tiempo parece haberse concentrado, el devenir, enmohecido y el pretérito, envejecido. ¿Acaso no *cuelga* el tiempo de las arrugas de la vejez y cada pliegue no es un cadáver temporal? El rostro humano es utilizado diabólicamente por el tiempo como demostración de vanidad. ¿Puede alguien mirarlo serenamente en su ocaso?

Vuelve tus ojos hacia un viejo cuando no tengas el Eclesiastés a mano, su rostro —del cual puede él sentirse totalmente ajeno — te enseñará más que los sabios. Pues hay arrugas que revelan la acción del Tiempo de forma más despiadada que un tratado sobre la vanidad. ¿Dónde encontrar palabras que plasmen su implacable erosión, su destructor avance, cuando el paisaje abierto y accesible de la vejez se ofrece como una lección decisiva y una sentencia sin un recurso ulterior?

El desasosiego de los niños en brazos de los abuelos, ¿no será el horror instintivo al Tiempo? ¿Quién no ha sentido en el beso de un viejo la inutilidad infinita del tiempo?

*

De los hombres me separan *todos* los hombres.

*

Si corriera como un loco en mi busca, ¿quién me diría que nunca me encontraría en mi propio camino? ¿En qué páramo del universo me habré perdido? Voy a buscarme allí donde *se oye* la luz…, ya que, si recuerdo bien, ¿he amado otra cosa que no sea la sonoridad de las transparencias?

*

A quien no le parezca que después de cada amargura la luna se ha vuelto más pálida, los rayos del sol más tímidos y que el devenir pide excusas, cercenando su ritmo, a ése le falta la base cósmica de la soledad.

*

La ruptura del ser te pone enfermo de ti mismo, de manera que basta pronunciar palabras como *olvido, desdicha* o *separación* para disolverte en un mortal escalofrío. Y, entonces, para vivir arriesgas lo imposible: aceptas la vida.

*

Quedarse solo con todo el amor, con el peso de lo infinito del eros; he ahí el sentido espiritual de la infelicidad en el amor, de forma que el suicidio no es prueba de la cobardía del hombre, sino de las dimensiones inhumanas del amor. Si todos los amantes no hubiesen calmado sus tormentos amorosos mediante el desprecio teórico a la mujer, se habrían suicidado. Pero *sabiendo* qué es ella, han introducido con lucidez un elemento de mediocridad en lo insoportable de esa llamarada. La desdicha amorosa supera en intensidad a las emociones religiosas más profundas. Es cierto que no ha construido iglesias, pero ha levantado tumbas, tumbas por doquier.

¿El amor? ¡Pero mirad cómo cada rayo de sol se entierra en una lágrima, que parece como si el astro fulgente hubiera nacido de un golpe de llanto de la divinidad!

*

La infelicidad es el estado poético por excelencia.

*

En la medida en que los animales son capaces de sentir infelicidad en el amor participan de lo humano. ¿Por qué no hemos de admitir que la mirada húmeda del perro o la ternura resigna-

da del asno expresan a veces pesadumbres sin palabras? Hay algo sombrío y lejano en el erotismo animal que nos la hace muy extraña.

La literatura es un testimonio seguro de que nos sentimos más cerca de las plantas que de los animales. La poesía, en gran parte, no es más que un comentario de la vida de las flores, y la música, una depravación humana de las melodías vegetales.

Toda flor puede servir de imagen a la infelicidad amorosa. Así se explica nuestra proximidad a ellas. Y, además, ningún animal puede ser un símbolo de lo efímero, mientras que las flores son su expresión directa, lo *estético* irreparable de lo efímero.

*

En el fondo, ¿qué hace cada hombre? Se expía a sí mismo.

*

Sólo podría amar a un sabio desgraciado en amores…

*

Lo que vuelve tan tristes las grandes ciudades es que cada hombre *quiere* ser feliz, pero las oportunidades disminuyen a medida que el deseo crece. La búsqueda de la felicidad indica la distancia del paraíso, el grado de la caída humana. ¿Por qué asombrarnos entonces de que París sea el punto más alejado del Paraíso?

*

Puede uno devorar bibliotecas enteras, que no encontrará más allá de tres o cuatro autores a quienes valga la pena leer y releer. Las excepciones de ese tipo son unos analfabetos geniales a quienes hay que admirar y, si hace falta, estudiar, pero que, en el fondo, no nos dicen nada. Me gustaría poder intervenir en la historia del espíritu humano con la brutalidad de un carnicero,

revestido con el más refinado diogenismo. Porque ¿hasta cuándo vamos a dejar en pie a tantos creadores que no han *sabido* nada, niños descarados e inspirados, faltos de la madurez de la felicidad y de la infelicidad? A un genio que no haya llegado a las raíces de la vida, pese a las posibilidades de expresión de que ha gozado, sólo hay que degustarlo en los momentos de indiferencia. Resulta estremecedor pensar qué pocos hombres han *sabido* algo de verdad, qué pocas existencias *completas* han aparecido hasta ahora. ¿Y qué es una existencia completa? ¿Qué significa saber? Conservar sed de vida *en los ocasos…*

*

Ciertos seres sienten el impulso criminal sólo para saborear una vida *intensificada*, de manera que la negación enfermiza de la vida sea al mismo tiempo su homenaje. ¿Habrían existido acaso criminales si la sangre no fuese caliente? El impulso destructor busca el remedio a un enfriamiento interno y dudo que, sin la representación implícita de un calor rojo y entumecedor, un puñal pudiera clavarse alguna vez en un cuerpo. De la sangre emanan vapores adormecedores con los que el asesino espera aliviar sus escalofríos helados. Una soledad no mitigada por la ternura genera crimen, con lo que toda moral que busque la destrucción del mal desde la raíz debe considerar sólo un problema: *la dirección* que tenga que dar a la soledad, marco ideal de la ruina y de la descomposición.

*

¿Encontrará alguien alguna vez palabras para expresar el estremecimiento que aúna en la infinitud del mismo instante el goce supremo con el dolor supremo? ¿O podrá alguna música —que surja de todos los ortos y ocasos de este mundo— transmitir a otros hombres las sensaciones de una víctima cósmica de la felicidad y de la infelicidad? ¡Un náufrago golpeado por

todas las olas, estrellado contra todas las rocas, envuelto por todas las tinieblas y que tuviera el sol en sus brazos! Un casco a la deriva con la fuente de la vida en el pecho, abrazando su fulgor mortal y ahogándose con él en las olas, ya que el fondo del mar está esperando hace toda una eternidad a la luz y a su enterrador.

*

El contacto entre los hombres —la sociedad en general— no sería posible sin la utilización repetida de los mismos adjetivos. Que la ley los prohíba y se verá en qué ínfima medida el hombre es un animal sociable. De inmediato desaparecerán la conversación, las visitas, los encuentros, y la sociedad se degradará hasta quedar reducida a relaciones mecánicas de intereses. La pereza de pensar ha dado origen al automatismo del adjetivo. Se califica de manera idéntica a Dios y a una escoba. En otro tiempo Dios era infinito; hoy es *asombroso*. (Cada país expresa a su manera su vacío mental.) Que se prohíba el adjetivo cotidiano y la célebre definición de Aristóteles caerá.

*

Las diferencias entre los filósofos antiguos y los modernos, tan chocantes y desfavorables a estos últimos, parten del hecho de que los filósofos modernos han hecho filosofía en su mesa de trabajo, en el despacho, mientras que los filósofos antiguos la hicieron en los jardines, en los mercados o a lo largo de Dios sabe qué ribera marina. Además, los antiguos, más perezosos, se pasaban mucho tiempo tumbados porque sabían muy bien que la inspiración viene de forma horizontal. De esta forma, ellos *esperaban* los pensamientos, mientras los modernos los fuerzan y los provocan por medio de la lectura, dando la impresión de que ninguno ha conocido el placer de la irresponsabilidad me-

ditativa, sino que han organizado sus ideas con una aplicación propia de empresarios. Ingenieros en torno a Dios.

Muchos espíritus han descubierto lo Absoluto por haber tenido al lado un canapé.

Cada posición de la vida ofrece una perspectiva distinta de ella. Los filósofos piensan en otro mundo, porque acostumbrados a estar encorvados, se han hartado de mirar éste.

*

¿Qué hombre, al mirarse al espejo en penumbra, no ha tenido la impresión de encontrarse con el suicida que lleva dentro?

*

¿Puede amarse a un ser impermeable al Absurdo y que no sospeche cuál es el punto de partida de su tragedia, de sus elegancias ponzoñosas, de su refinamiento desolado, de los reflejos viciosos y engañosos del desierto interior?

Lo absurdo es el insomnio de un error, el fracaso dramático de una paradoja. La fiebre del espíritu no puede ser medida más que por la abundancia de esos funerales lógicos que son las fórmulas absurdas.

Los mortales desde siempre se han guardado de ellas, han captado inequívocamente algo de su noble descomposición, pero no han podido preferirlas a la seguridad estéril, a la calma comprometedora de la razón.

*

Siempre que pienso en la muerte me parece que moriré menos, que no puedo extinguirme sabiendo que voy a extinguirme, que no puedo desaparecer sabiendo que voy a desaparecer. Y desaparezco, me extingo y muero desde siempre.

*

La vida es etérea y fúnebre como el suicidio de una mariposa.

*

La inmortalidad es una concesión de eternidad que la muerte hace a la vida. Pero nosotros sabemos muy bien que no la hace… Porque tanta generosidad le costaría *la vida*.

*

Cada problema requiere una temperatura diferente. Sólo a la desdicha le sirve cualquiera…

*

¡Aparenta alegría ante todos y que nadie vea que también los copos son losas sepulcrales! Ten *brío* en la agonía…

*

La moralidad subjetiva alcanza su punto culminante en *la decisión* de no volver a estar triste.

*

Permeable a lo demoníaco, la tristeza es la ruina indirecta de la moral. Cuando el mal se opone al bien, participa de los valores éticos como fuerza negativa; no obstante, cuando consigue su autonomía y yace en sí mismo, sin afirmarse ya en la lucha con el bien, entonces alcanza el sentido demoníaco. La tristeza es uno de los agentes de autonomía del mal y de socavamiento de la ética. Si el bien expresa el ansia de pureza de la vida, la tristeza es su incurable sombra.

*

Las creaciones del espíritu son un indicador de lo insoportable de la vida. Exactamente igual es el heroísmo.

*

La melancolía es el estado onírico del egoísmo.

*

Si no existiera un placer secreto en la desdicha, llevaríamos a las mujeres a parir al matadero.

*

Dile a un alma delicada la palabra *separación* y brotará el poeta que hay en ella. La misma palabra a un hombre cualquiera no le inspira nada. Y no solamente *separación*, sino cualquier otra palabra. La diferencia entre los hombres se mide por la resonancia afectiva de las palabras. Algunos enferman de agotamiento extático al oír una expresión banal, otros se quedan fríos ante una prueba de inanidad. Para aquéllos no hay palabra en el diccionario que no esconda un sufrimiento, y para éstos ni siquiera forma parte de su vocabulario. Muy pocos son los que pueden volver su mente —en todo momento— hacia la tristeza.

*

Por más que se liguen las enfermedades a nuestra constitución es imposible que no las disociemos, que no las encontremos como algo externo, ajeno, sin valor. Por esa razón, cuando hablamos de una persona enferma, le especificamos su enfermedad como un añadido fatal que introduce una carga irremediable a su identidad inicial. Ante nosotros se queda *con* su enfermedad, que conserva una independencia y una objetividad relativas. ¡Pero qué difícil es disociar la melancolía de un ser! Y es que la enfermedad es subjetiva por excelencia, inseparable del que la posee, adherente incluso a la coincidencia y, como tal, incurable. ¿Acaso no existe remedio contra ella? Sí, pero entonces tenemos que curarnos de nuestro propio *yo*. La nostalgia de *otra cosa* en los sueños melancólicos no es más que el deseo de *otro* yo, don que buscamos en los paisajes, en la lejanía, en la música, engañándonos involuntariamente en un proceso mucho más profundo. Siempre volvemos descontentos y nos aban-

donamos a nosotros mismos, ya que no hay salida de la enfermedad que lleva nuestro nombre y, si la perdiéramos, ya no nos encontraríamos.

*

No creo que Dios haya hecho a Eva de una de nuestras costillas, porque entonces tendríamos que llevarnos bien con ella y no únicamente en la cama. Pero, a decir verdad, ¿no es eso un engaño también? ¿Es que cabe estar más lejos el uno del otro que en esa cuasi identidad horizontal? ¿De dónde procedería entonces la oscura e indómita inclinación, en los momentos de angustia, a echarse misteriosamente a llorar en el regazo de las mujeres de la vida en un hotel de mala muerte?

Dependemos de las mujeres no tanto por instinto como por horror al hastío. Y es más que posible que ella no sea otra cosa que una invención de ese horror. Por miedo a la soledad de Adán, forjó Dios a Eva, y siempre que nos invaden las sacudidas del aislamiento ofreceríamos al Creador alguna que otra *costilla* para absorber de la mujer, nacida de nosotros mismos, nuestra propia soledad.

La castidad es un rechazo del conocimiento. Los ascetas habrían podido satisfacer su deseo de soledad más fácilmente en la cercanía de la mujer si el miedo a la «tentación» no los hubiera desposeído de la misteriosa profundidad de la sexualidad. El pánico en un mundo de objetos despierta un deseo mortal por la mujer (*objeto* ella misma), deseo avivado por los padecimientos de nuestro hastío.

*

Un ser en vías de espiritualización completa ya no es capaz de melancolía, porque no puede abandonarse a merced de los caprichos. Espíritu significa *resistencia*, mientras que la melancolía, más que cualquier otra cosa, presupone la *no*-resistencia al

alma, al elemental ardor de los sentidos, a lo incontrolable de los afectos. Todo cuanto en nosotros hay de indómito y agitado, de irracional compuesto de sueño y de bestialidad, de deficiencias orgánicas y aspiraciones ebrias, como de explosiones musicales que ensombrecen la pureza de los ángeles y nos hacen mirar desdeñosamente una azucena, constituye la zona primaría del alma. Ahí se encuentra la melancolía en su casa, en la poesía de esas flaquezas.

Cuando te crees más alejado del mundo, la brisa de la melancolía te muestra la ilusión de tu cercanía al espíritu. Las fuerzas vitales del alma te atraen hacia abajo, te obligan a sumergirte en la profundidad primaria, a reconocer tus *fuentes* de las que te aísla el vacío abstracto del espíritu, su implacable serenidad.

La melancolía se distancia del mundo por obra de la vida y no del espíritu: la deserción de los tejidos del estado de inmanencia. A través de la incesante apelación al espíritu los hombres le han añadido un matiz reflexivo que no encontramos en las mujeres, quienes, al no resistirse nunca a su alma, flotan a merced del oleaje de la *inmediata* melancolía.

*

La necesidad de un tiempo *puro*, limpio de devenir y que no sea eternidad… Un etéreo diluirse en su «tránsito», un crecimiento *en sí* misma de la temporalidad, un tiempo sin «curso»… Éxtasis delicado de la movilidad, plenitud temporal desbordante de los instantes… Sumergirse en un tiempo falto de dimensiones y de una calidad tan aérea que nuestro corazón pueda hacerlo volver atrás, ya que el tiempo no está manchado por lo irreversible ni tocado por lo irrevocable…

… Empiezo a sospechar el modo cómo se insinuó en el Paraíso.

*

Quien no tiene un órgano para la eternidad la concibe como otra forma de la temporalidad, de manera que construye la imagen de un tiempo que corre fuera *de sí* o la de un tiempo *vertical*. La imagen temporal de la eternidad sería entonces un curso *hacia arriba*, una acumulación vertical de instantes que sirven de contención al deslizamiento dinámico, al desplazamiento horizontal hacia la muerte.

La suspensión del tiempo introduce una dimensión vertical, pero solamente mientras dure el *acto* de esa suspensión. Una vez consumado, la eternidad niega el tiempo, constituyendo un orden irreductible. El cambio en la dirección natural, la interrupción violenta de la temporalidad en su acceso a la eternidad, nos muestra que todo acto de trasgresión de la vida implica asimismo una violación del tiempo. La dimensión vertical de la suspensión es una perversión del sentido temporal, porque la eternidad no sería accesible si el tiempo no estuviera depravado y corrompido.

*

La enfermedad representa el triunfo *del principio personal*, la derrota de la sustancia anónima que hay en nosotros. Por eso es el fenómeno más característico de la individuación. La salud —incluso bajo la forma transfigurada de la *ingenuidad*— expresa la participación en el anonimato, en el paraíso biológico de la indivisión, mientras que la enfermedad es la fuente directa de la *separación*. Cambia la condición de un ser, su exceso determina una unicidad, un salto más allá de lo natural. La diferencia entre un hombre enfermo y otro sano es mayor que entre este último y cualquier animal. Pues estar enfermo significa ser otra cosa distinta a lo que se es, someterse a las determinaciones de lo posible, identificar el momento con la sorpresa. Normalmente, disponemos de nuestro destino, hacemos previsiones a cada momento y vivimos en una soledad llena de indiferencia. So-

mos libres de creer que en un día determinado, a una hora determinada, podremos estar serios o contentos y que nada nos impide apoyarnos en el *interés* que demos a una cosa cualquiera. Cuando tenemos conciencia general de la enfermedad, sucede todo lo contrario: no hay ni rastro de libertad; no podemos prever nada, pues somos esclavos atormentados de las reacciones y caprichos orgánicos. La fatalidad respira por todos nuestros poros, el tedio brota de nuestros miembros y todo junto conforma la apoteosis de la necesidad que es la enfermedad. No sabemos nunca qué hacer, qué va a ocurrir, qué desastres nos acechan en las sombras de nuestro interior, ni en qué medida amaremos u odiaremos, presas del clima histérico de las incertidumbres. La enfermedad que nos separa de la naturaleza nos ata a ella más que la tumba. Los matices del cielo nos obligan a modificaciones equivalentes en el alma, los índices de humedad, a actuaciones según el grado de humedad, las estaciones, a una periodicidad maldita. De esa forma traducimos *moralmente* toda la naturaleza. A una infinita distancia de ella vertemos todas sus fantasías, el caos evidente o implícito, las curvas de la materia en las oscilaciones de un corazón incierto. Saber que no se tiene relación alguna con el mundo y registrar todas sus variaciones, he ahí la paradoja de la enfermedad, la extraña necesidad que se nos impone, la libertad de pensar más allá de nuestro ser y la condición mendicante de nuestro propio cuerpo. Pues, en realidad, ¿no tendemos la mano hacia nosotros mismos, no solicitamos nuestro apoyo, como vagabundos a las puertas de nuestro yo, al abandonar una vida sin remedio? ¡Tener la necesidad de hacer algo para uno mismo y no poder elevarse sobre una pedagogía de lo incurable!

Si fuésemos *libres* en la enfermedad, los médicos se convertirían en mendigos, porque los mortales tienden al sufrimiento

pero no a su atroz mezcla de exasperada subjetividad y de invencible necesidad.

La enfermedad es el modo que tiene la muerte de amar la vida; y el individuo, el teatro de esa debilidad. En todo dolor lo absoluto de la muerte *saborea* el devenir, lo que nos atormenta es la tentación, la voluntaria degradación de la Oscuridad. Y así, el sufrimiento no es otra cosa que una minoración del absoluto de la muerte.

Capítulo tercero

«Mi corazón, como la cera, se diluye en mis entrañas» (Salmo 22, 15).

¡Dios Santo, haz lo que puedas hasta que te tire mis huesos a la cabeza!

*

La música es *tiempo* sonoro.

*

La vida y yo somos dos líneas paralelas que se encuentran en la muerte.

*

Todo hombre es su propio mendigo.

*

Los vértigos que aquejan a algunos y que los obligan a apoyarse en los árboles o en las paredes en plena calle tienen un sentido más profundo de lo que los filósofos o incluso los poetas se sienten inclinados a creer. No poder seguir estando en posición vertical (renunciar a la posición natural del hombre) no procede de una alteración nerviosa ni de un componente de la sangre, sino del agotamiento del fenómeno humano, que lleva consigo el abandono de todas las características que lo acompañan. ¿Has agotado lo que de *humano* hay en ti? En ese caso, abandonas fatalmente la forma a través de la que se ha definido. *Caes;* pero no por ello vuelves a la animalidad, pues es más que

probable que los vértigos te tiren a tierra para darte otra posibilidad de erguirte. El retorno a la posición que precedió al fenómeno de la verticalidad humana nos abre otras sendas, nos prepara otra evolución y, al cambiar nuestra inclinación corporal, otra perspectiva del mundo.

Las extrañas sensaciones de vértigo que nos vienen por doquier, y sobre todo siempre que la distancia del hombre evoluciona en dirección al infinito, no indican sólo una presencia agresiva del espíritu, sino también una violenta ofensiva de todo lo que hemos añadido a las constantes del destino humano. Pues el vértigo es el síntoma específico de la superación de una condición natural y de la imposibilidad de seguir participando de la posición física ligada a ella. Al romperse la unión interna con el hombre, sus signos externos siguen un proceso de disolución. Análogas zozobras tienen que haber experimentado los animales cuando empezaron a levantarse a dos patas. ¿Y no hay acaso introspecciones regresivas que nos hacen descender hasta esas alejadas turbaciones, hacia esos indefinidos recuerdos que nos acercan a los vértigos del principio de la humanidad?

Todo cuanto no es inerte precisa, en diferente grado, de *apoyo*. Y tanto más el hombre, cuyo destino no se cumple si no es inventando certezas y sólo mantiene su posición por el tónico de las mentiras. Pero quien se pone frente a sí mismo, quien se desliza por la transparencia de su propia condición, quien solamente es hombre en la benevolencia de la memoria, ¿puede aún apelar al apoyo tradicional, a la arrogancia del animal vertical; puede todavía apoyarse sobre sí mismo cuando hace mucho que ha dejado de ser él?

Los objetos todavía lo sostienen para que no se caiga, esperando a que broten los frutos de otra vida en la savia de tantos vértigos.

Lo que hay de hombre en ti se pudre en el abuso perverso del conocimiento, y nada expresa más directamente esa suprema desintegración como la inseguridad de tus pasos en el mundo. El vértigo consustancial al fin del hombre es una convulsión límite, al principio premonitoria y dolorosa, después prometedora y estimulante. Una esperanza de diabólica vitalidad nos conduce a repetidas caídas, con vistas a insospechadas purificaciones. Empezará algo distinto una vez que el hombre haya madurado en nosotros y se haya desvanecido, algo extraño al presentimiento de los que han quedado atrás, en un estadio de semihumanidad. ¡Que Dios se te descomponga en las venas, entiérralo junto a tus despojos reunidos a través de los recuerdos, abona con carroña humana y divina el césped de tu esperanza, y que luces de putrefacción respalden la timidez de tantos amaneceres!

Pero para purificarte de tu herencia humana aprende a cansar, a disolver, a corromper a la muerte que se esconde en tu interior, en tus cuatro puntos cardinales. Fíjate en un hombre solitario que esté *esperando* algo y pregúntate *qué*. Verás que nadie espera nada, nada que no sea la muerte. ¿Has estado alguna vez lo suficientemente febril como para verlo? ¿Para ver cómo todos se engañan, cómo todos, sin saberlo, tienden las manos a la muerte cuando creen que viene alguien, que no han estado esperando en vano? ¿Por qué nos parece que ese ser solitario, con los ojos bajos por una cansada atención, o cualquier otra criatura, no tienen nada que esperar, que no hay ningún *qué*, fuera de la cálida y fría atracción de la muerte, que vaga por los desiertos, por los cafés, por viejas camas y por las esquinas de las calles? ¿Es que no existen más *encuentros* que con ella? ¿Pero a quién, a quién puede esperar un mortal sin morir? ¿Te vas a su encuentro para vivir, para «vivir» junto a un mortal? ¡Qué terri-

ble resulta no darse cuenta de que uno corre tras los que mueren para escapar de la muerte!

*

No soy *yo* el que sufre en el mundo, sino el *mundo* el que sufre en mí. El individuo existe sólo en la medida en que concentra los mudos dolores de las cosas, desde un harapo hasta una catedral. E, igualmente, el individuo sólo es vida en el instante en que, del gusano a Dios, las criaturas gozan y gimen en él.

*

Ningún pintor ha conseguido reproducir la soledad resignada de la mirada de los animales, porque ninguno parece haber comprendido lo incompatible de sus ojos: una enorme tristeza y una similar falta de poesía.

La mirada humana se ha limitado a acentuar el pesar poético, cuya ausencia indica, en cada especie, la proximidad de sus orígenes.

*

La amargura es una música alterada por la vulgaridad. Sólo existe nobleza en la melancolía. Por ello no carece de importancia saber en qué matiz del tedio por el mundo has estado pensando en Dios…

*

Un pensador que *oyera* pudrirse una idea…

*

«Matar el tiempo», así se expresa, banal y profundamente, la adversidad del hastío. La independencia del curso temporal frente a lo inmediato vital nos vuelve sensibles a lo inesencial, al vacío del devenir, que ha perdido su sustancia: una duración sin contenido vital. Vivir en lo inmediato asocia la vida y el tiempo en una unidad fluida, a la que nos abandonamos con el patetis-

mo elemental de la ingenuidad. Pero cuando la atención, fruto de desigualdades internas, se aplica al transcurso del tiempo y se enajena de todo lo que palpita en el devenir, nos encontramos en medio de un vacío temporal que, excepto la sugestión de un desarrollo sin objeto, no puede ofrecernos nada. El hastío equivale a estar presos en el tiempo inexpresivo, emancipado de la vida, que incluso la evacua para crear una siniestra autonomía. ¿Y qué más nos queda entonces? El vacío del hombre y el vacío del tiempo. El emparejamiento de dos nadas genera el hastío, luto temporal de la conciencia separada de la vida. Querríamos vivir y no podemos «vivir» más que en el tiempo; quisiéramos bañarnos en lo inmediato y tan sólo podemos secarnos al aire purificado del ser, de un devenir abstracto. ¿Qué se puede hacer contra el hastío? ¿Quién es el enemigo al que hay que destruir o, cuando menos, olvidar? El tiempo, seguro; él y sólo él. Lo seríamos nosotros mismos si llegáramos hasta las últimas consecuencias. Pero el hastío se define incluso evitándolas; busca en lo inmediato lo que únicamente puede encontrarse en lo trascendente.

«Matar el tiempo» no significa otra cosa que no «tener» tiempo, ya que el hastío es su abundante crecimiento, su infinita multiplicación frente a la escasez de lo inmediato. «Matas» el tiempo para obligarlo a entrar en los moldes de la existencia, para que no siga apropiándose de prerrogativas de la *existencia*.

Toda solución contra el hastío es una concesión a la vida, cuyo fundamento se resiente a causa de la hipertrofia temporal. La existencia sólo es soportable en el equilibrio entre la vida y el tiempo. Las situaciones límite derivan de la exasperación de este dualismo. Entonces el hombre, colocado frente a la posición tiránica del tiempo, víctima de su imperio, ¿qué otra cosa podría «matar» cuando ya la vida sólo está presente en la esclavitud de la pesadumbre?

*

A veces quisiera estar tan solo que los muertos, irritados por la algazara y el hacinamiento de los cementerios, los abandonarían y, envidiando mi tranquilidad, suplicarían la hospitalidad de mi corazón. Y cuando descendieran por escaleras secretas hacia profundidades petrificadas, los desiertos del silencio les arrancarían un suspiro que despertaría a los faraones de la perfección de su refugio. Vendrían entonces las momias, desertando de la lobreguez de las pirámides, a continuar su sueño en tumbas más seguras y más inmóviles.

La vida: pretexto supremo para quien se encuentra más cerca de la lejanía de Dios que de su proximidad.

Si las mujeres hubieran sido desdichadas *por sí mismas* y no por culpa nuestra, ¡de qué sacrificios, humillaciones y debilidades no seríamos capaces! Desde hace un tiempo uno ya no puede inventar nuevos placeres ni saborear otros deleites si no es en los aromas insinuantes de las embriagadoras redes de la desdicha. Como solamente el azar las pone tristes, acechamos también nosotros la ocasión para ejercitar nuestras apetencias, ávidos de sombras femeninas, nocturnos vagabundos del amor y cavilosos parásitos de Eros. La mujer es el Paraíso en tanto que noche. Así aparece en nuestra sed de sedosa oscuridad, de dolorosa tiniebla. La pasión de los crepúsculos la coloca en el centro de nuestra excitación, sujeto anónimo transfigurado por nuestra atracción por las sombras.

*

En los grandes dolores, en los dolores monstruosos, *morir* no significa nada, es algo tan natural que uno no puede descender al nivel de semejante banalidad. El gran problema es entonces *vivir;* buscar el secreto de esa mortificante imposibilidad, descifrar el misterio de la respiración y de las esperanzas. ¡Así se ex-

plica por qué los reformadores —preocupados hasta la obsesión por encontrar un nuevo patrón de vida— fueron seres que sufrieron más allá del límite de lo soportable! La muerte les parecía de una evidencia tremendamente banal. ¿Y no aparece ésta, desde el centro de la enfermedad, como una fatalidad tan cercana que resulta casi cómico transformarla en problema? Basta con sufrir, con sufrir largamente, para tomar conciencia de que en este mundo todo es evidencia excepto la vida. Escapados de sus redes, hacemos todo lo posible para situarla en otro orden, darle otro curso o, finalmente, inventarla. Los reformadores eligieron las dos primeras vías; la última es la solución extrema de una extrema soledad.

El miedo a la muerte es un fruto enfermizo de la aurora del sufrimiento. A medida que los dolores maduran y se agravan, alejándonos de la vida, el miedo se sitúa fatalmente en el centro de la perspectiva, de manera que nada nos aleja más de la muerte que su cercanía. He aquí por qué, para el hombre separado de lo inmediato por lo infinito, sus esperanzas sólo pueden reverdecer al borde de un precipicio.

*

Si Dios colocara la frente en mi hombro, ¡qué bien estaríamos los dos así, solos y desconsolados!

*

Las autobiografías hay que dirigirlas a Dios y no a los hombres. La propia naturaleza da un certificado de defunción cuando uno se dedica a contar sus cosas a los mortales.

*

La desdicha de no ser bastante dichoso…

*

¡Vivir solamente *encima* o *debajo* del espíritu, en el éxtasis o en la imbecilidad! Y como la primavera del éxtasis muere en el relámpago de un instante, el oscuro crepúsculo de la imbecilidad no se termina ya nunca. Prolongados temblores de loco borracho; desechos y basuras esparcidos por la sangre y que detienen su circulación; alimañas asquerosas que ensucian los pensamientos y diablos que cargan ideas en un cerebro baldío… ¿A qué enemigo ha vencido el espíritu? ¿De qué sustancia está hecha la oscuridad que alimenta tan inmensa noche?

El pavor a postrarse a los pies de la imbecilidad levanta brumas de sopor mudo, y la vida calla resignada en la fúnebre ceremonia de enterrar al espíritu. Un sueño de negra monotonía cuyas eternas moradas son demasiado reducidas para albergar su inmensidad crepuscular.

*

La idiotez es un terror que no puede reflexionar sobre sí mismo, una nada *material*. Cuando la reflexión que nos separa de nosotros mismos pierde parte de su fuerza y anula la distancia de nuestro propio terror, una introspección atenta nos obliga a mirar de manera fraternal a los idiotas. ¡Qué enfermedad tan grande es el terror!

*

Cada día estamos más solos. ¡Qué pesado y qué liviano ha de ser vivir el último!

Después de haber reunido con esfuerzo y presteza tanto aislamiento, el sentimiento de propiedad te impide morir con la conciencia tranquila. ¡Cuántos bienes sin herederos! *Despilfarro* es la palabra para la última razón de ser del corazón…

Arrojado a los aledaños del propio vacío, espectador de una poesía desnuda, incapaz de sacudirte esa fría tristeza: el vacío

interno te revela la indeterminación infinita como forma de expiación.

*

A plena luz piensas en la noche, tu mente corre hacia ella en pleno meridión… El sol no sólo no vence a la oscuridad, sino que agranda hasta el sufrimiento la aspiración nocturna del alma. Si el azul del cielo nos sirviera de lecho y el sol de almohada, un deleitoso agotamiento nos impelería a invocar a la noche para satisfacer nuestras necesidades de enorme cansancio. Todo cuanto hay en nosotros de dimensión nocturna forja un sombrío reverso de lo infinito. Y, así, la extenuación del día y de la noche nos lleva hacia un infinito negativo.

*

La soledad es una obra de conversión en nosotros mismos. Pero sucede que, al dirigirnos solamente a nosotros mismos, lo que tenemos de bueno se convierte en algo independiente de nuestra identidad natural. Y, de esa manera, nos dirigimos a alguien, *a otro*. Eso explica la sensación de no estar solos cuando más solos estamos.

*

Si el sol le negara al mundo su luz, el último día que alumbrase se parecería a la mueca burlona de un idiota.

*

Cuando hayas muerto para el mundo, te echarás de menos a ti mismo y consumirás lo que aún te quede por vivir en una nostalgia insatisfecha. Dios es un vecino en el exilio de nuestro yo, que nos condena a buscarnos por otros mundos y a no estar nunca próximos a nosotros mismos, a sernos inaccesibles.

*

Los individuos son *órganos* del dolor. Sin los individuos la disponibilidad de sufrimiento de la naturaleza la habría transformado en un caos. La individuación, al determinarse como forma originaria de la expiación, salvó el equilibrio y las leyes de la naturaleza. Cuando el dolor no pudo seguir permaneciendo en ella, aparecieron los seres para salvarla de los tormentos de la virtualidad. Todo *acto* es una perfección de sufrimiento.

*

Una mujer se distingue de una criada por su diferente desdicha. La gracia fúnebre es una fuente de indefinible encanto.

*

La espera, como ritmo ascendente, define el aspecto dinámico de la vida. Los sabios (debido al ejercicio de la lucidez) la suspenden, sin por ello eliminar las sorpresas del futuro. Sólo la idiotez, perfección de la *no*-espera, se sitúa fuera del tiempo y de la vida. El radical alejamiento de las cosas no tiene por qué impedir lo que serían *las emociones* de un idiota.

*

Tras los momentos de intensidad no te conviertes en persona sino en *objeto*. La aproximación a lo Absoluto acarrea consecuencias más graves que cualquier otra intoxicación. Los estados de resaca de una borrachera son sosegados y placenteros comparados con el agarrotamiento que sigue a las situaciones de debilidad sufridas por causa de Dios. El último acceso sólo nos permite sentir el terror de no entender ya nada y solamente volvemos a entrar en la materia una vez pasado el éxtasis. ¿Hay alguien con valor suficiente para definir los momentos en que miran los santos a lo alto hacia los idiotas?

*

Las inquietudes teológicas han impedido al hombre el conocerse a sí mismo. Este, al proyectar en Dios todo lo que *no* es él, muestra muy a las claras a qué siniestro grado de descomposición habría llegado de haber dirigido desde el principio su interés y su curiosidad hacia sí mismo. En el polo opuesto de los atributos divinos, el hombre está reducido a la dimensión de gusano. Y, ciertamente, ¿adónde íbamos a llegar con la psicología y el autoconocimiento? A transformarnos en gusanos, en gusanos que no necesitan seguir buscando sus cadáveres…

*

La tontería es un sufrimiento *indoloro* de la inteligencia. Pertenece a la naturaleza, no tiene historia. Ni tan siquiera en la patología tienen cabida los tontos, porque tienen de su parte a la eternidad.

La imagen más verídica del mundo podría construirse con los «destellos» de un idiota si pudiera vencer la sensación de putrefacción de la sangre y se diera cuenta a veces del flujo infinitesimal de su inteligencia.

*

La voz de la sangre es una elegía ininterrumpida.

*

¿Vivir *bajo el signo de la música* significa, por ventura, algo más que morir con gracia? La música o lo incurable como goce…

*

Si nunca aliviaste a alguien del no ser, no has conocido ni por lo más remoto las cadenas del ser ni esa emoción, dolorosamente rara, de experimentar el agradecimiento ajeno por haberle ayudado a morir, por haberle reforzado el fin y el pensamien-

to del fin, por haberle ahorrado la trivialidad de los alientos y de las esperanzas.

Tampoco podemos imaginarnos cuántos y cuántos hay a la espera de que les soltemos las ligaduras de la felicidad…

*

Hay dos clases de filósofos: los que meditan sobre las ideas y los que lo hacen sobre ellos mismos. La diferencia entre silogismo y desdicha…

Para un filósofo objetivo, solamente las ideas tienen biografía; para uno subjetivo, sólo la autobiografía tiene ideas. Se está predestinado a vivir próximo a las categorías o a uno mismo. En este último caso la filosofía es la meditación poética de la desdicha.

*

Por más pretensiones que tuviéramos, en el fondo, únicamente podemos pedir a la vida que nos permita estar solos. Así le damos la oportunidad de ser generosa e incluso pródiga…

*

El papel de la música es consolarnos por haber roto con la naturaleza, y el grado de nuestra inclinación hacia ella indica la distancia a que estamos de lo *originario*. El espíritu se cura de su propia autonomía en la creación musical.

*

Las sutilezas de la anemia nos vuelven permeables a otro mundo, y durante sus tristezas caemos perpendicularmente sobre el cielo.

*

Todo lo que no es salud, desde la idiotez a la genialidad, es un estado de terror.

*

La sensibilidad por el tiempo es una forma difusa del miedo.

*

Cuando uno ya no puede pensar en nada, entiende muy bien el *presente absoluto* de los idiotas, al igual que las sensaciones de vacío que a veces aproximan la mística a la imbecilidad, con la diferencia de que en el infinito vacío de los místicos bulle una tendencia secreta de elevación, palpita solitario un impulso vertical, mientras que el vacío *horizontal* de los idiotas es una extensión desdibujada donde se desliza, sordo, el terror. Ninguna tormenta levanta las arenas del monótono desierto de la imbecilidad y ningún color aviva el instante eterno y sus horizontes muertos.

*

La posibilidad de sentirse alegre entre los demás, sobre todo cuando nos cohíbe hasta la mirada de un pájaro, es uno de los secretos más extraños de la tristeza. Todo está helado y te dedicas a derrochar sonrisas; ningún recuerdo te devuelve ya al que fuiste y te sientes con ánimo de inventarte un pasado; la sangre rechaza alientos de amor y las pasiones lanzan llamas frías sobre ojos apagados.

Una tristeza que no sepa reír, una tristeza sin máscara es una perdición que deja tras de sí la peste y, sin duda, si no fuera por la risa, la risa de los que están tristes, la sociedad habría penalizado hace mucho la tristeza. Incluso las muecas de la agonía no son sino intentos fallidos de reír, que revelan, sin embargo, su naturaleza equívoca. Así se explica por qué esos accesos nos dejan un vacío más amargo que una borrachera o una noche de amor. El umbral del suicidio es un estremecimiento que sigue a una risa impetuosa, sin medida y despiadada. Nada degrada la vitalidad más que la alegría, cuando no se tiene ni la vocación

ni el hábito. Frente al delicado cansancio de la tristeza, la alegría es un atletismo agotador.

*

La tristeza es incluso un arte. Pues uno no se acostumbra así como así a estar solo y de día en día se ve obligado a bregar con el desconsuelo, sometiendo el torrente de amarguras a un trabajo interior. A los poetas parece haberles faltado la necesidad de estilo en la infelicidad y de simetría en la tristeza. Porque ¿qué significa ser poeta? No distanciarse de la propia tristeza, ser idéntico a su propia infelicidad.

La preocupación por la educación personal, incluso en estas cosas, revela un residuo filosófico en un alma tocada por la poesía. La superstición teórica lo organiza todo, hasta la tristeza. La muerte misma de un filósofo se asemeja a una geometría descompuesta, mientras que el poeta, al llevar la tumba consigo desde que comenzó a vivir, ha muerto antes de la muerte. El núcleo interno de la poesía es un fin anticipado, y la lira sólo cobra voz cuando está cerca de un corazón corrupto. Con ninguna otra cosa nos deslizamos más rápidamente a la huesa que con el ritmo y la rima, porque los versos no han hecho más la lápida a quienes están sedientos de la noche.

*

El espectáculo de una mujer alegre supera en vulgaridad a la propia vulgaridad. Es curioso pero todo aquello que tendría que volvernos menos extraños al mundo lo que hace es cavar un poco más hondo la fosa entre nosotros y él.

¿Acaso el mundo no es *ajeno* en sí?

*

Estás solo siempre con respecto a ti mismo, no con respecto a otro.

*

El filósofo piensa en la *divinidad;* el creyente, en *Dios*. El uno en la esencia, el otro en la persona. La divinidad es la hipóstasis abstracta e impersonal de Dios. La fe, como es un *inmediato trascendente*, extrae su vitalidad de la ruina de las esencias. La filosofía es sólo una alusión existencial, como la divinidad es un aspecto *indirecto* de Dios.

*

No hables de soledad si no sientes cómo se tambalea Dios…, ni de maldición si no Lo oyes terminándose en ti.

*

La vida es lo que habría sido yo si no me hubiera esclavizado la tentación de la nada.

*

En el alma mueren los ecos equívocos del instante en que la vida, sorpresa de la indiferencia inicial, atraviesa la quietud de la nada.

*

Dios es la última tentativa de satisfacer nuestro deseo de sueño… De esta manera, se convierte en un nido cuantas veces le crecen alas a nuestro cansancio.

*

El desapego del mundo por la música caricaturiza los objetos hasta convertirlos en fantasmas; nada ocurre ya próximo a nosotros y los ojos dejan de estar al servicio de los seres. ¿Qué es lo que podemos ver cuando todo ocurre lejos? La tristeza, deficiencia óptica de la percepción…

Cada instante es una tumba, escasamente profunda, sobre la que tenemos que saltar hasta que nos rompamos la cabeza.

*

No estás celoso de Dios, sino de su soledad. Porque frente a la desesperación embalsamada que El es, el hombre es una momia pizpireta.

*

La timidez es el arma que nos ofrece la naturaleza para defender nuestra soledad.

*

Cuando te crees más fuerte, te encuentras de pronto a los pies de Dios. De semejante caída no puede redimirte inmortalidad alguna. ¡Pero qué vas a hacer si las heridas de la vida son como ojos vueltos hacia el Creador y como bocas abiertas hacia el alimento de lo absoluto!

Las vigilias que pasamos asustados nos salvan, independientemente de nuestra voluntad, de la superstición de la existencia y, al agotar nuestro ímpetu, nos alimentan con las brisas del desierto divino. El debilitamiento de la voluntad nos lleva a hincar a Dios, como una horca, en medio de nuestras incertidumbres… Lo absoluto es un estadio crepuscular de la voluntad, un estado de hambre extenuante.

*

El amor por la belleza es inseparable del sentimiento de la muerte. Pues todo lo que cautiva nuestros sentidos con escalofríos de admiración nos eleva a una *plenitud de fin*, que no es otra cosa sino el deseo abrasador de no sobrevivir a la emoción. ¡La belleza sugiere una imagen de *inanidad eterna*! Venecia o los crepúsculos parisienses nos invitan a un fin perfumado, en el cual la eternidad parece haberse derretido en el tiempo.

*

El eros es una agonía pendiente y por esa razón no podemos amar a ninguna mujer que no nos susurre palabras de muerte ni nos ayude a no ser ya más…

Al interponerse entre nosotros y las cosas, nos ha enajenado de la naturaleza, cargando así con la responsabilidad de nuestro retraso en el conocimiento. ¡Cuánto debe el espíritu a la desdicha amorosa! Podría darse el caso, perfectamente, de que aquél no fuese sino obra de ésta.

Por otra parte, observad que las mujeres únicamente han entrado en la Historia en la medida en que progresivamente han dejado más solos a los hombres.

*

La bruma de poesía que, para bien o para mal, envuelve a este mundo, emana del eterno otoño del Creador y de un cielo todavía inmaduro para poder sacudir sus estrellas. La estación en la que se ha detenido nos pone claramente de manifiesto que El no es una aurora, sino un crepúsculo y que sólo nos acercamos a él a través de las sombras. Dios: un otoño absoluto, un final *inicial*.

La primavera, como cualquier comienzo, es una deficiencia de eternidad. Y los que mueren en su transcurso son los únicos puentes hacia lo absoluto. Cuando todo florece, a los mortales les entra un voluptuoso placer por la soledad, para salvar la envoltura metafísica de la primavera.

Al principio fue el Crepúsculo.

*

En un mundo sin melancolía los ruiseñores se pondrían a escupir y los lirios abrirían un burdel.

*

Tanto la alegría como el alborozo *vigorizan*, pero la una, el espíritu, y el otro, los sentidos. ¿Alguna vez habló alguien de *alborozo* en la mística? ¿Oyó alguien decir alguna vez de un santo que hubiera estado alborozado? Pero, en cambio, la alegría acompaña al éxtasis y linda con el cielo incluso en sus manifestaciones más sosegadas.

Sólo podemos sentir alborozo cuando estamos entre hombres; sólo podemos sentir alegría cuando estamos solos. El alborozo hay que sentirlo con alguien; cuando no tenemos a nadie estamos más cerca de las cimas de la alegría.

*

No existe enfermedad que no nos cure una lágrima que empezara a cantar…

*

El mortal torbellino que une la vida y la muerte más allá del tiempo y de la eternidad… Es imposible descubrir ese misterioso *dónde*, situado fuera del tiempo y de la eternidad, pero el alma se eleva de las llamas postreras hacia una pradera incendiaria. Morimos y vivimos en un *místico noviazgo* con la soledad… ¿Qué demonio del ser y del no ser nos arranca de todas las cosas para llevarnos a un todo donde la vida y la muerte levantan bóvedas a un suspiro? Desde ahora en adelante subirás por el éxtasis las espirales de un mundo que deja tras de sí la nada y otros cielos, en el espacio que alberga la soledad, un espacio tan puro que también la nada lo mancha. ¿Dónde, dónde? ¿Es que no sientes una brisa como el sueño inocente de la espuma? ¿No respiras el paraíso creado por la utopía de una rosa?

Así tiene que ser el *recuerdo* de la nada en una flor marchitada en Dios.

*

Dios mío, he nacido *terminado* en ti, en ti, ¡oh Terminadísimo! Y, a veces, te he sacrificado tanta vida que he sido como una fuente que brota de tu propio infortunio. ¿Qué soy en ti, carroña o volcán? ¿O es que no lo sabes ni siquiera tú, oh Abandonado? ¡Qué temblor de demiurgo cuando gritas pidiendo socorro, para que la vida no muera de su infinito…! Estoy buscando el astro más alejado de la Tierra para hacerme en él una cuna y un ataúd, para nacer de mí y morir en mí.

Capítulo cuarto

Cuando la aspiración a la nada alcance la intensidad del eros, ni el tiempo ni la eternidad te dirán ya nada. *Ahora* o *siempre* son elementos con los que se opera *en el mundo*, son puntos de referencia, convenciones de mortal. La eternidad nos parece un *bien* cuya conquista buscamos, el tiempo, un defecto del que nos excusamos en todo momento. ¿Qué significa todo esto para quien mira desde la ausencia absoluta y abre sus ojos a la perfección de un ninguna-parte? ¿Vislumbra en el puro encanto de la nada, en el panorama morbosamente vacío una mancha que roce algún infinito virgen?

Tiempo y eternidad son formas de nuestra adherencia o inadherencia al mundo, pero no de nuestra renuncia total, que es una música sin sonidos, una aspiración sin deseo, una vida sin respiración y una muerte sin extinción.

Cuando el ser se ha diluido hasta llegar a un punto límite, las palabras *ahora, allí, aquí, nunca* y *siempre*, pierden su sentido, porque ¿dónde puede uno encontrar un *lugar* o un *momento* cuando ya no conserva del mundo ni su *recuerdo*?

Este «ninguna-parte» placentero (pero de un placer sin contenido) es un éxtasis *formal* de la irrealidad. Un estado de transparencia se convierte en nuestro ser y una rosa *pensada* por un ángel no sería más ligera y vaporosa que el vuelo hacia la perfección extática del no ser.

La eternidad provoca la arrogancia de los mortales, una forma pretenciosa a través de la cual satisfacen un gusto pasajero por no-vida. Eternamente desilusionados de ésta se vuelven solidarios con sus propios fantasmas y vuelven a amar ese *tiempo eterno* que es la vida. ¿En qué se diferencia éste de la eternidad? En él vives, pues no es posible respirar más que en la embriaguez del infinito devenir, mientras que la eternidad es la *lucidez* del devenir.

Cuando, en el curso de las cosas, nos asomamos a la infelicidad y nos rebelamos contra la borrachera de la existencia, el intento de evasión nos empuja a la negación del tiempo. Mientras, la eternidad nos obliga a una constante *comparación* con la temporalidad, cosa que no ocurre ya en la suspensión radical de la experiencia de la nada, la cual «es» la neutralidad tanto con relación al tiempo como a la eternidad, la neutralidad en relación con «cualquier cosa».

La eternidad podría ser el escalón final del tiempo, como la nada, la sublimación última de la eternidad.

*

Es curioso que en cuanto adviertes que los seres son sombras, que todo es inútil, te alejas del mundo para encontrar el único sentido en la contemplación de la nada, cuando podías quedarte perfectamente en las sombras y en la nada de cada día. ¿De dónde viene la necesidad de superponer a la nada efectiva una nada suprema?

*

La eventualidad del paraíso me hace apurar todas las amarguras que hay bajo el sol… E incluso sin la probabilidad de esa perfección, ¿no es horroroso morir rodeado de amarguras, dejar tantas tristezas sin experimentar, terminar como un aficionado

de la desdicha? Si te ha sobrevivido una sola tristeza, en vano mendigaste la liberación de la despiadada noche.

*

Hablar de eternidad y jactarse de ella supone una vitalidad del órgano temporal, un homenaje secreto al tiempo, el cual está *presente* a través de la negación. *Saber* que estás en la eternidad significa saber claramente la distancia que te separa de ella, no significa que no estás *totalmente* en su interior. Desde la perspectiva de una totalidad viva, de una existencia presente, *la conciencia* indica siempre una *ausencia*.

Sólo viviendo sin intermediarios e ingenuamente en la eternidad se vence la energía del órgano temporal. La santidad (un *inmediato de la eternidad*) no se jacta del camino realizado fuera del transcurso directo de las cosas, porque ella *es* eternidad. A lo sumo puede confesarse con el tiempo para aliviar el exceso de sustancia propia. Las confesiones de los santos nacen de la carga *positiva* de la eternidad. Sus libros *caen* en el tiempo como las estrellas del firmamento. Exceso de eternidad por una parte y por otra.

*

La pérdida de la ingenuidad da origen a una conciencia irónica, que no puedes reprimir ni siquiera en la proximidad de Dios. Te revuelcas en medio de una histeria tierna y dices a todo el mundo que vives… Y te creen.

El devenir es una agonía sin desenlace, porque *lo supremo* no es una categoría del tiempo.

*

Los desiertos son los parques de Dios. Desde siempre Dios pasea su cansancio por ellos, y en ellos nuestros atormentados ímpetus se lamentan. La soledad es nuestro punto en común con El, pero también con el diablo. Desde el principio de los

tiempos, rivalizan en estar solos; y nosotros hemos llegado tarde, incluso demasiado tarde, a una contienda fatal. Cuando se retiren de la arena, nos quedaremos solos en medio de la Soledad y los desiertos serán pequeños para dar sobre ellos un salto mortal.

*

La vulgaridad es una vía de purificación similar al éxtasis, a condición de que haya sufrimiento. El tormento en medio de las basuras, de la suciedad, el miedo en el suburbio, se convierten en focos de misticismo, y está más cerca del cielo quien se hunde espantado en una ciénaga que quien está mirando indiferente el cuadro de una virgen. La maldición es un acto religioso; la bondad, uno *moral* (¡sabemos de sobra que la moral no es más que el aspecto cívico de nuestra inclinación a lo Absoluto!).

De la efervescencia de la podredumbre interior salen vapores que se elevan impetuosamente hacia la bóveda celeste. Si por ventura sientes la necesidad, tira un salivazo a los astros; así estarás más cerca de su grandeza que mirándolos con total dignidad y respeto. Una boñiga refleja el cielo más *personalmente* que el agua cristalina. Y hay en los ojos nublados unas manchas de cielo que rompen la monotonía azul de la inocencia.

Lo que generalmente llamamos perfección constituye un espectáculo soso incluso por la ausencia del tormento de la vulgaridad. Las imágenes de perfección propuestas por los mortales despiertan una impresión de insuficiencia, de vida insatisfecha y fracasada. A los ángeles los retiraron de la circulación por este mismo motivo: no conocieron los sufrimientos de la degradación, los goces místicos de la putrefacción. Hay que cambiar la imagen ideal de la perfección, y la moral tiene que adueñarse de las ventajas de la descomposición para no quedarse reducida a una construcción hueca.

La moral exige purificación. ¿Pero de *qué*? ¿Qué es exactamente lo que hay que eliminar? La vulgaridad, seguro. Pero sólo puede ser eliminada si se vive hasta el final, hasta la última humillación. Sólo después de haber agotado todas sus posibilidades de sufrimiento, puede hablarse de purificación. *El mal* muere únicamente cuando agota su vitalidad. Por eso el triunfo de la moral implica la dolorosa experiencia de la ciénaga: ahogarse en ella está más cargado de sentido que una purificación superficial. ¿No tiene la decadencia en sí misma más profundidad que la inocencia? Un hombre merece el calificativo de «moral» sólo en virtud de los títulos que le comprometen con su pasado.

¿Caer en la tentación no significa *caer* en la vida? ¡Déjanos, Señor, caer en la tentación y líbranos *del bien*!

La oración de cada día tendría que ser una *iniciación* a la maldad y el padrenuestro debería rasgar el velo que la cubre para que, al mirarla a la cara, familiarizados con la perdición, seamos tentados por el Bien.

La Moral se pierde por su falta de misterio. ¿No esconderá acaso el bien algún misterio?

*

El enfriamiento de las pasiones, la moderación de los instintos y la disolución del alma moderna han hecho que perdamos la costumbre de sentir el consuelo de la furia y han debilitado la vitalidad de nuestro pensamiento, de donde emana el arte de maldecir. Shakespeare y el Antiguo Testamento nos presentan a unos hombres frente a los cuales somos monos engreídos o recatadas damiselas, que no saben gritarle al cielo su dolor y su alegría, provocar a la naturaleza o a Dios. ¡A esto nos han conducido siglos de educación y de erudita majadería! En otros tiempos, los mortales gritaban, hoy se aburren. La explosión cósmica de la conciencia ha sido sustituida por *la intimidad*.

¡Aguanta y revienta! Esta es la divisa que distingue al hombre moderno. *La distinción* es la superstición de un género corrupto. Pero la tensión espiritual exige un determinado nivel de barbarie, sin esta tensión los engranajes del pensamiento se resienten, un estado volcánico que sólo puede calmarse por medio de cobardías aceptadas. Una idea que arrolla con el ímpetu de un himno, con la magia del delirio o de la fatalidad, tal como sucede en la incandescencia de las maldiciones, esas *lenguas de fuego* del espíritu.

Los modernos son tibios, muy tibios. ¿No habrá sonado la hora para que nuestra alma aprenda a amar y a odiar, con toda la dimensión de la naturaleza? La maldición es una provocación desmesurada, y su fuerza aumenta conforme se dirige hacia lo *inconmensurable*. Ese es su objetivo final. Una vez que las palabras han puesto contra la pared a un individuo, a un pueblo o a la naturaleza, sólo queda la furia contra el cielo.

La imprecación es una adhesión a la vida bajo la apariencia de destrucción; un falso nihilismo. Porque sólo se puede tronar y fulminar desde lo absoluto de un valor. Job amaba la vida con una pasión enferma, y el rey Lear se apoyaba en el orgullo como si fuera una deidad. Todos los profetas del Antiguo Testamento se enfurecen *en nombre* de algo, en nombre del pueblo o en el de Dios. Y en nombre de la *nada* pueden lanzarse maldiciones si nos adherimos a ella *dogmáticamente*. Un estallido despiadado e incendiario, un absoluto en tono directo, un torrente de destrucción apoyado en una certeza, confesada o no. Que en el envés de la desesperación se esconda una fe o el titanismo del yo poco importa a la furia de la maldición como tal. El nivel del alma, el grado de la pasión de un ser, he ahí el todo. Porque *en sí*, la maldición no es más que un dogmatismo lírico.

*

¡Reafirmarse en la delicia de morir diariamente en sí mismo, compartir con otro la carga de la existencia, tener un compañero para las decepciones! La mujer comercializa lo incomprensible, con el matrimonio vendemos porciones de soledad y maldecir la existencia se convierte en mercancía. El temor a ser amado es fuente de infelicidad amorosa, el placer de la soledad se sobrepone a los abrazos. La mujer no *se va* de buen grado, sino que siente muy bien la mancha de lucidez sobre el engaño del desmayo reciproco. Lo cierto es que nunca comprenderá cómo una persona puede ser *practicante* de la infelicidad ni de qué modo su presencia deteriora la perfección del aislamiento. Sin embargo, tiene que irse, irse. Y una vez se ha ido caemos en la cuenta del gran error que es la vida, con ella y sin ella.

¡Si se pudiera morir para el mundo a la sombra de la mujer, si su perfume fuera una emanación de la melancolía para adormecer un corazón arrancado de la tierra…!

*

Hay desapegos del mundo que súbitamente nos invaden como un soplo mortal, y cuando eso sucede, los sabios se nos antojan pobres ardillas; y los santos, profesores fracasados.

*

La clave para lo inexplicable de nuestro destino es la sed de infelicidad, profunda y misteriosa, y más duradera que el deseo juguetón de felicidad. Si este deseo predominase, ¿cómo explicaríamos el vertiginoso alejamiento del paraíso y la tragedia como una condición natural? La Historia en su totalidad es una prueba clarísima de que el hombre no sólo no ha huido del sufrimiento, sino que ha inventado unas redes de donde nunca pueda escapar a su hechizo. Si no hubiera amado el dolor, no habría tenido necesidad del infierno, utopía del sufrimiento. Y si a veces ha preferido con más ardor el paraíso, ha sido por lo

que tiene de fantástico, por su garantía de irrealizable: una utopía estética. No obstante, «los acontecimientos» de la Historia nos muestran claramente qué es lo que el hombre ha tomado en serio…

*

Hace mucho que ya no vivo en la muerte, sino en su poesía. Te fundes en un flujo mortal y te cobijas, soñador, en una delicada agonía, embrujado por fúnebres aromas. Y es que la muerte es como un aceite que rezuma por el espacio invisible de nuestra renuncia al mundo y nos envuelve con el placenteramente doloroso aplazamiento de la extinción, para sugerirnos que la vida es un final virtual y el devenir potencialidad infinita del fin.

*

Sufrir es la manera de estar activo sin hacer nada.

*

Uno no puede preguntarse correctamente qué es la vida, sino qué *no* es.

*

El deseo de la muerte comienza como una oscura secreción del organismo y termina con un desvanecimiento poético. El placentero apagarse de cada día es un adormecimiento de la sangre. Y ese adormecimiento es la tristeza misma.

*

Solamente después de haber sufrido por todas las cosas, se tiene el derecho a burlarse de ellas. ¿Cómo va a pisotearse lo que no ha sido un sufrimiento? (El sentido de la ironía universal.)

*

La inclinación por la soledad sólo halla su realización más plena en el abrumador deseo de la muerte que, al crecer más allá de nuestra resistencia y por nuestra imposibilidad de *morir*, se convierte, por reacción, en una revelación de la vida.

*

¿Cómo podría olvidar que *soy* cuando el deseo excesivo de la muerte me desliga de ella?

Descubriré la vida en su plenitud cuando empiece a pensar *contra mí*, cuando ya nunca esté *presente* en pensamiento alguno…

Al principio consideramos la muerte como una realidad metafísica. Después, cuando la hemos saboreado, cuando nos ha hecho temblar y sentir todo su peso, la sustituimos por un *sentimiento*. Hablamos entonces de miedo, de angustia y de agonía, y no de *muerte*. Así se produce el tránsito de la metafísica a la psicología.

*

La luz me parece cada vez más extraña y más lejana; la miro y me estremezco. ¿Qué ando buscando en ella cuando la noche es una aurora de pensamientos?

… Pero mirad, mirad la luz: cómo se resquebraja y cae hecha añicos siempre que las tristezas nos doblegan. Sólo la ruina del día nos ayudará a elevar la vida al rango de sueño.

¿Será la dulzura de la muerte algo distinto a una irrealidad en grado sumo? ¿Y no será la inclinación a la poesía una fusión en lo fantasmagórico?

Es tanto el placer musical que hay en el anhelo de la muerte que desearías la inmortalidad con el único objeto de no interrumpirlo. O, si encontraras una tumba en la que siguieras gozando del placer musical, ¡querrías morir interminablemente del deseo de morir! Pues ningún crepúsculo marino ni melodía

terrestre alguna pueden sustituir la progresión difusa y la poesía evanescente del acto de morir.

En ninguna otra parte mejor que en las viejas camas de los hoteles provincianos o en la brumosa atmósfera de los bulevares, te encuentras sometido al vaivén de la extinción y más dispuesto a gozar de un momento final.

Es por medio de la muerte como el hombre se vuelve contemporáneo consigo mismo.

*

Para no aburrirte has de ser o santo o un animal. De esta suerte, la vacuidad esencial de la conciencia define el sino del hombre. El aburrimiento es una especie de equilibrio inestable entre el vacío del corazón y el del mundo, una equivalencia del vacío, que significaría inmovilidad si no fuera por la presencia secreta del deseo. La iluminación y el embrutecimiento (la una por exceso y el otro por defecto) se sitúan fuera del sino del hombre y, por ello, fuera del alcance del aburrimiento. Sin embargo, ¿podemos estar lo suficientemente seguros de que los santos no se aburren con Dios y de que los animales (tal y como los delata su mirada vacua) no sienten su supina ignorancia?

El hombre no puede ir arrastrándose toda su vida en el hastío, aunque éste no sea una enfermedad sino una *ausencia de intensidad*. El vacío consecutivo a un dolor o el frío recuerdo de una desdicha; el discurrir del silencio al que no podemos proyectar un contenido; la insensibilidad erótica y el pesar por no vencerla, son estados que constituyen la degradación de la conciencia y que suceden a intensas emociones que ya no podemos experimentar. No te duele nada pero preferirías un dolor preciso antes que lo indefinible de la angustia. La enfermedad misma es un contenido (y sustancial) comparado con la indiferencia agobiante y difusa del hastío, en el que te encuentras *bien*,

aunque preferirías el mal de una enfermedad concreta. Nos quejamos de cualquier dolor por su precisión. La enfermedad es ocupación; el hastío no. Por eso se parece a una *liberación* de la que querríamos escapar.

Esta es la paradoja del hastío: que es una ausencia y que no podemos sustraernos a ella. Comparado con la enfermedad, es una salud insoportable, irritante, un *bien* sordo y monótono que sólo es grave por lo indeterminable e infinitamente vulgar de su carácter. Un restablecimiento que no se termina nunca… ¿El hastío? Una convalecencia *incurable*.

*

La vida, en su aspecto positivo, es una categoría de lo posible, una caída en el futuro. Cuantas más ventanas abras hacia el futuro más cosas podrás realizar. Por el contrario, la desesperanza es la negación de lo posible y, por ende, de la vida. Es más: es una intensidad absoluta perpendicular a la Nada.

Una cosa es *positiva* cuando tiene relación interna con el futuro, cuando tiende hacia él. La vida se *cumple* porque tiende a una plenitud temporal. La desesperanza se desarrolla *en sí misma* y su intensidad es una posibilidad sin futuro, una negación, un callejón sin salida en llamas. Pero cuando se ha llegado a abrir ventanas a la desesperación, entonces la vida (invadida por sí misma) parece una gracia liberada y un hervidero de sonrisas.

*

«Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Lucas, 9, 58). Esta confesión de Jesús, que supera la soledad de Getsemaní, me acerca a El más que todas las pruebas de amor que le han asegurado un crédito casi eterno entre los mortales. Cuanto más te diferencias de los hombres, menos *sitio* tienes en el mundo para que el camino a lo divino te separe de la soledad. El úl-

timo de los pordioseros es un potentado si lo comparamos con Jesús vagando por la Tierra. Los hombres lo crucificaron incluso para buscarle un *lugar* también a él, para atarlo de alguna manera al espacio. Pero ellos no observaron que en la cruz la cabeza descansa en dirección al cielo o, en todo caso, más al cielo que a la tierra. ¿Y qué es la *Resurrección* sino la prueba de que un Dios, aun muerto, no puede descansar en el mundo y, como él, cualquier hombre que no sea ya hombre?

Una losa cubrió durante tres días el insomnio de Jesús. Ya que no me puedo imaginar un Dios muerto que no mire su muerte.

Sólo para quienes han dormido su vida, la muerte puede equivaler al sueño. Los otros, afectados de insomnio, ¡sobrevivirán despiertos a sus cenizas o a su esqueleto burlón! Cuando el conocimiento haya traspasado todas las fibras, entonces nada podrá hacerte creer que alguna vez dejaste de estar *consciente*. Morir parece algo explicable, ¿pero cómo creer que se deja de *saber* y de *conocerse*? Sería como creer que no reposaremos la cabeza nunca ni en ninguna parte…

*

¿Será por ventura el deseo de soledad algo distinto a un camuflaje poético del egoísmo?

*

El mundo puede *existir* solamente para los que no lo han visto. Los otros han perdido la vista ante tanta apariencia y una pobre realidad les ha herido los ojos. El espacio ofrecido por los sueños carece de horizonte y, de esta forma, se extiende generosamente a quienes miran con humildad.

¡Cómo pierde el mundo sus límites ante la percepción del ocaso!

*

Si yo fuera Dios, haría de mí cualquier cosa excepto un hombre. ¡Qué grande sería Jesús si hubiera sido más misántropo!

*

Comparada con la materia, la vida representa un exceso de intensidad. Igual sucede con la enfermedad comparada con la vida, aunque en este caso nos hallamos en presencia de una intensidad negativa.

Cuando se está enfermo, la naturaleza obliga al conocimiento; aun sin querer, *sabemos*. Todo se nos revela de forma indiscreta, ya que los misterios han perdido su pudor en esa ciencia involuntaria que es la enfermedad.

*

Como no podemos vivir la vida *en frío*, ¿encontraremos la lumbre que encienda la razón? Las esperanzas brotan del incendio de la lucidez.

*

Pregunta frente al pasado: ¿Para qué me sirve un «acontecimiento»? La historia universal sólo existe como medio de autointerpretación. Los sucesos que no me han descubierto a mí mismo, ¿han existido alguna vez? En lo que atañe al pasado, tenemos que ser más subjetivos, más que frente al presente.

*

La soledad es una exasperación ontológica de nuestro ser. Se *es* más de lo necesario. Y el mundo, menos.

*

La verdad es un error exiliado en la eternidad.

*

El hombre se afana por ser al menos un error como Dios es una verdad. Los dos siguen una vía que ofrece pocas esperanzas

y oportunidades. Es cierto que Dios está en camino desde la eternidad y se busca a sí mismo desde los inicios, mientras que el vagar humano es más reciente. Si podemos ser más indulgentes con el hombre, ¿encontraremos aún argumentos en favor de Dios, que no es más que una síntesis de nuestras *excusas*? Todos lo hemos definido por la ausencia, le hemos permitido la existencia cuantas veces ha sido necesario, hemos perdonado sus incumplimientos hasta la cobardía. Nosotros nos ahogaremos en el error, ¡pero un Dios que no dispone más que de un fragmento de verdad…! Estad seguros de que si la hubiera descubierto, hace mucho que nos la habría pregonado a los cuatro vientos.

*

Un pensamiento que no conmueva a un leproso, ¿tiene alguna relación con la soledad? Y un libro que no pueda dedicarse al recuerdo de Job…

*

… Quisiera que, a mi muerte, fantasmas de ángeles caídos entonaran plañideros cánticos con fragmentos de melodías recopiladas en mi corazón, un corazón afinado desde su nacimiento para acompasar su coro.

*

Tanto el exceso como el defecto de vida me producen un escalofrío de irrealidad. Un mar muerto y otro furioso están, en igual medida, faltos de *ritmo*. Y como no puedo marchar al mismo paso que la vida, sus aguas, ya sea porque se retiran o porque me cubren, me lanzan a una orilla donde todo *fue*.

El placer de alejarse de la existencia, del desorden interior, de escapar de un salto cuando el ser está siendo presa de la soberbia de un torbellino violento… Quien no se mece en un espacio huero con la esperanza de la venganza, quien no goza en el vacío con la seducción de una plenitud futura, ése no sabe mor-

tificarse positivamente, no sabe aprovechar convenientemente el exceso de futilidad de la vitalidad.

Los psicólogos, que se dedican al alma ajena porque ellos mismos no tienen bastante *alma*, se inclinan por lo irreal sólo a causa de nuestras limitaciones. Ellos no saben de qué modo la *ausencia* puede surgir de una sensación de barbarie. Ni cómo se mezclan la anemia y la barbarie en el panorama de irrealidad de la vida. Pues, en efecto, ¿para qué sirve que les hablemos de una sangre sin ritmo, cuya función en las venas sea recordarnos a un mar sin olas y a un mar que sea todo olas?

*

La vida nunca me ha parecido *digna* de vivirse. Unas veces *merece mucho la pena;* y otras, muy poco. En ambos casos es *insoportable*. El suicidio por amor a la vida no es menos injustificado que el suicidio normal y corriente. Es incluso más *natural*… El paraíso es un estado de suicidio continuo como también lo es el infierno. Entre ellos se interpone el estado de no-suicidio llamado *ser*.

*

Si por concesión del cielo se me permitiera hablar con un mortal de otro siglo, elegiría a Lázaro el resucitado. Seguro que él me ayudaría a comprender el miedo retrospectivo, el sentimiento de haber estado muerto, de haber nacido de la muerte e ir hacia otra cosa…, de estar expuesto a algo absolutamente indefinido porque el nacimiento deriva de lo inevitable de la muerte. Lázaro podría decirme cómo se puede morir cuando ya no se camina hacia la muerte, cómo se puede escapar de esta infinita Resurrección.

*

El pensar que la vida podría haber sido algo distinto a una floración demoníaca, que lleve hacia algo, en un sentido distin-

to a su inútil transcurso, me parece tan agobiante y sin valor que su confirmación me produciría una herida incurable. Entonces, todas las cosas inacabadas y toda pereza que el cinismo excusa, se abalanzarían sobre nuestro terror petrificado. Podemos considerarnos fracasados sólo si la vida tiene *sentido*. Porque solamente en ese caso todo lo que no hemos llevado a la práctica constituye una caída o un pecado. En un mundo que tenga sentido fuera de sí mismo, en un mundo que tienda hacia algo, nos vemos obligados a *ser* hasta nuestros límites.

Si se encontrara a un mortal que me probara la presencia de un sentido absoluto, que me demostrara una ética inmanente al devenir, me volvería loco de remordimientos y desesperación. Cuando se ha malgastado la vida consolándose durante su inútil transcurso con los engaños del devenir, cuando, en apariencia, se ha sufrido cruelmente, lo Absoluto nos hace enfermar. Decididamente, la vida no puede tener sentido alguno. O, si lo tiene, será menester que lo esconda si quiere tenernos en su seno todavía.

Quien ame la libertad, por poco que sea, no puede de buen grado marchar uncido en un sentido único. Aun cuando se trate del sentido del mundo.

*

La nostalgia del mar precede y sigue a la introspección.

*

Toda lucidez es la consecuencia de una pérdida.

*

Nuestro modo de concebir las cosas depende de tantos condicionantes externos que podría escribirse la geografía de cada pensamiento. Comenzaríamos por el matiz del cielo y terminaríamos por la posición de una silla. Los arrabales del pensamiento tienen también su propio sentido.

*

Pascal, pero sobre todo Nietzsche, dan la impresión de ser reporteros de la eternidad.

*

Cuando te has sumergido cruelmente en las profundidades de la existencia y, a base de miradas subterráneas, las has despojado de sus riquezas, te sientes orgulloso y altanero en los vaivenes de la nada. ¿Pero qué te pasa para que, repentinamente, en medio de ese desenfreno metafísico te detengas como fulminado por lo que *existe* en sí mismo? ¿Son ocultas resistencias de la sangre, pasiones que irrumpen en el conocimiento o los instintos que asedian al espíritu? En nosotros hay algo que rechaza la nada cuando la razón nos muestra que todo es *nada*. ¿Será ese *algo* el *todo*? Es muy posible desde el momento en que vivimos por él.

Los santos, los locos y los suicidas parecen haber vencido a ese *algo*, a lo inexplicable esencial y escondido que sirve de resistencia frente a la postrera soberbia del espíritu. A nosotros, a los demás, a los fracasados de lo absoluto, la vida nos acecha cuando nos creemos más lejos de ella. Y si nos sale al encuentro cuando la habíamos olvidado, adivinamos por sus murmullos que lo absoluto no es más que la Nada como último escalón del conocimiento. Y entonces *retrocedemos…* Para el espíritu la vida sólo es un *batirse en retirada*.

*

La nostalgia de lo infinito, muy imprecisa, cobra forma y perfil en el deseo de la muerte. Buscamos precisión hasta en la languidez soñadora o en el desfallecimiento poético. En cualquier caso, la muerte introduce un determinado orden en lo infinito. ¿No es ésa su única *dirección*?

*

El único argumento que cabe contra el suicidio es el siguiente: no es natural poner fin a tus días antes de haberte demostrado hasta dónde puedes llegar, en qué medida puedes realizarte. Aunque los suicidas creen en su precocidad, consuman, sin embargo, un acto antes de haber alcanzado una madurez efectiva, antes de estar maduros para una extinción aceptada. El que un hombre quiera acabar con su vida es fácil de entender. ¿Pero por qué no elegir el punto culminante, el momento más favorable de su desarrollo? Los suicidios son horribles por el hecho de que no se llevan a cabo a su debido tiempo, porque tronchan un destino en lugar de coronarlo. Un final tiene que cultivarse como si fuera un huerto. Para los antiguos el suicidio era una pedagogía; el fin brotaba y florecía en ellos. Y cuando se extinguían por su propia voluntad, la muerte era un final sin crepúsculo.

A los modernos les falta la cultura interior del suicidio, la estética del fin. Ninguno muere como debería y todos se extinguen por obra del azar: neófitos en el suicidio, unos amargados de la muerte. Si supieran acabar a tiempo, no se nos encogería el corazón al enterarnos de tantos y tantos «actos desesperados» y no llamaríamos «desgraciado» a un hombre que santifica su propia realización. La falta de eje de los modernos en ninguna otra parte sorprende más que en su alejamiento interior frente al suicidio cuidado y meditado, al suicidio como horror al fracaso, al embrutecimiento y a la vejez, al suicidio como homenaje a la fuerza, a la belleza y al heroísmo.

*

Siempre que resisto las tentaciones premonitorias de éxtasis me siento *objeto*. Parece que se me hubiera helado la luz en el cerebro… y que el tiempo hubiera irrumpido en un corazón muerto.

Miro las piedras y envidio sus palpitaciones. ¿Captarán ellas alguna vez que me ofrezco para su descanso? ¿Y querrán la rocas ahogarse en el silencio de la sangre?

… Uno se vuelve así objeto depravado por la insensibilidad en el que la naturaleza contempla su última inmovilidad.

¿Ha despertado tu petrificación los celos de las piedras? ¿Has visto cómo se les marcan las venas a los glaciares?

*

Yo no pienso en la muerte sino que es ella la que piensa en sí misma. Todo cuanto en ella es posibilidad de vida respira a través de mí, y yo sólo existo a través del *tiempo* de que es capaz su eternidad. Puesto que ella se defiende de su propio absoluto, rechaza la grandeza y desciende por su propia voluntad a una degradación temporal, entonces yo *soy*. Incluso en la muerte busco la vida y mi papel no es otro que descubrirla en todo lo que ella no es. Si la carroña divina aún estuviera viva, hace mucho que yo descansaría en sus brazos. Pero Dios ha prestado muy pocas cosas a la vida para que yo tenga algo que buscar en su desierto.

No se puede vivir ya si no es acechando la vida por dondequiera que se encuentre fuera de sus dominios, para salvarla de convertirse en algo ajeno. De esa forma te exilias en la muerte para gozar de la vida en su inútil caminar.

*

Lo que le falta a la salud es lo infinito. Por eso los hombres han renunciado a ella.

*

En los abrazos la sensación de felicidad y de infelicidad te hace sufrir de un agotamiento equívoco que te lleva a desear que te pulverice un rayo. De los labios emana una dulzura mortal

que inunda los límites de la existencia y te sumerge en una desesperación por el paraíso. Nunca la muerte parece más envolvente que en las proximidades de la infinitud erótica. Amar equivale a ahogarse, a sumergirse en el ser y en el no-ser. Y es que todo goce implica una realización y una extinción. Pero cuando se ama, uno puede imaginarse que la autodestrucción es el fundamento de la fecundidad. Sin la mujer —música extraviada en la carne— la vida sería un suicidio automático. Porque, la verdad, sin ella ¿en qué moriríamos? ¿Dónde descubriríamos muertes más perfumadas, dónde unos crepúsculos más floridos, dónde temblaríamos al sepultarnos?

*

Si los hombres fueran por ahí desnudos, obtendrían más fácilmente la seguridad física de la muerte. Las ropas se interponen entre nosotros y nuestros objetivos, creando una ilusión de poder y de independencia. Pero cuando uno pasa desnudo frente a un espejo, se encuentra abocado a la destrucción porque el cuerpo es un yacimiento de vanidad donde enmohece el pensamiento de la inmortalidad.

Tras varios milenios de civilización, si los hombres empezaran a ir desnudos y, junto a la ropa, arrojaran las ilusiones realizadas, todos se volverían metafísicos.

Sólo cuando te ves desnudo te acuerdas de que existes y de que eres mortal. La vestimenta nos confiere una superioridad artificial sobre el tiempo. ¿Cómo va uno a ser mortal con un sombrero en la cabeza y una corbata al cuello? Las ropas han creado más ilusiones que las religiones.

*

Parece que miles y miles de vidas desconocidas se suicidaran en mi interior y que con sus suspiros se formara un éxtasis final, que yo no fuera sino una bóveda sobre infinitos finales… ¡Ojalá

pudiera diseminarme en partículas de sufrimiento, romperme en fragmentos y no estar ya en ninguna parte, sobre todo, en mí! Como en un delirio de ausencia, suprimirme de todo y extinguirme, centrífugo a mí mismo.

*

El hombre es el camino más corto entre la vida y la muerte.

Capítulo quinto

La muerte es lo sublime al alcance de cualquiera.

*

Los dolores más crueles y las más horribles alucinaciones de terror no me han dejado una náusea comparable a la que sigue a la separación definitiva de un grupo de hombres a los que se odia o a los que se ama. Brillante o no, admirado o despreciado, el caso es que cuando te separas de ellos cualquier suicidio parece dulce. Como si cualquier palabra que les hayas dicho se hubiera convertido en barro y se escondiera por algún recoveco del fondo de tu aislamiento, para luego saltar y enlodarte en plena cara. Las palabras se transforman en veneno y después de haberte confesado horas y horas, el vacío de los demás y el tuyo propio te aturden. Todo cuanto no está solo se pudre y yo nunca estuve lo suficientemente solo como para renacer.

Toda conversación nos deja más abandonados que en la sepultura. Has aliviado el espíritu y el corazón se te ha podrido. Las palabras volaron a los cuatro vientos y con ellas la sustancia de tu aislamiento.

*

Sólo en el amor podemos verificar nuestra distancia respecto al mundo. En brazos de la mujer, el corazón se somete al instinto, pero el pensamiento vaga alrededor del mundo, fruto enfermo del desarraigo erótico. Y, por ello, de la efervescencia sensual de la sangre se alza una protesta melódica y desgarradora

que no siempre somos capaces de distinguir, pero que está presente en el intervalo de un destello recordándonos de paso lo eternamente frágil que es el placer. De lo contrario, ¿cómo podríamos alcanzar en cada beso la muerte rosada, mientras agonizamos envueltos de abrazos?

¿Y cómo mediríamos la soledad si no nos miráramos en los ojos extraviados de la mujer? Porque a través de ellos el aislamiento se ofrece a sí mismo el espectáculo de su infinito.

*

Lo equívoco del amor parte del hecho de que se es feliz y desgraciado a un tiempo, que el sufrimiento y el placer se igualan en un único torbellino. Por ello, la desdicha amorosa crece conforme la mujer más nos comprende y nos ama. Una pasión sin límites nos lleva a lamentar que los mares tengan fondo, y el deseo de sumergirnos en lo ilimitado lo aplacamos zambulléndonos en la infinitud del azul celeste. Por lo menos el cielo no tiene fronteras y parece hecho a medida de la verticalidad del suicidio.

El amor nos induce a ahogarnos, provoca el anhelo de las profundidades. En eso se parece a la muerte. Así se explica por qué la sensación del fin la tienen sólo las naturalezas eróticas. Al amar se desciende hasta las raíces de la vida, hasta la lozanía fatal de la muerte. No hay rayos que te fulminen como un abrazo, y las ventanas se abren al espacio para que puedas arrojarte por ellas. Hay mucha felicidad y mucha desgracia en los altibajos del amor, y el corazón es demasiado estrecho para sus dimensiones.

El erotismo proviene de más allá del hombre; lo abruma y lo derriba. Y, por esa razón, abatidos por sus olas, los días pasan sin que nos percatemos ya de que los objetos existen, de que las criaturas se agitan y la vida se consume, ya que, atrapados en el

voluptuoso sueño del amor por tanta vida y por tanta muerte, nos hemos olvidado de ambas, de suerte que cuando despertamos del amor, tras sus inigualables desgarros sentimos un lúcido e inconsolable desplome.

*

El sentido más profundo del amor no es inteligible por «el genio de la especie» y tampoco por la superación de la individuación. ¿Quién puede creer que experimentaría intensidades tan crueles, de inhumana gravedad, si fuéramos simples piezas de un proceso en el que, *personalmente*, perdemos? ¿Y quién puede admitir que nos meteríamos en sufrimientos tan grandes sólo para desempeñar el papel de víctimas? Los sexos no son capaces de tanta renuncia ni de tanta falacia.

En el fondo, amamos para defendernos del vacío de la existencia como reacción contra él. La dimensión erótica de nuestro ser es una plenitud dolorosa que colma el vacío que hay en nosotros y fuera de nosotros. Sin la invasión del vacío esencial, que roe las entrañas del ser y destruye la ilusión necesaria para existir, el amor sería un ejercicio fácil, un pretexto placentero y no una reacción misteriosa o una convulsión crepuscular. La nada que nos rodea sufre por la presencia del Eros, ya que también él es una falacia contaminada por la existencia. De todo cuanto se ofrece a la sensibilidad el amor es lo menos vacío, y no podemos renunciar a él so pena de abrir los brazos al vacío natural, banal y eterno.

Al ser un máximo de vida y de muerte, el amor constituye una irrupción de intensidad en el vacío. Y toda intensidad es un sufrimiento del vacío.

¿Soportaríamos acaso las penas de amor si no fuera un arma contra el hastío cósmico, contra la putrefacción inmanente? ¿O

nos deslizaríamos a la muerte en medio de suspiros y euforia si no encontráramos en ella una vía de *ser* hacia la inexistencia?

*

No es posible consolarse de la nada del mundo mediante la fuerza, sino mediante la soberbia. El hombre es demasiado soberbio para rendirse a la evidencia. Y entonces inventa la existencia.

*

¿Mi intimidad con las cosas que se extinguen? Yo me sobrevivo después de cada tristeza…

Sólo cuando me duele el alma de infelicidad, mi corazón se pone a latir. El suspiro es el marco ideal de la respiración y la felicidad no es la temperatura de la vida.

*

Es muy posible que el amor contenga *en sí mismo* un potencial de felicidad mayor de lo que nuestra razón, contagiada por el corazón, tiende a creer. ¿De dónde vienen, entonces, los fúnebres acordes de la embriaguez esencial y el perfume de suicidio de los abrazos?

La arqueología fatal del amor saca a la superficie no solamente los dolores inconfundibles y actuales, sino también todas las desdichas incompletas que creíamos haber sepultado para siempre, todas las heridas que considerábamos cicatrizadas, y sacia el anhelo de sufrimientos prolongados. Justamente como en la liturgia erótica de Wagner, el lado sombrío del pasado se llena de vida y toma posesión de nuestro tormento incierto, de modo que somos menos infelices por las sensaciones inmediatas del amor que por las resucitadas y revividas del pasado.

Si el amor no fuera algo más que una presencia epidérmica, sería imposible asociarlo al sufrimiento. Pero el amor, como

Dios, se aviene a un sinfín de predicados. La mujer puede ser un infinito nulo; pero frente al amor, lo infinito se ruboriza. Y es que todo es bien poco en comparación con el amor. ¿No hay momentos de amor a cuyo lado la muerte parece una pura desvergüenza?

*

Hay hombres que si no pudieran meditar sobre el amor, enloquecerían de amor. La reflexión es la única derivación. Sin ella resultaría imposible soportar nada. Entonces moriríamos a causa de Dios, de la música o de la mujer. La transposición reflexiva suaviza la furia de las pasiones y atenúa el tránsito hacia el no ser que anida en todo placer. De esta suerte, el pensamiento se convierte en un instrumento de mediocridad.

*

Nos agitamos, creemos y pensamos para excusar nuestra existencia. Es como si alguien nos mirara desde otro mundo con desdén y nosotros, para no convertirnos en víctimas de su repulsión, nos justificáramos con gestos, palabras y hechos. Así esperamos obtener su compasión, el perdón por la rareza de ser. Y cuando a ese alguien lo bautizaran con el nombre de Dios, adornamos nuestro triste espectáculo como si éste fuera algo más que el espejo del Gran Afligido.

*

Todo me hiere y el paraíso me parece demasiado brutal. El menor contacto me produce la sensación de una roca que rodara sobre mí, y el reflejo de las estrellas en los ojos soñadores de una doncella me causa dolor por su condición de materia. Las flores expanden aromas mortales y una azucena no es bastante pura para un corazón que huye de todo. Sólo el beatífico sueño de un ángel podría ofrecerle una cuna a su balanceo astral.

El mundo se ha marchitado en la periferia del corazón, y la mente yace al caer la tarde. El universo muestra despavorido su sonrisa, en la que distingo (símbolo de la vida) a un ángel caníbal.

*

Nada puede reducirse a la unidad. El caos acecha al mundo en todos sus rincones. La contradicción no es sólo el sentido de la vida, sino también el de la muerte. Un acto cualquiera es idéntico a todos los demás. No hay ni esperanza ni desesperanza, sino las dos a un tiempo. Se muere al vivir y se vive al morir. Lo absoluto es simultaneidad: crepúsculos, lágrimas, úlceras, bestias y rosas; todas esas cosas nadan en la borrachera de lo indistinto. ¡Ay, esos momentos de soledad total que pasas en trance sintiendo a Dios, y en los que tienes celos de ti mismo!

Si no sientes que *el mar* puede servirte de seudónimo, es que no has experimentado nunca ni un instante de soledad.

*

Los médicos no tienen un oído muy fino. Pero cuando sabes que en cada auscultación pueden descubrir una marcha fúnebre…

Por la tristeza pierdes tu condición de hombre. Si pudiera dar rienda suelta a mis inclinaciones, descansaría en un cementerio de mendigos o de emperadores locos.

*

Sólo como fuente de infelicidad la mujer es revelación de lo absoluto. Si absorbemos metafísicamente los misterios de su constitución, venceremos a la vida con sus propias armas, aun cuando el pánico de la anemia ante la proximidad del gran desfallecimiento esencial vierta llamas abstractas en la sangre.

Un amor total, un placer que no sea un delicioso desastre, compromete en igual medida al hombre y a la mujer. El amor no puede soportarse, sino tan sólo sufrir. Reclinas la cabeza en un seno y te destierras con toda la tierra.

De todas formas, lo único que puedes hacer por la mujer es rendirle culto, aunque seas misógino. Además, la adoración tiene un mayor prestigio porque no es atribuible a un valor intrínseco. No se adora a la mujer, sino que se es por ella. Es un culto necesario para evitar el narcisismo.

Corres en pos de las mujeres por miedo a la soledad y te quedas con ellas por una sed equiparable a ese miedo. Y es que, más que en ninguna otra cosa, en el amor estás podrido de ti mismo.

La sexualidad es una operación en la que eres, sucesivamente, cirujano y poeta. Una carnicería extática, un gruñido de astros. No sé por qué en el amor tengo sensaciones de ex santo…

*

El amor nos muestra hasta dónde podemos estar enfermos dentro de los límites de la salud. El estado amoroso no es una intoxicación orgánica, sino metafísica.

*

Por más que se diga del suicidio nadie puede robarle el prestigio de lo absoluto. Porque ¿acaso no es una muerte que se supera a sí misma?

*

Harto de la individuación, me gustaría descansar de mí. ¡Y cómo pulverizaría mi corazón en la lejanía, para que serpientes sedientas de veneno y víboras enroscadas en mi cerebro que sorben idea tras idea, reptiles ebrios de desesperanza, lamieran los restos de sangre! ¡Bóveda celeste, derrúmbate, ya no te quedará

nada por aplastar! Porque los astros giran en el universo como huevos podridos cuyas emanaciones no podrán ocultar todas las rosas del paraíso. ¿Podré estrellar mis pensamientos contra mi propia sombra?

Si los demonios probaran el amargor de la sangre, enloquecerían de tristeza. Circula a sus anchas por las venas y no la detiene nadie… Es como si, en la sangre, se descongelaran lágrimas en un prolongado y lejano suspiro. ¿Quién habrá llorado en mi sangre?

*

Si el amor no fuera la irresoluble mezcla de crimen premeditado y de infinita delicadeza, ¡qué fácil nos resultaría reducirlo a mera fórmula! Pero los tormentos amorosos superan la tragedia de Job… El erotismo es una lepra etérea… La sociedad no te aísla, eso es cierto, pero agrava tu tormento aminorando tu aislamiento.

*

Nada nos niega más intensa y dolorosamente la vida como su suprema pulsación en el amor. Y al querer ligarnos a ella a través de la mujer, no hacemos otra cosa que superarla. El amor no cabe en la vida. Y por ello el perfume femenino recuerda el aroma de muerte de una corona mortuoria.

*

¿Dónde florece mejor el suicidio que en la sonrisa?

*

La profundidad del amor se mide por su potencial de soledad, el cual encuentra su expresión en un matiz de fatalidad, presente en los gestos, palabras y suspiros. La tendencia del corazón a *no ser* confiere al amor una mayor seriedad que a la desesperanza. Mientras ésta nos impide el acceso hacia el futuro,

arrojándonos sin remisión al desastre puro del tiempo, el amor conjuga la falta de esperanza con la seducción de una única felicidad. La desesperanza es un lóbrego callejón sin salida, un irreparable incontenible, una exasperación de lo imposible, mientras el amor es una desesperanza *hacia* el futuro, abierta a la felicidad.

*

Hasta el hecho de beber agua es un acto religioso. Lo absoluto se deleita en la última brizna de hierba. Lo Absoluto y lo Vacío…

¿Dónde no está Dios? ¿Dónde no se hallan ni Dios ni la Nada? La desesperanza es una vitalidad de la Nada…

*

La teología no ha podido esclarecer hasta ahora quién está más solo: si Dios o el hombre. Ha venido la poesía. Y he comprendido que es el hombre…

*

La súbita revelación de la irrealidad cuando, poseído por el pánico, te entran ganas de dirigirte al policía de la esquina para preguntarle si existe el mundo o no… Y qué rápidamente te tranquilizas contento por la incertidumbre… Porque realmente, ¿qué es lo que harías si existiera?

*

Me gustan las gentes del Antiguo Testamento: son pacientes y tristes. Los únicos que le han pedido cuentas a Dios cuantas veces han querido; que no han dejado pasar ocasión de recordarle que era despiadado y que ellos ya no podían esperar más tiempo. Por entonces los mortales tenían instinto religioso, hoy sólo *fe* y ni siquiera eso. El mayor fracaso del cristianismo es no haber sabido endurecer las relaciones entre el hombre y el Crea-

dor. Demasiadas soluciones y demasiados intermediarios. El drama de Jesús ha aliviado los sufrimientos y ha suprimido la exaltación de la hombría en los asuntos religiosos. En otra época se levantaban los puños al cielo, hoy sólo las miradas.

*

Sólo a través de la música religiosa hemos tomado conciencia del grado de inmanencia del erotismo. La oímos y no la comprendemos. ¿Hacia qué dolorosa zona de la tierra nos precipita la mujer? O cuando nos exilia de la tierra, ¿adónde llevamos nuestro errante caminar, que no descubrimos el cielo? Bach no ha hecho enmudecer a ningún amante. Ni siquiera sumido en el desconsuelo amoroso llegas a entenderlo; solamente en el caso de ausencia del amor. Y puede que aún más: en ausencia del mundo.

Aparte del amor, ¿qué es lo que nos impide que terminemos todos en Dios?

*

¿Podríamos oír la misteriosa melodía de cada cosa? ¿Podríamos escuchar una sonrisa? ¿Ven en verdad los ojos si no suena una música alejada y dulce? ¿Qué sonidos se originan en la mirada y mueren a la sombra melodiosa del corazón? Todo cobra voz con timidez y diríase que las cosas elevan sus acordes hacia el cielo.

Como un enfermo astral, ¡que sensaciones desconcertantemente sutiles te acerquen al misterio musical del ser! Todo lo oyes, ¿también el llanto etéreo de un mundo oculto? Parecería que las flores hubieran arrancado sus raíces del corazón… y te hubieras quedado solo con sus suspiros…

¿Oyes el crepúsculo de una azucena? ¿O la desgarradora melodía de un perfume desconocido?

Si oliéramos una rosa hasta sentir su música, ¿qué otra marcha fúnebre nos abriría con mayor delicadeza una tumba en el cielo? ¿Y no pierde el propio cielo su brillo, disuelto en una melodía que baja hacia nosotros?

*

¿Quién te sanará de ti mismo? ¿Una jovencita? ¿Pero quién tendría la generosidad rayana en el sacrificio de asumir tu melancolía? ¿Qué alma pura, deseosa de sueños y de sinsabores se atrevería a llevar una carga que no puede sospechar? ¿Y podrías librarte del veneno sorbiendo primaveras de una difunta juventud? ¿O empañar ojos inocentes con el peso de la tristeza? ¿Qué virginidad no moriría al sentirlo próximo?

En la carne lúcida dormita la savia y unos ojos apagados se encienden en otoñal ofrenda, recogida por la lividez de un amor.

*

Desde que Eva despertó a Adán del sueño de la perfección inútil, sus descendientes continúan su obra de sacarnos del sueño y nos tientan todavía con el no-ser. Su mirada turbia, el aéreo vértigo de su reclamo incierto, ¿permanecerán ajenos a nuestra turbulenta comprensión?

La vida es la eternización del instante de miedo inconsolable en el que Adán, recién expulsado del paraíso, se dio cuenta de la inmensa pérdida y de la infinita perdición que le esperaba. ¿Acaso no reeditamos todos, en el curso de nuestra vida, la desesperada iluminación de ese atroz momento? La herencia del primer hombre es la luz de la primera desesperación.

*

Cuando las estrellas se transformen en puñales y mi corazón vuele hacia ellas, no lo desgarrarán todas juntas lo bastante como para que la tristeza no trace en la bóveda celeste su sedicioso

rastro. Quisiera perecer en cada astro, estrellarme contra cada altura, y construir un refugio funerario en las estrellas pútridas para un cadáver descompuesto en el hechizo de las esferas.

¿Qué canción ha descendido a la carne y qué sonora perdición emborracha todas y cada una de las células para que nadie pueda detenerlas en su afán de morir?

*

Hay tanto de indefinible en esta palabra: *futilidad*… Diríase que Buda me la ha susurrado al oído en un cabaret.

*

Un suicidio hace más que un no-suicidio.

*

Hay algunos hombres tan necios que si una sola idea aflorara a la superficie del cerebro, ésta se suicidaría aterrada de su soledad.

*

Al igual que la neurastenia es la implicación orgánica del gusto por la belleza, los vértigos traducen nuestra inclinación por lo absoluto. Ya no hay objetos que nos retengan ni pilares en los cuales apoyarnos, ni bancos donde descansar el peso de la carne meditabunda. Las articulaciones se nos derriten y caemos en la eternidad anónima de las cosas. Las venas, presintiendo otro mundo, ya no son refugio del orgullo de la posición vertical, sino que se marchitan gustosamente ante lo absoluto. Y el alma, desencantada del mundo y de sí misma, sigue el ejemplo del cuerpo.

*

Desearía que ángeles alegres contasen mi vida a la sombra de un sauce llorón. Y cada vez que no comprendieran algo, que las

ramas inclinadas iluminasen su ignorancia con brisas de tristeza…

*

Si quisiera saber lo que me ha enriquecido más en el curso de mi vida, de qué prueba he salido más fuerte y más solo, ni el amor, ni el sufrimiento inmediato del cuerpo o el miedo por lo incomprensible, ni el arrepentimiento permanente del pensamiento serían la fuente de mi crecimiento interior, sino todas esas cosas a la vez, envueltas y purificadas en el sentimiento de la muerte. Sin este sentimiento te elevas sin rumbo, restándole a tu final lo poco que tenía de aureola y de apoteosis. Cuando, no obstante, la muerte brota con cada suspiro, el fruto de nuestros sufrimientos conserva una madurez intacta, y la vida, conforme a su sentido último, es menos perdición. No se crece sino al unísono con una agonía en flor. Por el sentimiento de la muerte hacemos a la vida cómplice de lo absoluto, aun cuando le arrebatemos su ternura. Encerrados en los límites individuales, ¿qué haríamos sin la tentación de lo ilimitado que representa la muerte? Sólo al morir me he convertido en algo más que yo mismo, con una muerte fructífera; que germine en el sueño y en la fuerza una ondulada agonía. ¿Por qué tiene que asustarme el fin si yo lo he anticipado gozoso desde la médula y el pensamiento? ¿O es que habrá alguna célula donde la muerte no haya fermentado?

Pero es posible enriquecer una vida más allá de sus previsiones. ¿Y si desde el horizonte de la vida lo infinito fuera una enfermedad? De lo contrario, ¿de dónde procedería el orgullo de la sangre triste?

*

Hay miradas femeninas que tienen algo de la triste perfección de un soneto.

*

Sin la desdicha, el amor no sería mucho más que una gestión de la naturaleza.

*

En cada perfume se huele el llanto inmaterial de las flores, desde el momento en que nos inspira una fúnebre desintegración. Envueltos en él, nos embarga el temor a la muerte como una savia que viene de lejos y va elevándose lenta y tristemente en la reciedumbre del cuerpo. ¡Y cómo suspira una rosa ante nuestra tristeza ennobleciéndola! ¡O una inmensa ola de difusos perfumes cargados de suicidio, que van flotando en busca de corazones caducos!

*

Aunque sepas desde cuándo la melancolía te ha separado de la naturaleza, te parece, no obstante, que te ha acompañado desde siempre, que naciste con ella y hasta puede que de ella. Si mueres, te sobrevivirá y tejerá la poesía morada de la extinción sin fin.

El sentimiento de la eternidad negativa de mi vida… He muerto sin haber empezado…

*

Cuando de ninguna manera te sientas ya *persona*, y, sin embargo, sigas amando, la contradicción aumentará y se convertirá en un sufrimiento indecible, infernal. El amor, para bien o para mal, deriva de la condición de la existencia como tal, y en la persona sólo llega a producirse si pertenece, a través de todas sus flaquezas, a la forma de vida que representa. No puedes elevar hacia ti a la mujer, esa *persona* por excelencia, y mucho menos descender tú hacia ella. Entonces vives próximo a ella y sufres al rodearla de *no*-humanidad. ¡Qué perversión esa de amar

a un ser humano, cuando ya no tienes sensaciones humanas, cuando ya no estás ni arriba ni abajo sino *fuera* de la condición humana! ¡Y la ilusión de la mujer al creer que te ofrece el olvido cuando lo único que hace es confirmar tu alejamiento de todas las cosas!

*

¿Por qué no se apiadará la tierra de mí y, abriendo sus fauces, me engullirá en sus entrañas, triturará mis huesos y chupará mi sangre? Sólo así se cumpliría la pesadilla en la que me veo aplastado por el peso de montes y mares que sobre mí se han arrojado. ¿No soy acaso carroña que vislumbra, desde las profundidades de los mundos, cómo los cielos, los firmamentos, se desintegran para caer rodando sobre ella y machacarla? ¿Bajo qué estrella no he muerto, bajo qué mar o bajo qué tierra? ¡Ay! ¡Todo ha muerto, y en primer lugar, la muerte! ¿El universo? Da la impresión de ser un conjunto de espectros mirando desde el fondo de una muela picada…

*

Un vampiro que me chupa la última gota de sangre y luego entona una triste canción…

*

Hay que *reformarlo* todo, incluso el suicidio…

*

Los hombres exigen tener un oficio. Como si el hecho de vivir no fuera ya uno, ¡y el más difícil!

*

Soy un Job sin amigos, sin Dios y sin lepra.

*

Sólo al aumentar la desdicha, mediante el pensamiento y la acción, podemos encontrar en ella placer y espíritu.

*

La verdad, como todo lo que implique escasez de ilusión, solamente aparece en el seno de una vitalidad comprometida. Los instintos, al no poder alimentar ya la magia de los errores en los que se baña la vida, colman sus huecos con una lucidez desastrosa. Comenzamos a ver el estado de las cosas y entonces ya no podemos vivir. Sin errores, la vida es un bulevar desierto en el que deambulamos como si fuéramos peripatéticos de la tristeza.

*

La necesidad de poner fin a tus días en el corazón de una mujer pálida, para que tu cadáver lleve una no-vida…, o la de hablar de amor de forma tan etérea que incluso los copos de nieve pidan perdón. Un amor vaporoso como la esquizofrenia de un perfume…

*

En el café, más que en ninguna otra parte, no se puede hablar ya sino con Dios.

*

Sólo me acuerdo de que *soy* al oír mis pasos por el suelo a altas horas de la noche.

¿Seguiré siendo mucho más tiempo vecino de mi corazón? ¿Cuánto me queda aún por marchar junto a mi *tiempo*? ¿Y quién me habrá desterrado lejos de mí?

*

Los ojos perdidos de las mujeres tristes, y que solamente deben abrirse el día del Juicio final…

*

La vida, no elevada al rango de sueño, se parece a un Apocalipsis de la necedad y de la vulgaridad. ¿Quién la soportaría sin su cuota de irrealidad?

*

Los pensamientos aromatizados por la nobleza del suicidio… Es como beber veneno servido por manos de una santa. O sorber el pecado de la anónima boca de una prostituta. ¿Dónde estáis, enfermedades ocultas, que no subís, fatal e implacablemente, hasta una sangre anhelante de miedo y de aniquilación?

*

Todo cuanto llamamos *proceso histórico* tiene su origen en el sufrimiento amoroso. Si Adán hubiera sido feliz con Eva, nada habría cambiado en el mundo. La tentación del demonio: «Seréis como Dios», se realizó en la medida en que la creación humana, nacida del dolor del amor, nos aproxima a un grado de divinidad. La felicidad no tiene virtudes históricas. Dios empequeñece cada vez que un hombre no descubre lo Absoluto en el amor o lo descubre en la decepción.

*

El acto del suicidio es terriblemente grande. Pero aún parece más agobiante suicidarse cada día…

*

La enfermedad de un hombre se mide por la frecuencia con que aparece la palabra «vida» en su vocabulario.

*

Fontenelle, cuando era casi centenario, decía a su médico: *«Je ne me sens autre chose qu'une difficulté d'être»*[1].

Cuando uno piensa en que tantos otros sienten lo mismo desde su primera reflexión, y no sólo en el lecho de muerte…

La carga de vivir es soportable cuando abruma hasta sofocar. El sufrimiento sólo es dulce bajo la forma del *tormento*.

Cuando uno toma conciencia de su insignificancia, el yo se volatiliza con las brumas de la desolación. Y entonces, ¿qué otra cosa queda del individuo? Una sustancia de amargura esparcida por una calavera de demonio abandonado.

La tristeza es una toma de conciencia en relación con el corazón de un demonio.

Capítulo sexto

La agobiante necesidad de rezar y la impotencia de no estar dirigiéndote a nadie… Y, luego, la otra necesidad: de tirarte a tierra, de morderla enfurecido y vomitar la cólera o la negativa religiosidad de la carne.

¿Se habrá convertido el cerebro en picadero para unos ángeles que llevan herraduras, si no puedo captar su eco, vulgar y divino? ¿O será que se han quemado los llantos? ¿O serán vientos que atizan el incendio provocado por las lágrimas del mundo?

Cuando veo el cielo me entran ganas de disolverme en él, y cuando miro la tierra, de enterrarme en sus entrañas. ¿Para qué extrañarme entonces de que ambos, cielo y tierra, se descompongan en la mente y en el corazón? He torturado mis esperanzas entre una geología del cielo y una teología de la tierra.

¡Cómo me gustaría pegar mis mejillas contra el azul sereno del cielo, como esas hojas que parecen haber brotado allí, cuando uno las mira por la tarde a la sombra de un árbol!

*

En el corazón de Diógenes las flores se volvían carroña y las piedras se reían. Nada que no estuviera desfigurado: el hombre se desfiguraba la cara; y los objetos, el silencio. La naturaleza, con descaro, exponía generosamente su impudor, en el que se deleitaba la locura clarividente del más lúcido de los mortales. Las cosas perdían su virginidad al contacto con su penetrante

mirada, que parecía querer enseñarnos la existencia de un vínculo más profundo entre la sinceridad y la nada.

¿Fue Diógenes el hombre más sincero? Eso parece, desde el momento en que no perdonó a nadie ni a nada; su sinceridad fue casi enfermiza, pues no tuvo miedo de las *consecuencias* del conocimiento. Consecuencias que son el cinismo mismo.

¿Qué le habrá impulsado a sacudir la dulzura de los prejuicios y del decoro? ¿Qué habrá *perdido* para que ya nada haya vuelto a ligarlo a la magia de la apariencia y del error? ¿Se puede llegar sólo por medio de la inteligencia a la osadía y a la provocación de la verdad? Jamás, al menos mientras el corazón aún persista en la mentira y al servicio de la sangre. Pero el corazón de Diógenes parece haber sido arrancado del interés de la existencia y, algo sin precedentes, haberse vuelto cuna de la inteligencia, lugar de reposo y de convalecencia de la lucidez. Sacada la sangre de la circulación y controlada la vida sin piedad, ¿dónde se manifestará todavía el error y se deleitará la ilusión? El cinismo florece en esa evacuación, que te desliga de todo y te permite reír, despreciar, pisotear, a ti mismo en primer término, soberbio por la ausencia universal cuyo espectador es el cínico. Este, llorando o riendo, mira a la *nada*.

¿Qué habrá impulsado a Diógenes hacia la catastrófica ruptura del hechizo ingenuo, delicado y envolvente de la existencia? ¿Qué es lo que lo habrá lanzado a cometer un crimen contra los errores indispensables de la vida? ¿No le debemos una falta de esa ilusión de la que, acongojados, alardeamos? ¿Qué consuelo le habrá faltado, qué caricias le truncaron, para separarle de la felicidad a la que debió de ser sensible incluso si nació con vocación de réprobo? También un monstruo nace con una tendencia a la felicidad que no puede perder aunque ésta lo abandone.

¿Qué nos impide en la vida ser cínicos pese a que la razón nos empuja y nos obliga? ¿Qué limita la impertinencia última del conocimiento?

¿Nos acordamos aún del amor, generador de fecundos errores?

Cualquier paso que demos en el amor intimida el conocimiento y lo obliga a caminar recatadamente a nuestro lado o pegado a nosotros. La mengua de lucidez es una señal de vitalidad del amor.

Sin embargo, cuando *algo* interviene y desencadena la lucidez en un imperio tan vasto como el ser, el amor se retira derrotado y aturdido. Y cuando ese «algo» es un ser (o tal vez muchos) que hemos perdido durante la edad de las mentiras, el vacío que sigue permite la despiadada expansión de la razón fría y destructora. Normalmente, nadie puede heredar tanta lucidez como para deslizarse en el cinismo, sino que en el transcurso de la vida las decepciones vuelven el mundo transparente, de suerte que *se ve* hasta el fondo lo que sólo nos era permitido acariciar. Nosotros no conocemos la vida de Diógenes en la época en la que las desgracias amorosas deciden el curso de la reflexión. Pero ¿qué importa saber a *quién* perdió cuando sabemos muy bien *qué* perdió y adónde lleva esa pérdida?

*

¡Ojalá pudiera volverme una fuente de lágrimas en las manos de Dios! ¡Llorar en él y que él llorara en mí!

*

Por medio de la pasión y la desdicha, vencemos el carácter de relatividad de la vida y la proyectamos en lo Absoluto. De esta manera, se convierte en un Apocalipsis diario…

*

Hay una gran resignación que sólo conocemos cuando el torbellino de la muerte nos coge por sorpresa en mitad de un bulevar… O esa regia inquietud que nos embarga por las grises calles de París siempre que nos preguntamos si hemos *existido* alguna vez y las viejas casas inclinadas nos dan la respuesta negativa de su agonía…

*

Los medios de vencer la soledad no hacen más que agrandarla. Al querer alejarnos de nosotros mismos por medio del amor, la embriaguez o la fe, no conseguimos otra cosa que profundizar nuestra identidad. Se es más *uno mismo* en la proximidad de la mujer, del alcohol o de Dios. Incluso el suicidio no es más que un homenaje negativo que nos ofrecemos a nosotros mismos.

*

El estremecimiento que nos revela que el espíritu se ha quedado claro e intacto pero que la sangre y la carne han perdido la razón… O que los huesos han perdido la cabeza cuando la razón goza de lucidez propia.

¡Ojalá los cielos se hundieran frente al espíritu!

*

El amor parece una ocupación vulgar si lo comparamos con el anhelo de adoración, en que las inclinaciones de la vida se filtran en un mundo de brisas puras. La mujer que cae víctima de nuestra sed inmaterial puede considerarse, y con razón, desdichada en amores. Y es que no le ofrecemos demasiado, ¿un exceso que ultraja ese *poco* que es la felicidad?

Ella jamás comprenderá por qué en la adoración su presencia es tan vana como en la ausencia. No necesita ser ni saber. ¿Con qué podría contentar o suavizar la necesidad de absoluto extraviada en el Eros? Al adorarla ella solamente existe en la medida

en que no *es*, como pretexto por nuestro gusto por la irrealidad suprema.

Ese absoluto en nuestra *superficie*… bautizado mujer.

*

Sólo frente al mar te das cuenta de la falta de poesía que esconde nuestra resistencia a las olas de la muerte…

Poesía significa desmayo, abandono, no ofrecer resistencia al hechizo… Y como todo hechizo equivale a desaparición, ¿quién podría encontrar una sola poesía *exaltadora*? Ella nos hace bajar hacia lo supremo…

Hay corazones cuya música, concentrada en un rayo sonoro, podría hacer que la vida empezara desde el inicio. ¡Si supiéramos tocar la fibra cosmogónica de cada corazón…!

*

La duplicidad esencial de toda tristeza: con una mano quisieras sostener un lirio y con la otra acariciar a un verdugo. ¿Tendrán la poesía y el crimen la misma fuente?

En la tristeza todo tiene dos caras. No puedes estar ni en el cielo ni en el infierno, ni en la vida ni en la muerte, ni se puede ser feliz ni infeliz. Un llanto sin lágrimas, un equívoco sin fin. ¿Acaso no te expulsa de igual manera de este mundo como del otro?

Tu tristeza es desde siempre, no de *ahora*. Y ese «siempre» abarca a todo el mundo que ha precedido a tu nacimiento. ¿No es la tristeza el recuerdo del tiempo en que no hemos existido?

*

La palidez nos muestra hasta dónde el cuerpo puede entender al alma.

*

¿Me bastarán las llanuras del cielo para remendar un corazón hecho jirones? ¿O tendré que mendigárselo también a las llanuras de la tierra? ¡Como si a ellas aún les quedara algo por cubrir de un alma que nació enterrada!

*

¿Habéis contemplado el mar durante sus horas de hastío? Parece agitar las olas asqueado de sí mismo. Las expulsa para que ya no vuelvan más. Pero vuelven y vuelven sin cesar. Eso mismo nos pasa a nosotros. ¿Quién nos hace volver a nosotros mismos cuando más nos esforzamos en alejarnos?

La misteriosa necesidad de dejarnos a merced de la mar, de diluirnos en la vana agitación de todos los mares, ¿no será una inclinación por el hastío infinito y una sensación de evanescencia más vasta que el alejamiento? ¡Ni el vino, ni la música ni los abrazos nos acercan a la dulzura de la desintegración como las olas que suben hasta nuestra ausencia e insignificancia y nos consuelan con promesas de desaparición! La mar, comentario sin fin del Eclesiastés…

¿Descifra algo un hombre feliz en las planicies marinas? ¡Como si la mar estuviese hecha para los *hombres*! Para ellos es la tierra, esta desventurada tierra… Pero los acordes de la desdicha se unen a los de la mar, en una voluptuosa y desgarradora armonía que los arroja fuera del destino de los mortales.

Y así, la tonalidad marina es la de una muerte eterna, la de un fin que no se termina nunca, la de una agonía risueña. No necesitamos un corazón enfermo de matices ni una sensibilidad dañada por la sutileza del éxtasis para sorprender un mortal escalofrío en las melodías marinas, sino solamente una inclinación hacia los misterios y voces de la melancolía. Entonces ya no estamos seguros de nuestra identidad y, en cierto modo, debemos recogernos, pescarnos a nosotros mismos incesantemen-

te para que no nos traguen los mares que hay en nosotros mismos ni los de fuera. Sólo podemos dominarnos entre cuatro paredes. El reclamo de la lejanía nos empuja más allá del cálculo de nuestra existencia…

La mar tienta a desaparecer solamente a los que la han descubierto durante días y noches de introspección… Cuando se la tiene delante, lo único que hacemos es verificar la sima de esos días y de esas noches… Lo demoníaco del mar reside en que es una borrasca fragante, una destrucción a la que no podemos negarnos sin hollar lo más profundo que hay en nosotros… una noble descomposición que tenemos que cultivar. Y, además, ¿es que la sangre no palpita al compás de un ritmo marino, su melancólico orgullo no se corresponde con la herida azul, movediza e infinita? ¡Que ese inmenso y líquido sufrimiento colme mi inclinación por los dolores inconmensurables y mitigue mi sed de desdichas sin igual! ¡Ojalá montaran en cólera los mares y rompieran sus olas contra el corazón humano!

Cuando te pierdes a orillas del mar, dejas el Paraíso de los raquíticos. Porque éste es un mar sin el componente demoníaco. Ahora ya sólo en esos peligrosos momentos en los que se derriten las articulaciones y se empapan los huesos me persigue la imagen del paraíso, durante una suprema debilidad y una total deficiencia. La imagen más pura que conforma la mente es la emanación de una vitalidad vacía.

En ninguna otra parte como en el mar te sientes inclinado a considerar que el mundo es una prolongación del alma. Y en ninguna parte eres más capaz de sentir un escalofrío religioso por el simple hecho de mirar. Una vida llena, con un aura de absoluto, sería aquella en la cual toda percepción equivaliera a una revelación. Estás en trance de realizarla cuando te sientes hipnotizado por los crepúsculos marinos… ¿Podré olvidar alguna vez aquel atardecer único en Mont Saint Michel, cuando en-

tre un sol agonizante y una fortaleza más sola que el sol, todos los ocasos del mundo me llamaban a un triste esplendor que entreveía y presentía? Y luego el paseo con aquel crepúsculo en el alma por el parque de Combourg, tratando de mostrarme digno del hastío del gran René. En efecto, hay que conocer la magnífica desolación de determinados días en Saint Malo y en Combourg para poder excusar a Chateaubriand. Es cierto que, excepto unas pocas páginas de sus *Memorias*, difícilmente puede leérsele, ya que su retórica, si bien amplia, carece de sustancia. Sus lamentaciones no han sido meditadas lo suficiente y su hastío no es bastante esencial. Pero si me atrajo fue por la suntuosa evolución de su vida, por haber elevado el vacío interior al rango de arte.

Ha sabido sacar partido de su insignificancia de tal forma que ya no podemos ser sino sus epígonos en el arte del hastío. Al menos haría falta ver la habitación en la que pasó su niñez y entrever las que pudieron ser sus discusiones con Lucile, por la que todo aficionado a la melancolía debe sentir piedad, para tomar conciencia de que la desolación surgida en una aldea válaca no puede alcanzar el fúnebre prestigio de otra nacida en un castillo solitario. Nosotros nos sentimos más poseídos por la *amargura* que por la tristeza, ya que no conocemos el orgullo de la suerte triste, sino las sombras del destino cruel.

«Un corazón lleno en un mundo vacío.» Chateaubriand se engañó al definir así el hastío; se engañó por soberbia. Porque, en lo tocante al hastío, no somos más que el mundo, sino que somos tan *poca cosa* como él. Es una correspondencia de vacíos. Y es que si fuéramos más, nos apoyaríamos bastante en nosotros mismos, estaríamos lo bastante llenos de *existencia* como para entrar en contacto con lo enrarecido de la conciencia, de donde brota el vacío interior. Los estados de gran tensión, sean de éxtasis o de sufrimiento, nos vuelven impermeables al hastío,

aunque del mundo que nos rodea podría venir una irresistible sugestión de inutilidad.

Al ver las cosas más de cerca no se las puede amar más que en la medida de su irrealidad. La existencia no es soportable sino porque participa en alguna medida de la inexistencia. La virtualidad de no ser nos aproxima al ser. La nada es un bálsamo existencial.

De esta manera comprendo mejor nuestra inclinación enfermiza, llena de apasionado sufrimiento, por la mujer. Aunque más anclada en la vida que nosotros, guarda sin embargo un algo de irreal que no podemos arrebatarle, producto tanto de la evanescente poesía con la que nos complace envolverla como de lo equívoco de la sexualidad. La mujer es cualquier cosa menos evidencia. Y las penas de amor, sea el que sea, correspondido o no, ganan en profundidad y rareza conforme la presencia de la mujer se sutiliza en una perfección cuanto más carnal, más indefinible. El amor sólo es infinito *negativamente*, al convertir la plenitud en sufrimiento. La necesidad de infelicidad se resiente sólo para prestar a los espasmos eróticos una expresión suprema.

La sexualidad sin la idea de la muerte es estremecedora y degradante. En los brazos de la mujer bajan ataúdes del cielo. Lo equívoco del eros es incluso esa mortal ilusión de plenitud, de exceso desastroso, de esplendor crepuscular.

¿Quién que se haya abandonado a merced del mar o de su recuerdo no ha sentido vergüenza de haber pasado, contento o indiferente, momentos de amor? ¿No es el mar un estorbo para la consecución de cualquier satisfacción? ¿No lo obligamos al reflujo cuando lo contemplamos con ojos doloridos? La melancolía es un homenaje de cada momento a las planicies marinas. Y, en las miradas soñadoras y perdidas, el mar se prolonga más

allá de sus riberas y los océanos continúan un flujo ideal hacia la tristeza. Por eso los ojos ya no tienen *fondo*…

*

¡Qué curioso resulta pasear entre mujeres y otras gentes, pensando si *merece la pena* o no ser Dios! Rumiando la ilusión de su eternidad, uno se dice: «¿Seré todavía dueño de mí mismo más allá de mis límites?». Y un transeúnte murmura: «Yo prefiero crespón de China».

¡Qué suerte que todavía haya mujeres misteriosamente embellecidas por la enfermedad, que comprenden el clima del dolor y la perdición de la lucidez! El espíritu es materia elevada al rango de sufrimiento. Y como las mujeres están ávidas de dolor, participan en él.

La inocencia es el contrario del espíritu. Igualmente la felicidad y todo cuanto no es dolor.

*

Los parques son desiertos *positivos*.

*

Cuando ya no estés de acuerdo con el mundo, ni de pensamiento ni de corazón, echa a correr y no te pares, para que el ritmo de los pasos te rodee y olvides que la naturaleza está hecha de lágrimas. De lo contrario volverás a ser jardinero del suicidio.

La locura es un derrumbamiento del yo dentro del yo, una exasperación de la identidad. Cuando se pierde la razón, nada puede impedirnos ya el ser ilimitados en nosotros mismos.

*

La enfermedad: estadio lírico de la materia. O tal vez más: materia lírica.

*

No puede explicarse una paradoja al igual que no puede explicarse un estornudo. Pero, por otra parte, ¿no es la paradoja un estornudo del espíritu?

*

La tristeza es lo indefinible que se interpone entre la vida y yo. ¡Y cuán indefinible es una delicada aproximación de lo infinito…!

*

Cuando se es amado, se sufre más que cuando no se es. Abandonado, uno se consuela con el orgullo; ¿pero qué consuelo puede inventarse para un corazón que se abre hacia nosotros?

*

Las montañas engañan su soledad con la vecindad del cielo, y el desierto, con la poesía de los espejismos. Sólo el corazón del hombre permanece eternamente consigo mismo…

*

¿De dónde nace la sucia inclinación a revolcarme en la desdicha, peor que la de los búfalos a revolcarse en las charcas y los cerdos en las basuras? Una pereza salpicada de estiércol y de sueños…

… Y cuando sabes que ella no es el vicio de tu vida, sino su fuente; y cuando sobre todo sabes que, junto a la mujer, la desidia se vuelve eternidad…

*

Siempre que miro el azul del cielo y cualquier otra cosa azul, dejo *ipso facto* de pertenecer al mundo. ¿Quién ha llamado confortante al color de la más sutil perdición?

Si el cielo tuviera otro aspecto, la religión probablemente habría estado unida a la tierra. Pero como el azul es el color de la desunión, la fe se convirtió en un salto fuera del mundo.

El azul, sea cual sea su matiz, es la negación de la inmanencia.

*

Cuanto más me curo de mí mismo, más me parezco. La melancolía nos libera del Yo hasta tal punto, que ésta es su *mal*.

*

Comparada con el todo de la muerte, la nada de la vida es una inmensidad.

*

Los santos han dicho tantas paradojas que es imposible no pensar en ellos cuando se está en el café.

*

El sentimiento de la muerte es lánguido y cruel, como si un cisne y un chacal nadaran juntos en las olas envenenadas de la sangre…

*

Leyendo a los filósofos se olvida el corazón humano, y al leer a los poetas no se sabe cómo librarse de él.

La filosofa es demasiado *soportable*. Ese es su gran defecto. Le falta la pasión, el alcohol, el amor.

Sin la poesía la realidad se deprecia. Todo cuanto no es inspiración es deficiencia. La vida y con más razón la muerte son estados de inspiración.

El desvanecimiento de todas la cosas en los oídos y corazones agonizantes de poesía…

*

¿La melancolía? Ser enterrado vivo en la agonía de una rosa.

*

Cuando afectado por una nobleza triste, desligado de los hombres y del mundo, arrastras una agonía florida, nada te impide ya creer que has nacido por generación espontánea de un otoño eterno.

Por las venas vaga un septiembre soñador y sin principio.

*

Un ser que aburre es un ser incapaz de aburrirse.

*

La vida sustrae eternidad a la muerte, y la individuación es una crisis de lo infinito.

*

La *atención* ininterrumpida al ser es la fuente del hastío. ¡Qué pena que la existencia no resista al espíritu! Hasta Dios desaparece por causa de nuestra atención.

La nada es atención absoluta.

*

La alegría es el reflejo psíquico de la pura existencia, de una existencia que no es capaz más que de ella misma.

*

El deseo de morir esconde tantas garantías de absoluto y de perfección, tanta insensibilidad al error, que la sed de vivir gana en encanto por el prestigio de lo imperfecto y por la atracción de los errores perfumados. ¿No resulta más raro apegarse a la imperfección?

La predilección por lo extraño salva la vida; la muerte se hunde en la evidencia.

*

No existe grandeza en la vida ni en la misma muerte, sino en una Nada que se yergue indiferente y eterna hacia el cielo como

si fuera el Mont Blanc.

*

Mirad los picos esquizofrénicos: es curioso que no exista más soledad que la que hay hacia el cielo.

Las montañas no nos dan la sensación de infinito, sino de grandeza. Para lo infinito nos bastan el mar y la desdicha.

Me gustaría tener un corazón allí donde los Alpes se cortan con el azul del cielo.

La melancolía me dispensa del alpinismo. Cuando se llega a comprender a las montañas *desde abajo*…

*

Las mujeres que no saben sonreír me hacen pensar en una fanfarria de bomberos en el Paraíso.

*

Sólo la farmacia puede detener todavía a los pensamientos.

*

Cuando el veneno del insomnio haya depravado el ser, nada puede hacerse ya bajo el sol que no nos irrite. Excepto, tal vez, un diálogo de las flores sobre la muerte.

*

La diabólica altivez de disponer de la amargura frente a todo, de desfigurar la banalidad en el torbellino de la paradoja y de perturbar la serenidad de la naturaleza mediante la pasión de la contradicción… Lo único que queda es el desenfreno de la razón sobre una realidad deshojada, una óptica sombría que traspasa la calma del olvido y mancilla toda lozanía. ¿Por qué extrañarse entonces de que los cisnes (almas desparramadas en los cuerpos) parezcan bizcos (¿pues acaso no miran de lado?); ¿que un cielo sereno despierte la imagen resplandeciente de un cere-

bro de imbécil y la vida parezca más cómica que un santo lascivo?

¡Ojalá los manantiales de los Alpes me lavaran la razón y me refrescaran el corazón! Sólo así me sentiría contento al descubrir la ternura de la ignorancia y no rumiar por montes y llanuras, por mares y desiertos, la curiosidad fatal de Adán, expulsándome de mí mismo por medio del insomnio.

¡Vivir toda la vida el drama del pecado y a veces sentirse tan puro, que alas de cisne nos llevan a una isla de ángeles que velan la agonía del Paraíso!

Y, sin embargo, sólo en el sentimiento del pecado somos *hombres* en el sentido propio de la palabra. Ya que ser hombre significa identificarse en cualquier latitud de la tierra y del corazón con el fenómeno de la caída.

Quien no siente que *va hacia el fondo* (aun cuando trabaje y cree activamente, sea notario o genio) no comprende nada de la naturaleza específica del destino humano, mientras que los que no conocen la irresistible atracción de la tiranía, del deslizamiento esencial, del *crecimiento* hacia el abismo, no han alcanzado en modo alguno la condición a la que han sido destinados.

Sólo los hombres ajenos a la tentación de la inmersión fecunda *mueren*, en el pleno sentido del término, los que no se rompen la crisma en cualquier trance de la vida. Los otros lo tienen todo tras de sí, y lo primero el final.

*

La lucidez: tener sensaciones en tercera persona.

*

Los hombres son en general objetos. Por eso sienten la necesidad de que «exista» Dios. Cuando han hecho el paso del obje-

to al yo, Dios es superior al hecho de ser o de no ser. Justamente como el yo, El se convierte en una realidad *que se busca*.

*

No puede alcanzarse el equilibrio en el mundo mientras la existencia sólo sea un *estado*. En tal condición, uno está de forma permanente de acuerdo o en desacuerdo con ella. Naturalmente, la existencia es irreductible, una resistencia pura y simple, frente a la que nos hallamos, sin vernos obligados a adecuarla a la subjetividad.

El desequilibrio en el mundo, fruto de la exasperación de la conciencia, deriva de la incapacidad de concebir la realidad de forma neutra. Por mucho que nos esforcemos, la realidad no es más que un *estado* al cual nos adherimos o no. La intensificación del subjetivismo en la conciencia mengua la autonomía del ser. Lo que se gana en intensidad, la realidad lo pierde en presencia.

¿La conciencia? No estar ya a la altura del ser.

*

Mientras que en el éxtasis los puntos del universo son inseparables de nuestro centro de irradiación, en el terror se encuentran a idéntica distancia de nosotros, sin que uno solo nos sea indiferente. Nada nos separa del mundo, aunque éste nos sea hostil. El éxtasis y el terror, tan diferentes, nos involucran por igual en el mundo.

Por ello, pasmado por su alternancia, consigues no sólo descifrar qué es el yo y qué es el mundo. Para ninguno de ellos puede quedar algo neutro; todo participa y nada *permanece* fuera, no hay nada *objetivo*.

En el terror no sabemos si el mundo es una prolongación negativa del yo o si éste lo es del mundo; y en el éxtasis no puede

calificarse la plenitud; en tal medida la confusión única absorbe las diferencias del ser.

Un mundo de ortigas altruistas y de piedras que se invitan a bailar un minueto…, o de carroñas que sonríen como en un vodevil…

A la realidad hay que llamarla a la vida o *prohibirla*.

*

La presencia del espíritu, una vez que se ha vuelto colectiva, convierte a un pueblo en anémico y lo acerca a la decadencia por los excesos de refinamiento. El fin de un país es, en general, un agotamiento histórico, una extenuación explicable y fatal. Las nobles deficiencias de Grecia y Roma en su madurez crepuscular suponen un destino circular y la alta expiación de un exceso único. Un pasado de creación se paga por los sufrimientos de la vitalidad, y nada es más impresionante que una vejez lúcida, abierta a la vastedad de la amargura.

Pero hay pueblos que no se van a pique por el exceso de espíritu o que, tras haber llegado a la cumbre, *se recobran*. ¿Acaso Holanda, cuya pintura no va a la zaga de la música alemana, no ha degenerado en la *salud*? Tras sus encumbramientos históricos, ha «modificado» la sangre y sus gentes prefieren la apoteosis de la mantequilla a la palidez. ¿Y no muere Suecia agotada de prosperidad? ¿Qué le impide marchitarse en un glorioso declive? ¿Y cómo puede haber países que no tengan destino por miedo a la anemia consecutiva de la «historia»? El devenir universal registra sólo los pueblos que no escatiman esfuerzos, que no sopesan su destino, sino que se dirigen triunfante e implacablemente hacia la agonía.

Los peligros de la creación alejan del espíritu tanto a los individuos como a los países. Al preferir la salud se oponen a la naturaleza. ¿Acaso retienen las flores su aroma para no marchitar-

se? El perfume es *la historia* de una flor, como el espíritu lo es de un sujeto. Los pueblos que no se marchitan no han vivido nunca.

Capítulo séptimo

A veces el tiempo es tan agobiante que a uno le gustaría romperse la cabeza contra él.

El devenir se ha coagulado en el cerebro y la existencia cobra el color del pecado.

La individuación es una orgía de soledad. Atrás hacia el Ser o la Nada, hacia la salvación, *desprovista de esperanzas*.

La verdad es que Buda fue demasiado ingenuo…

*

En las grandes soledades se tiene la impresión de que un demonio nos ha estrangulado para cruel deleite de Dios.

Y por eso la razón teje en ellas una teología irresponsable.

*

El conocimiento mata el error vital del amor, mientras la razón construye la vida sobre la ruina del corazón.

*

Toda lucidez es una pausa de la sangre.

*

¿Es necesario haber *visto* la vejez, la enfermedad y la muerte para retirarse del mundo? El gesto de Buda es un exagerado homenaje a las evidencias… A su renuncia le falta la *paradoja*. Cuando se tiene *razón* no hay ningún mérito en abandonar la vida. ¡Pero vivir en conflicto interno con todo y tener argumen-

tos contra la soledad! La vía de Buda está diseñada a medida de los mortales… La serenidad del príncipe pensador no comprendería nunca que pueda verse como él y sin embargo amar la insignificancia. ¿Habrá sido también Buda un maestro? Ha sistematizado demasiado su renuncia, demasiadas consecuencias en sus amarguras. Seguro que él condenaría el extravío de quien arrastra su nada entre los mortales y no entendería cómo en el vacío del mundo aún sonreímos a la vida. Porque no ha conocido determinadas cimas de la infelicidad; ha vivido y ha muerto *consolado*. Como cualquier hombre ajeno a la fatal tentación de la vida, a la seducción de la nada de la existencia y del Nirvana fortificante de cada instante.

*

Cuando todos los pensamientos se han ahogado en la sangre, de filósofo te vuelves abogado del corazón.

*

Mirando la plácida infinitud del cielo sereno: ¿existe el *mal* acaso? Y sumergir luego el intelecto en medio de su azul, para descubrir que solamente los sueños pueden separarnos de la frescura eterna del mal, embriaguez negativa del devenir.

El cielo ha precedido a los hombres, la poesía ha «existido» antes que ellos. ¿Cómo es posible que éstos se hayan quedado atrás cuando una fugaz mirada a las planicies azules es fuente de delirio? El cielo nos ha tomado la delantera y si no fuera por los poetas, se encerraría en sí mismo y no nos quedaría más que mirarnos a los ojos (sus desechos) y consolarnos en ese naufragio de poesía que es la mirada humana.

*

¿La conciencia de la nada unida al amor de la vida?

Un Buda de bulevar…

*

Una idea extingue un placer y crea un goce. Al adormecer los reflejos despertamos las reflexiones. Uno sólo piensa cuando se detiene la vida.

*

Siempre que un ser no encuentra su «acomodo» en la existencia, se encuentra en presencia del Mal. De éste deriva todo fracaso y, al ser inmanente al devenir, todos los seres tienen que luchar contra él.

En la medida en que Dios no está acomodado en sí mismo, por esta deficiencia de su condición, participa del mal. Además, ¿no es él el Gran Fracasado?

Respecto al hombre, que anda buscando su destino desde Adán hasta hoy, se ha hecho acreedor de la dignidad en su lucha contra el mal. Su fracaso tiene algo de reconfortante y heroico: al no estar *presente* como ser, al no tener *lugar* alguno en la existencia, se ha creado una condición desde su falta de condición, de suerte que nadie puede decir todavía si el hombre es algo, nada o todo.

Todos sabemos, o sospechamos, qué es un animal o un Dios. En cualquier caso, ellos «están». Pero el hombre no *está;* ¿pues no es un agente de enlace entre los mundos? ¡Ay! ¡Ojalá lo *fuera*! Pero en el valor modal del verbo se encuentra la definición misma del Mal.

En una teología «seria», que intentara salvar de forma absoluta a Dios, el mal no encuentra una explicación válida. Las teodiceas se han revelado insuficientes frente a este obstáculo esencial.

La existencia del mal convierte al Todopoderoso en un Absoluto decrépito. El devenir ha engullido su misterio y su poder.

El mal no es comparable sino con un Dios… laico.

*

El hombre no sabe hasta dónde puede extenderse ni hasta dónde llegan sus límites. Continuamente olvidamos la fatalidad de la individuación y vivimos como si fuéramos todo lo que vemos. Sin esa ilusión, cualquier cosa que hiciésemos nos revelaría nuestros límites.

Pero la conciencia de la individuación nos hincaría en el mundo porque nos revelaría de forma inmisericorde un lugar del que difícilmente podríamos jactarnos; de modo que estamos perdidos porque no conocemos nuestros límites y, quizá si los supiésemos, aún lo estaríamos más.

El hombre busca a tientas su destino, altivo y triste porque no lo encuentra. Sólo el desastre revela la pequeñez de la individuación; pues él nos hace sentir el desconsuelo de vernos limitados en todo y, en primer lugar, en nosotros mismos.

*

Los pensadores que no han meditado sobre el hombre no saben lo que significa sufrir por el conocimiento y firmar su condenación por cada pensamiento, o apaciguar sus impulsos en una tristeza orgullosa.

La antropología es una mezcla de zoología y psiquiatría. Pueden construirse utopías con sólo mirar las flores. ¿No es el paraíso un apéndice de la botánica?

*

El goce nos saca del mundo, a diferencia del placer que, al dirigirse solamente a los sentidos, está desprovisto de matiz religioso. Nada nos recuerda tanto al cielo como esos estremecimientos con los que querríamos olvidarlo.

*

Sólo a través de la muerte cesa el hombre de ser cizaña del devenir y gana algo de la enfermedad pura de las flores. Y al igual que los pensamientos brotan de un frágil ocaso de la carne, las flores nacen de una anemia soñadora de la materia.

*

Para creer en el hombre de forma duradera, es preciso ser incapaz de practicar la introspección y no conocer la historia. Sólo psicólogos e historiadores tienen derecho a despreciar «los ideales».

*

En un vacío vital nada sucede y nada «pasa». El deseo crea el tiempo. Y, por ello, en la ausencia interior, en el silencio yermo de los apetitos, en el desierto de la sed y en la mudez de la sangre, se nos aparece de súbito la inmensa inexistencia del tiempo y la ilusión de su transcurso. Y cuando el reloj de una vieja catedral da las horas en plena noche, sus campanadas nos revelan más dolorosamente que el tiempo ha huido del mundo. Entonces la inmensidad es un suspiro eterno del instante en el que se entierran el cuerpo y el espíritu.

*

Cuando te estremeces de soledad, te invade la sensación de estar forjado de una sustancia distinta al mundo. Y por más objeciones abstractas que opongas, en la práctica no podrás traspasar ese doloroso e irreductible aislamiento. Los hombres parecen víctimas de un inconfesable error, y la existencia, un vacío consagrado a nuestra pasión por el descarrío. ¿Qué has hecho crecer dentro de ti para que la existencia no pueda ya contenerte? La eternidad es demasiado pequeña para un alma inmensa y loca, discordante por su infinitud con la existencia. ¿Qué otra cosa, de un mundo enmudecido, podría abrirse paso hasta ella?

Un pensamiento seca mares, pero no puede enjugar una lágrima; oscurece a los astros, pero no puede alumbrar a otro pensamiento, una aureola del desconsuelo.

*

La lucidez es el resultado de una mengua de vitalidad, como cualquier falta de ilusión. *Darse cuenta de algo* va en contra de la vida; *tenerlo claro*, todavía más. Se *es* mientras no se sabe que se es. Ser significa engañarse.

*

Cuando la existencia parece soportable, cualquier poeta es un monstruo. (La poesía tiene siempre un sentido *último* o no es poesía.)

*

Eres *hombre* hasta el momento en que los huesos empiezan a chirriar de tristeza… Después, se te abren todos los caminos.

*

Sin el deseo de la muerte, yo nunca habría tenido la revelación del corazón.

*

Cuando me llevo la mano a las costillas como si fuera una mandolina, la sensación de la muerte cobra un perfil de inmortalidad.

Y cuando una nada me lo dice todo, los sentidos se me abren en un alma vacía. Y entonces la nada de la mujer sobrevive a la nada del mundo.

*

Cuantos menos argumentos encuentras para vivir, más te ligas a la vida. Porque el amor que le mostramos sólo vale por la tensión del absurdo.

La muerte, al tenerlo todo de su parte, ha dejado ya de convencer. El apoyo de la razón le ha sido fatal.

La falta de argumentos ha salvado a la vida. ¿Cómo permanecer frío ante semejante pobreza?

*

Es más fácil hacer la biografía de una nube que decir algo sobre el hombre. ¿Y qué decir cuando sobre él *todo* vale?

Con un poco de benevolencia Dios cabe en una definición; el hombre, no. A él todo se le aplica, todo le «va», como todo lo que es y no es.

*

La pereza es un escepticismo de la carne.

*

La necesidad de probar una afirmación, de cazar argumentos a diestro y siniestro, presupone una anemia del espíritu, una inseguridad de la inteligencia, pero también de la persona en general. Cuando un pensamiento nos invade poderosa y violentamente, surge de la sustancia de nuestra existencia; probarlo, cercarlo con argumentos significa debilitarlo y dudar de nosotros. Un poeta o un profeta no demuestran nada porque su pensamiento es su ser; la idea no se diferencia de su existencia. El método y el sistema son la muerte de la razón. Incluso Dios piensa de manera fragmentaria; en fragmentos absolutos.

Siempre que tratamos de demostrar algo nos situamos fuera del pensamiento, *junto* a él, no sobre él. Los filósofos viven de forma paralela a las ideas; las persiguen paciente y prudentemente, y si por ventura las encuentran, no están nunca *dentro* de ellas.

¿Cómo podemos hablar del sufrimiento, de la inmortalidad, del cielo y del desierto, sin *ser* sufrimiento, inmortalidad, cielo y

desierto?

Un pensador tiene que ser *todo* cuanto dice. Eso se aprende de los poetas y de los goces y dolores que experimentamos al tiempo de vivir.

*

El vacío interior es como una música sin sonidos, una canción sin voz. Sus ondas insonoras se interponen misteriosamente entre nosotros y el mundo y nos separan de la vida en medio del vivir y de la muerte en medio del morir. ¿Hacia qué dolorosa elevación se dirige el espíritu del ser? ¿Por qué nos duele cualquier aproximación y por qué se acelera la respiración por todo aquello que está lejano?

¿Dónde hay unos brazos crueles de mujer para que te estrujen los huesos trémulos de pensamiento e inclines entonces tu oído sobre los latidos de su ebrio corazón y nutras tu pavor de un precioso y voluptuoso desconsuelo?

*

Cuando los ojos se me cierran y se extienden mis límites hasta los del mundo, ¿qué misterioso oído me filtra en el horizonte un coro de niños locos?

… En la incierta eternidad de una tarde de verano la voz cascada de un muchacho perturba más que la oración de un demente o que la sonrisa irrevocable de un suicida.

*

Un pensador no tiene derecho a contradecirse más que la vida.

*

Sólo tiene sentido ser poeta, matemático o general.

Podría ser que las mujeres sólo existieran para enriquecer la inspiración y, aún más, que el mundo no fuera sino un pretexto

para la poesía.

Los poetas no han cantado ni al cielo ni a la tierra, sino a una especie de no-mundo existente en nuestras melancolías.

*

La poesía en un parque es *un estado en el estado*.

*

La pereza es una melancolía que pertenece exclusivamente a la fisiología.

*

Una cascada en sordina conforma la imagen de lo que generalmente llamamos alma…

*

¿Será Dios algo distinto a un intento de satisfacer mi infinita necesidad de Música?

*

Quien ama la mística, la música y la poesía es indefectiblemente una naturaleza erótica, un ser voluptuosamente exquisito y que al no hallar plena satisfacción en el amor, recurre a delicias que rebasan la vida. Si en el amor alcanzáramos lo absoluto, ¿para qué correr tras prolongados y delicados goces? No tendríamos necesidad de ellos y si nos interesaran desde un punto de vista abstracto, no podrían suscitarnos una pasión duradera e intensa.

En el amor total (con toda la vulgaridad que le es inherente) vivimos la aspiración hacia otros mundos como una distracción, como un pretexto. ¿Cómo podrían entonces convertirse la música, la mística o la poesía en *sustancia* de la vida?

El salto fuera del mundo supone un exceso de individuación. De igual forma, todo goce que sustituye al amor directo, legal u

obligatorio del género humano.

*

No puede concebirse la fuerza sin la enfermedad. No en vano los hombres más peligrosos son los que tienen una salud precaria.

El carro de la historia está guiado por hombres que se buscan constantemente el pulso.

*

Los elementos que definen la enfermedad: el exceso de conciencia; paroxismo de individuación; transparencia orgánica; lucidez cruel, energía proporcional a la «pérdida»; respiración en paradoja; religiosidad vegetativa, refleja; orgullo visceral; vanidad herida de la carne; intolerancia; delicadeza de ángel y bestialidad de verdugo.

Todo enfermo se parece a un Dios mendigando a la puerta del Paraíso. Por otra parte, ¿no es como si se hubiera infiltrado en cada una de sus células una paradoja? La enfermedad es un estado de inspiración de los tejidos, una megalomanía de la carne, un *pathos* imperialista de la sangre.

Cuando enferma una parte del cuerpo o cuando enfermamos del todo, se tiene la impresión de que la naturaleza se ha puesto a pensar. La positividad de lo negativo al máximo, límite de las entrañas hacia el espíritu, un esfuerzo dialéctico de la materia, un abstracto afán de lo inmediato.

Sin la enfermedad ahora estaríamos en el paraíso. La patología trata de los estados excepcionales de la naturaleza.

La salud es ausencia de intensidad. El temor a las enfermedades no es otro sino la alteración que sentimos frente a una plenitud para la que no estamos preparados y que nos asusta porque estamos acostumbrados sólo a la neutralidad del equilibrio,

mientras que la enfermedad es una fuerza acrecentada por la vecindad de la nada.

*

Todo cuanto no es música es apariencia, error o pecado.

¡Ay! ¡Ojalá el hálito de la muerte se elevara al cielo como una melodía y revistiera a una estrella inmóvil con un himno sonoro!

Si no existiera la melancolía, ¿se encontraría alguna vez la música con la muerte?

En el momento en que consigamos disolver toda la vida en un mar sonoro, no tendremos ya obligaciones con lo Infinito.

Hay invasiones musicales de una fascinación tan absoluta, que los suicidas parecen unos aficionados; el mar, ridículo; la muerte, una anécdota; la infelicidad, un pretexto; y el amor, una dicha. No puede hacerse ya nada, ni pensar nada. Y lo que uno querría entonces es que lo embalsamaran en un suspiro.

*

Wagner parece haber exprimido toda la esencia sonora de la sombra.

Quien ama verdaderamente la música no busca en ella un refugio sino un noble desastre. ¿Acaso el universo no se eleva hacia la desintegración por la música?

*

La música, justamente como los pensamientos, se instala en los vacíos de la vida. Una sangre fresca y una carne sonrosada resisten las tentaciones sonoras, no tienen espacio para ellas; la enfermedad, sin embargo, les hace *sitio*. A medida que roe la vida, lo absoluto avanza. ¿No resulta revelador que en lo infinito de la música y en lo infinito de la muerte todo se funda en nosotros, que la materia pierda sus límites, que derribemos nues-

tras fronteras para dejar campo libre a la invasión del sonido y de la muerte?

*

Todos llevamos, en grados diferentes, una nostalgia del caos, la cual se expresa en el amor a la música. ¿No es eso el universo en estado puro de la virtualidad? La música lo es *todo*, menos el mundo.

*

La enfermedad, acceso involuntario de lo absoluto.

*

La lucidez es un reflejo del pecado cotidiano de ser, y el conocimiento, una forma vulgar de la nostalgia.

*

¿Cómo se reflejaría la vida en un alma no contaminada por el conocimiento? La respuesta sería fácil si supiéramos de qué forma lo pasajero puede vivirse como eternidad, de qué forma se hicieron los ángeles o hasta dónde se extiende el paisaje interior de la estupidez.

*

Estás más seguro en Dios que en una buhardilla parisiense.

*

¡Ojalá pudieras pensar cuando se te encienden los pensamientos! ¿Pero qué ideas podrían tomar cuerpo cuando del cerebro sale humo y chispas del corazón?

*

Anhelas el deseo de la muerte y no la muerte, porque no has llegado al límite de la repugnancia de vivir y todavía estás orgulloso de ser víctima del error de existir.

Pero quien ha descubierto el deseo de morir no puede apegarse ya ni a la vida ni a la muerte. Ambas son terribles. Sólo existe goce en ese deseo…, en ese estremecedor confín que constituye el agridulce equívoco de morir.

*

Siempre que alzo los ojos al cielo no puedo reprimir el sentimiento de una pérdida infinita. ¡Ojalá se desencadenara una cruzada contra el azul! ¡Con qué ganas me enterraría en el color del gran pesar!

En mi interior arden los otoños y el corazón se me ha vuelto del revés.

El prolongado y vaporoso cántico de la muerte me envuelve cual espuma de eternidad. Y en la seductora languidez del fin, soy un desecho coronado flotando en los mares musicales de Dios, o un ángel aleteando en Su corazón.

*

Como aman tantísimo la vida, los judíos no tienen poetas.

*

El sabor morado de la desdicha…

*

Los atardeceres tienen algo de la belleza de una alucinación.

*

Los nuevos tiempos han perdido de tal manera el sentido de los grandes finales, que Jesús moriría hoy en un canapé. La ciencia, al eliminar el desatino, ha disminuido el heroísmo, y la Pedagogía ha tomado el lugar de la Mitología.

*

El devenir es un deseo inmanente del ser, una dimensión ontológica de la nostalgia. Nos hace inteligible el sentido de un

«alma» del mundo.

¿Por qué cuando nos adentramos en su misterio, somos presa de un patético temblor y de una agitación casi religiosa? ¿No será por casualidad el Devenir un huir de Dios? ¿Y no será su desgarradora huida una vuelta a El? Es muy posible, desde el momento en que el Tiempo suspira, en todos y cada uno de sus instantes, por lo Absoluto. La nostalgia expresa más directa y dramáticamente la imposibilidad del hombre de fijar su destino. «Devenir» hipertrofiado, saborea en su inestabilidad su ausencia de condición. ¿Y no es como si el hombre estuviera «apresurándose» con todo el tiempo?

*

Si todo lo que «es» no me hiciera sufrir, ¿cómo podría sufrir para ser? Y sin el balsámico exceso del dolor ¿quién soportaría el ser condenado a vivir? Pero abrumado y acosado por la vida disfrutas con un fúnebre entusiasmo hacia la inmortalidad, hacia la eternidad de morir, llamada también *vida*…

Capítulo octavo

El deseo de morir a veces sólo expresa una sutileza de nuestro orgullo: es decir, queremos convertirnos en dueños de las fatales sorpresas del futuro, no caer víctimas del desastre esencial.

Únicamente somos superiores a la muerte cuando deseamos morir, ya que, *viviendo*, morimos nuestra muerte. Cuando ésta se deleita contigo por su ausencia de finitud, el momento final no es más que un acento melodioso. El no ofrecer el corazón al voluptuoso agotamiento de la muerte implica una arrogancia en el sujeto. Sólo extinguiéndose incesantemente la extingue en sí mismo, reduce su infinitud. Quien no ha conocido la intimidad de la muerte antes de morir, inexperto de la muerte, se va rodando cuesta abajo, penetra humillado en lo desconocido. *Salta* en el vacío, mientras quien está aprisionado en los meandros de la muerte *se desliza* hacia ella como hacia sí mismo.

*

Cuando has saboreado el gusto por la muerte, ya no puedes creer que hayas vivido alguna vez sin conocerlo…, o que hayas pasado en otro tiempo con los ojos cerrados a través de los placenteros paisajes de la agonía. ¡Qué extraño entusiasmo te suscitan el musgo de la extinción y el florecimiento de los suspiros sin fin! ¡Eternamente joven en los crepúsculos, sano en el final, buscando las planicies de la muerte porque la vida no es lo bastante vasta, y aminorando tu respiración para que el rumor de vivir no ahogue el discurrir del sueño final!

*

Algunas tardes de otoño son de una inmovilidad tan melancólica que la respiración se detiene en la ruina del tiempo y ni siquiera un escalofrío puede infundir vida a la sonrisa petrificada ausente de eternidad. Y entonces comprendo lo que es un mundo post-apocalíptico.

*

En Dios sólo hay que ver una *terapéutica contra el hombre*.

*

Uno puede librarse de los tormentos del amor disolviéndolos en la música. De esta manera, su ardiente fuerza se pierde en una vaga inmensidad.

Cuando la pasión es muy intensa, las sinuosidades wagnerianas la disuelven en lo infinito y en lugar del tormento de marras, te meces en los efluvios de una disolución horizontal, te tiendes, otoñal, en el desierto de una melodía.

Wagner (música de la infinita insatisfacción) entona con el suspiro arquitectónico y gris del Paraíso. Aquí la piedra esconde un ocaso musical, lleno de pesares y deseos…, y las calles se encuentran para confesarse unos secretos que, no obstante, no son extraños a un ojo acongojado. Y cuando el nublado cielo de París parece haber condensado sus vapores en sonoridad, la marejada de motivos wagnerianos viene a encontrarse con el cielo.

*

El alma de una catedral gime en el agotamiento vertical de la piedra.

*

Quisiera que me acariciaran unas manos por las que pueda fluir el Tiempo…

… o que me lloren unos ojos arrancados de un Paraíso en llamas.

*

Estoy absolutamente convencido de que los hombres no son otra cosa que *objetos:* buenos o malos. Eso es todo. ¿Y yo? ¿Soy acaso algo más que un triste objeto? Mientras se sufre, no de vivir *entre* los hombres, sino de ser *hombre*, ¿con qué derecho haríamos de nuestra congoja una cumbre? Una materia que se avergüence de sí misma permanece siempre materia… Y a pesar de todo…

En un mundo de espinas es como si hubiera un sauce cuyas ramas lloraran hacia el cielo.

*

Cuando la mente muere, ¿por qué sigue latiendo el corazón?

Y el verde pútrido de los ojos, ¿hacia dónde se abre cuando la sangre está ciega?

¿Qué niebla atraviesa las entrañas y qué muros se derrumban en la carne?

¿A quién aúllan los huesos en lo alto, y por qué las alturas oprimen mi tristeza que apresuradamente corre hacia la nada?

¿Y qué vocación a ahogarse empuja a mis pensamientos hacia aguas muertas?

¡Dios mío! ¿Por qué cuerdas puedo trepar hacia ti para estrellar mi cuerpo y mi alma contra tu indiferencia?

*

Los hombres no viven en ellos sino en otra cosa. Por eso tienen *preocupaciones*. Y las tienen porque no sabrían qué hacer si no las tuvieran a cada momento. Solamente el poeta *está* consigo mismo y en sí mismo. ¿Y no le caen las cosas directamente en el corazón?

Quien no tiene el sentimiento o la imaginación de que la realidad entera respira *a través* de él no presiente nada de la existencia poética.

Vivir el yo como universo es el secreto de los poetas, y sobre todo de las *almas poéticas*. Estas, por un extraño pudor, suavizan el sentido por la sordina, para que un encantamiento sin límites y sin expresión se prolongue indefinidamente en una especie de soñadora inmortalidad, no enterrada en sus poemas. Nada mata más la poesía interior y la indefinición melódica del corazón que el talento poético. Soy poeta por todos los versos que no he escrito.

Obsesionado consigo mismo el poeta es un egoísta; un *universo* egoísta. No es él quien está triste, sino que todo el mundo está triste en él. Su capricho toma la forma de emanación cósmica. ¿No es el poeta el punto de la resistencia más débil, por donde el mundo se vuelve transparente a sí mismo? ¿Y la naturaleza no está enferma en él? Un universo enfermo y aparecieron los poetas…

*

¿Cómo no sufrir por ser hombre al ver a los mortales jadeando ante su destino?

Cuando vivamos con el sentimiento de que *pronto* el hombre sólo será hombre, entonces empezará la historia, la verdadera historia. Hasta ahora hemos vivido con ideales, de ahora en adelante viviremos *absolutamente*, o sea, cada uno se elevará en su propia soledad. Y no habrá ya individuos sino *mundos*.

Adán cayó en el hombre; nosotros tendremos que caer en nosotros mismos, en nuestro límite, en nuestro horizonte. Cuando cada uno respire en su límite, la historia concluirá. Y ésa es la *verdadera* historia. La suspensión del devenir en lo absoluto de la conciencia. En el alma humana nunca más habrá

sitio para ningún credo. Seremos demasiado *maduros* para tener ideales. Mientras sigamos aferrándonos a la desesperanza y a la ilusión, seremos irremediablemente hombres. Casi ninguno hemos conseguido mantenernos *firmes* frente al mundo y la nada. Somos hombres, infinitamente hombres: ¿Es que todavía no sentimos la necesidad de sufrir?

Ser «mortal» significa no poder respirar sin la sed de dolor. Esta sed es el oxígeno del individuo y el placer que se interpone entre el hombre y lo absoluto. «El devenir», su implicación.

*

Si no me gustara cuidar con ternura los errores y si no adormeciera la conciencia con mentiras piadosas, ¿adónde me llevaría el implacable insomnio en un mundo implacablemente estrecho?

Ninguna locura me consolaría de la insignificancia del mundo en los momentos en que el corazón es un chorro de agua que brota en el desierto.

*

El experimento *hombre* ha fracasado. Se encuentra en un callejón sin salida mientras que un *no*-hombre es más: una posibilidad.

Mira fijamente a los ojos a un «semejante»: ¿qué te lleva a creer que ya no puedes esperar nada? Todo hombre es muy poco…

*

¿Qué es el miedo a la muerte, a las tinieblas, al no ser, comparado con el miedo a ti mismo? ¿Existirá algún otro miedo? ¿No se reducen todos a éste? El tedio infinito de vivir y el hastío de las cosas que se hacen o no realidad, el terror de un mundo desencadenado dentro de sí mismo y lo implacable del tiempo

disfrazado de sentimientos delicados, ¿de dónde parten sino del estremecimiento que nos vuelve extraños a nosotros mismos en el seno de nuestro propio ser? ¡Como si adondequiera que fueras no te toparas con algo peor que tú, porque tú eres el mal que cubre el mundo como una bóveda y no puedes estar contigo sin estar contra ti! Las cavernas profundas son menos estremecedoras que el vacío que se abre cada vez que clavas la mirada en los subterráneos de tu ser. ¿Qué nada bosteza en tu tuétano? ¿Te defiende por miedo a tu crueldad? ¿Puedes seguir estando contigo mismo? ¿Por qué los árboles siguen mirando al cielo y no vuelven sus hojas para ocultar tu tristeza y enterrar tu miedo?

*

¿Descifrará alguien algún día el drama de tener que traducir dialécticamente las lágrimas en lugar de dejarlas correr en verso?

¿Y sabrá alguien alguna vez los obstáculos que es menester poner a los deseos para que surja el pensamiento, y cuánto hay que contenerse para que brote la razón? ¡Y qué otoño de la juventud es el espíritu!

*

¡Dios mío! Líbrame de mí, porque de los aromas y miasmas del mundo hace mucho que me libré yo. Eleva mi alma hacia un arrepentimiento lleno de cánticos y no me dejes junto a mí; antes bien, extiende tus desiertos entre mi corazón y mi pensamiento. ¿Acaso no ves tú el maligno espíritu de mi destino, predestinado a la maldición y al llanto?

¿Qué preces encontraré para ti, Viejo impotente, y del fondo de qué agotamiento lanzaré un alarido hacia tu indiferencia? ¿Pero quién me dice que también yo soy viejo, más viejo que tú; que mi corazón es más canoso que tu barba?

Si diera rienda suelta a mis voces, ¿en qué parajes nos encontraría el pensamiento? ¿Es que no ves, Señor, que, predestinados a ir dando tumbos, moriremos el uno del otro; porque ni tú ni yo hemos inventado un sostén fuera de nosotros mismos?

¡He querido contar contigo y he caído; has querido contar conmigo y no has tenido dónde caer!

*

La poesía, comparada con la filosofía, tiene más intensidad, sufrimiento y soledad. Sin embargo, hay un momento de prestigio para el filósofo: cuando se siente solo *con todo el conocimiento*. Entonces, los suspiros penetran en la Lógica. Sólo un fúnebre esplendor puede todavía volver *vivas* las ideas.

*

Dios es el modo más favorable de prescindir de la vida.

*

Los cínicos no son ni «super» ni «subhombres», sino «posthombres». Se llega a entenderlos e incluso a amarlos cuando del tormento de nuestro vacío se escapa una confesión dirigida a nosotros mismos o a nadie: he sido hombre y ahora ya no lo soy.

Cuando ya no haya nadie en ti, ni siquiera el mismísimo Diógenes, y en tu vacuidad no haya siquiera vacío y en tus oídos ya no zumbe la nada…

*

El romanticismo alemán o el tiempo en que los alemanes conocían la genialidad del suicidio…

*

Cuando te acercas a Dios por la maldad y a la vida por las sombras, ¿adónde puedes llegar si no es a una mística negativa y a una filosofía nocturna?

Crees sin creer y vives sin vivir… La paradoja la resuelves con una ternura cruenta que refuerzan los crepúsculos y enlutan las auroras.

*

Hechizado por el agotamiento del conocimiento sólo mucho más tarde te resientes del inmenso cansancio que sigue al insomnio del espíritu. Y entonces empiezas a *volver en ti* del conocimiento y a suspirar por los encantos de la ceguera.

Como el pensamiento surge a costa de la carne, como todo pensamiento es un vicio *positivo*, el exceso de espíritu nos empuja hacia lo opuesto. Así aparece el secreto deseo del olvido y la hostilidad del intelecto contra el conocimiento.

*

El hombre está tan apegado al vacío de la existencia que por él daría su vida en todo momento, y está tan empapado por lo infinito del hastío que aguanta el suplicio de vivir como una delicia.

Cuanto más clara tienes la pequeñez del todo, más te apegas a ella. Y la muerte te parece muy poco para salvarla. Sólo así se explica por qué las religiones están contra el suicidio. Ya que todas intentan dar un sentido a la vida en el instante en que ésta menos sentido tiene. En esencia no son más que esto: *un nihilismo contra el suicidio*. Toda redención nace del rechazo a las últimas consecuencias.

*

Sin las agitadas pasiones de la música, ¿qué haríamos con el sentimiento caligráfico de los filósofos?

¿Y qué haríamos con el tiempo blanco, vacío y desunido de la vida, con el tiempo blanco del hastío?

Solamente se ama la música en el litoral de la vida. Con Wagner asistimos, pues, a una ceremonia del claroscuro, a una cosmogonía del alma, y con Mozart, a los estremecimientos del Paraíso soñando con otros cielos.

*

Toda desesperanza es un ultimátum a Dios.

*

La neurastenia es al hombre lo que la divinidad es a Dios.

*

Los pensamientos huyen del mundo a uña de caballo y las estrellas se largan al cielo. ¿Adónde huirá la mente para embriagarme de mi ausencia y de la del mundo? ¡Dios mío! ¡Cuán pequeño eres para el desastre de tus hijos! ¡En ti no hay lugar para albergar nuestro pavor porque tú ni siquiera tienes sitio para el tuyo! ¡Y de nuevo me esconderé en el corazón polvoriento de mi recuerdo!

*

Sólo es eterno lo que no tiene relación con la verdad.

*

Mujeres, cuya vitalidad les permite sonreír una sola vez… Jacqueline Pascal o Lucile de Chateaubriand. ¡Menos mal que no está al alcance de la vida separarnos de la melancolía!

«Je m'éndormirai d'un sommeil de mort sur ma destinée»[2] (Lucile).

El mundo está salvado por el puñado de mujeres que han renunciado a él.

*

La anemia es la derrota del tiempo por la sangre.

*

¡Ojalá pudiera tamizar las lágrimas, ojalá pudiera prensar el llanto, para con sus heces envenenar mis creencias bajo un cielo fugitivo!

Nada expresa tan penosamente las decepciones de un alma religiosa como el deseo nostálgico del veneno. ¿Qué flores venenosas, qué crueles adormideras nos sanarán de la plaga de espeluznante luz? ¿Y qué tempestad de arrepentimiento nos descargará de nuestra alma en los límites del ser?

*

El tiempo es una estación de la eternidad; su fúnebre primavera.

*

La separación de los seres del caos inicial creó el fenómeno de la individuación, auténtico esfuerzo de la vida hacia la lucidez. Las individualidades se originaron como una apelación a la conciencia, y los seres triunfaron en su esfuerzo por desgajarse de la confusión del todo. Mientras el hombre permaneció como ser nada más, la individuación *no habrá superado el marco de la vida*, porque aquél se apoyaba en *el todo* y era todo. Pero el impulso hacia sí mismo, sacándolo del centro del universo, creó en él la ilusión de un infinito posible dentro de las fronteras individuales. Y así, el hombre empezó a perder su límite y la individuación se tornó en condena. Ahí es donde reside su dolorosa grandeza. Ya que, sin el curso aventurero de la individuación, el hombre no sería nada.

*

Exactamente como los ojos de los judíos, la vida tiene algo muerto y agresivo a la vez.

*

Cuando no tienes con qué compararte, te comparas con Dios. Todo exceso nos lo aproxima. Porque El no es sino nuestra incapacidad de detenernos en algún lugar. Todo lo que no tiene límite, el amor, la ira, la locura, el odio, es de esencia religiosa.

*

La melancolía es locura en el sentido en que el perfume es un estado anormal.

*

La necesidad de terminar en Dios no es más que el deseo de morir tu muerte hasta el final, de no terminar siendo sobrevivido por una vida que no has vivido. El temor de no haber muerto del todo es lo que transforma la muerte en algo tan terrible. Después de la eternidad languidecemos en Dios por miedo a no estar *vivos* cuando externamente sólo somos carroña. Si para nacer hemos esperado una eternidad, tenemos que esperar otra para morir.

*

Bajo una mirada melancólica hasta las piedras parecen soñar, es inútil que, sin ella, busquemos algo de nobleza en la naturaleza.

La melancolía expresa todas las posibilidades celestiales de la tierra. ¿Acaso no es ella la cercanía *más alejada* de lo Absoluto y no es una realización de lo divino por la huida de Dios? ¿Qué podríamos oponer sin ella al Paraíso cuando sólo nos ata al mundo el hecho de vivir *en* él y el vacío positivo del corazón?

*

La ventaja de la nada frente a la eternidad es que no puede ser contaminada por el tiempo. Por tal razón, se asemeja a una sonrisa melancólica.

*

Lo específico del destino humano se agota en el prestigio metafísico del sufrimiento.

El hombre tiene que padecer hasta la náusea por el sufrimiento y por sí mismo.

*

¿No será Dios mi propio estado de la nada?

*

Durante las noches de insomnio (e incluso todas las noches), no respiramos en el tiempo sino en su *recuerdo*, como en medio de la luz que nos hiere ya no vivimos en nosotros, sino en nuestro recuerdo.

*

La melancolía es el único sentimiento que concede al hombre el derecho a utilizar la letra mayúscula. La melancolía concentra su soñador aroma del sopor de los sentidos y del insomnio de la razón. Sin ese aroma, no volveríamos a mirarnos a nosotros mismos sin el remordimiento de no haber muerto en Dios.

El veneno de las amargas delicias de la existencia cobra voz en el musical infierno de la sangre, de cuyas emanaciones procede su fúnebre perfume.

*

El hastío que nos depara el futuro nos aterra más que el pavor del momento presente. El presente en sí nos revela la vida *plácidamente* insoportable.

*

La locura es la introducción de la *esperanza* en la lógica.

*

La grandeza del goce procede de la pérdida de la razón. Si no sintiéramos que enloquecemos, la sexualidad sería una porquería y un pecado.

*

¿No implica la necesidad del veneno un placer negativo de la eternidad? Si no fuera así, ¿por qué nos arrojamos a los brazos de un diablo *divino* cuando la sed de envenenarnos nos emponzoña el pensamiento?

Ese deseo es una crisis de la inmanencia; un máximo de trascendencia *con los medios del mundo*. Pero todos juntos son demasiado débiles para envenenarnos de otro mundo hasta hacernos olvidar el veneno. ¿Cuándo reventará de una vez la hiel del espíritu?

¡… Y cómo tenemos que agradecer al cielo el que haya un veneno que no se acaba nunca, y cuánta adoración debemos a Dios por ese veneno inagotable! ¿Qué haríamos si no lo apuráramos hasta la hez durante las noches de insomnio? ¿Y dónde estaríamos si no nos arrastráramos en sus profundidades?

*

Las mujeres desengañadas que se retraen del mundo adoptan la inmovilidad de una luz solidificada.

*

El hombre depende de Dios de la misma manera que éste depende de la divinidad.

*

Todo chapotea en la nada. Y la nada en ella misma.

*

Exhausto de bajar a cada momento de Dios… Y esa falta de descanso llamada «vivir»…

No te agotas por el trabajo, el infortunio o las penalidades, sino por el arrepentimiento de tu andadura por el mundo llevando la sombra de Dios a tus espaldas. Nada es más propio de las criaturas que la fatiga.

¡Cómo se me parte el alma y se me tambalea la razón! ¡¿Quién apagará la sensual bruma de mi sangre y el loco bramido de mis huesos?!

*

Todas las serpientes están muriéndose en los atardeceres de la sangre y en las hondonadas de la mente. ¡Y ningún demonio hay para cortarles su agonía ni para paliar sus convulsiones en un cuerpo ofrendado a la aniquilación!

¡Como cizaña arrojada a los límites del mundo bajo la cual se duelen lagartos dementes!

*

En la pasión del vacío sólo la sonrisa gris de la niebla anima todavía la imponente y fúnebre descomposición del pensamiento.

¿Dónde estáis, crueles y engañosas nieblas, que no os volcáis todavía sobre una mente toda cubierta de telarañas? ¡En vosotras quisiera desgarrar mi amargura y esconder un miedo mayor que el crepúsculo de vuestra marcha flotante!

¡Qué aquilón está colándose en mi sangre!

*

¿Ser? Una falta de pudor.

*

El aire me parece un convento cuya priora es la Locura.

*

Todo lo que no es felicidad es una falta de amor.

*

El hombre no puede crear nada sin una misteriosa incoación a destruirse. *Vivir*, encontrarse *en el interior* de la existencia significa no poder agregar nada a la vida. Pero cuando se está fuera de la existencia, por habernos encaminado por una vía peligrosa, perseguidos por el escándalo ininterrumpido de la fatalidad, roídos por la soberbia desesperada de un destino implacable, vulnerables, como la primavera, al hundimiento, con los ojos clavados en el crimen y en la locura o amoratados bajo el peso del orgullo, entonces cargamos la vida de todo cuanto, en nosotros, ella no ha sido.

Del sufrimiento nace todo lo que no es evidencia.

Solamente hay destino en la furia irresistible de triturar las reservas del ser, voluptuosamente atraídos por el reclamo de la propia ruina. Destino significa luchar por encima o al lado de la vida, hacerle la competencia en pasión, rebeldía y sufrimiento.

Si no sientes que un Dios desconocido ha extraviado su drama en ti, que fuerzas ciegas, crecidas en la magia de la aflicción, se encadenan en llamas temblorosas, surgidas de tantos fuegos invisibles, ¿qué nombre puedes darte para no ser *todos*?

Lo que no es dolor carece de nombre. La felicidad *es*, pero no *existe*. Por el contrario, en el dolor el ser alcanza un paroxismo existencial, fuera de la existencia. La intensidad del sufrimiento es una nada más *efectiva* que la existencia.

*

¡Dios mío, cómo quisiera poder hacer trizas los astros para que su brillo no me impidiera morir en ti! ¿Y encontrarán reposo mis huesos en tu luz? ¡Muéstrame las tinieblas, baja tus noches para que en ellas coloque la tierra de mis miedos y la carne difunta de esperanzas! ¡Ataúd sin principio, colócame bajo el

negro de tu cielo y las estrellas harán de clavos en tu tapa y la mía!

*

Una cosa es descubrir a Dios a través de la nada y otra descubrir la nada a través de Dios.

*

Nada se explica, nada se prueba, todo *se ve*.

Capítulo noveno

¿Qué es un artista? Un hombre que todo lo sabe sin saberlo. ¿Y un filósofo? Un hombre que no sabe nada pero que se da cuenta.

En el arte todo *es posible;* en la filosofía… Porque ésta no es más que la deficiencia del instinto creador en beneficio de la reflexión.

*

No-filosofía: las ideas se sofocan de sentimiento.

*

Las enfermedades son indiscreciones de eternidad de la carne.

*

Siempre que el vértigo me tienta, me parece que los ángeles se han arrancado las alas en el firmamento para expulsarme del mundo.

*

¿Qué herida se me ha abierto como una primavera negra y verdea mis sentidos con fúnebres capullos? ¿Qué ángel y con qué armas ha ensangrentado mi savia? ¿Me habrá devuelto Dios mis maldiciones?

Cualquier injuria que se Le dirija se vuelve contra el que la dijo. Pues, al destruirlo, te siegas la hierba bajo los pies. Al sacudir el firmamento, sacudes tu propia firmeza.

El odio contra Dios arranca de la repugnancia de uno mismo. Se le mata para enmascarar la propia caída.

*

El sentido del hombre es asumir el sufrimiento de Dios. Por lo menos, desde el cristianismo en adelante.

*

Es religioso quien puede prescindir de la fe pero no de Dios.

*

¿Por qué no se extienden las manos de los mortales hacia la oración para apoyar en ellas mi diabólica tristeza y mi miedo asesino? ¿Y por qué las piedras no suspiran mi pavor y mi extenuación hacia un cielo petrificado por su propia ausencia? Y tú, Naturaleza, ¿qué otros llantos estás esperando que no te rebelas con plegarias y maldiciones? Y vosotros, objetos sin alma, ¿por qué no clamáis contra el sino hostil del alma? ¿O es que queréis que el cielo muera precipitándose sobre vosotros, sobre vosotros que no conocéis el miedo de volverse objeto? ¡Y ninguna roca vuela hasta la bóveda celeste para mendigar misericordia!

Antiguamente las cosas rezaban por los mortales y los mares montaban en cólera por un alma. Hoy todas las cosas mueren y las estrellas ya no caen en los mares ni los mares se abalanzan sobre las estrellas. Sólo el alma eleva todavía su agonía hacia extensiones vencidas y hacia los remedios de la muerte.

*

En el estadio último del miedo, te entran ganas de pedir excusas a los viandantes, a los árboles, a las casas, a las aguas, a todo lo que ha muerto y que no ha muerto.

La última separación, el último beso que se da a este universo, más muerto que un muerto amado.

¿Me disculpará alguien por haber *sido*? ¡Ojalá tuviera unas rodillas como los Alpes para pedir perdón a los hombres y a los horizontes!

*

Quien no ha tenido la sensación de que todo el mundo tendría que matarse por él y de que él tendría que matarse por todo el mundo, ése no ha vivido nunca.

El heroísmo consiste en querer morir, pero también en querer vivir cuando cada día agobia más que una eternidad. Quien no haya sufrido lo insoportable de la vida no ha vivido nunca.

*

Con las últimas gotas de sangre la melancolía trazará un signo de interrogación sobre un corazón pálido. ¿Para qué enterrar un corazón subterráneo?

*

Cuando se acarrean sobre los hombros todos los Juicios Finales…

*

La lucidez es una vacuna contra la vida.

*

Se tiene que haber degustado durante mucho tiempo el deseo de morir para conocer la repulsión por la muerte. Harto de la pasión por el fin, llegas a la idea opuesta del miedo a morir. Aunque la muerte, como también Dios, goza del prestigio de lo infinito, no consigue, como tampoco El, impedir el sufrimiento que supone la saciedad ni aligerar el peso del exceso o la exasperación de la intimidad prolongada. Si no estuviéramos hastiados de infinito, ¿existiría aún la vida? ¿Qué secreta vitalidad nos separa de lo absoluto?

*

Solamente mi sangre mancha todavía la palidez de Dios… (¿Me perdonarás Tú esas gotas de tristeza y locura?)

*

Hay dolores de los que únicamente podría consolarme la desaparición del cielo.

*

Durante noches infinitas el tiempo trepa a los huesos y la desdicha campa a sus anchas por las venas. Y ningún sueño detiene el enmohecimiento del tiempo, ni aurora alguna suaviza la fermentación del tormento.

*

«El alma» saca su vitalidad de las pasiones que bullen dolorosamente, y «el corazón» es una sangre oprimida. ¿No será el placer de la muerte una sed de crueldad y que por pudor nos gozamos en nosotros mismos? ¿Será que no queremos morir para no matar?

«La profundidad» es una crueldad secreta.

*

¿Te has preguntado alguna vez por qué un borracho *comprende* más? Porque la embriaguez es sufrimiento.

¿Por qué un loco *ve* más? Porque la locura es sufrimiento.

¿Por qué un solitario *siente* más? Porque la soledad es sufrimiento.

¿Y por qué el sufrimiento lo *sabe* todo? Porque es Espíritu.

Los defectos, los vicios, los pecados no nos descubren aspectos ocultos del ser por los destellos de placer, sino por el desgarro de la carne y del espíritu, por la revelación de las negaciones. Porque todo lo que es negativo es *expiación* y, como tal, conocimiento. Un ser que lo supiera todo sería un río de sangre. Dios, al ser depositario de tanto dolor, ya no pertenece al tiem-

po. Es una hemorragia con dimensiones de eternidad. El empezó a sangrar desde el primer instante fuera de la Nada.

Quien quita la vida a otro está guiado por una furia patológica del conocimiento, aunque motivos mezquinos oculten su móvil secreto. Al criminal se le revelan misterios que a nosotros nos resultan ajenos. Por ello los paga tan caro. Uno de los motivos por los que la sociedad ejecuta al asesino es el de no concederle la satisfacción de la infinitud del remordimiento. Dejarlo con vida sería concederle la libertad de superarnos. Las profundidades del mal confieren una superioridad irritante. Es muy posible que los hombres hayan adorado a Dios por celos al diablo.

*

En el relámpago cósmico de la conciencia el cielo se deshace en melodías, seguido por las montañas, los árboles y los ríos. Y acobardado por lo absoluto del instante, el Réquiem del alma es un naufragio y una aureola.

*

¿No es como si una niebla de otro confín estuviera soñando nuestra vida?

El devanar interior de la muerte es una bruma elevada a principio metafísico.

Una catedral es la bruma materializada al máximo. Niebla petrificada.

*

En el hombre existe un secreto deseo de remordimiento que antecede al Mal, *que lo crea*. La iniquidad, el vicio o el crimen surgen de esa oculta angustia. Una vez consumado el acto, aparece en la conciencia con claridad y precisión perdiendo el encanto de la virtualidad.

El aroma del remordimiento nos conduce hasta el mal, como la nostalgia de otras tierras.

*

Un alma que tiene espacio para Dios ha de tenerlo para todo. ¿No arrancará de ahí la necesidad de confesar a un creyente nuestras últimas zozobras y angustias? ¿Qué nos induce a creer que él *no pueda* ser capaz de comprendernos? Como si creer en Dios fuera un vicio en cuyo interior puede excusársenos de todo, o un abuso frente al cual todo vale. O que puede dispensársenos cualquier crimen en el mundo porque, a causa de Dios, ya no pertenecemos a la tierra.

Nada tiene que escapársele a un creyente: la repugnancia, la desesperación, la muerte.

Los hombres *caen* hacia el cielo porque Dios es un abismo visto *desde abajo*.

*

La revelación súbita: *saberlo todo*, y el escalofrío que sigue: no saber ya dónde. De pronto los pensamientos han deshecho el universo y los ojos se han detenido en los yacimientos del ser.

El tiempo ha dejado de respirar. ¿Cómo medirías entonces el torbellino de la luz que te inunda? Parece durar más o menos lo que la ausencia absoluta de un segundo.

Tras estos relampagueos el conocimiento resulta inútil, el espíritu se sobrevive y Dios se vuelve vacío de divinidad.

*

Cuando has dilatado la vida hasta lo infinito, la voluntad de destruirte emana de una dolorosa sensación de plenitud. Pues sólo languideces en el deseo de la muerte extendiendo tu ser más allá de su espacio.

La negación de la vida desde la plenitud es un estado extático. Jamás nos extinguimos por la falta sino por el exceso.

Un momento absoluto rescata el vacío de todos los días; un instante rehabilita una vida. El orgasmo del espíritu es la suprema disculpa de la existencia. Así, de felicidad, pierde uno su mente en Dios.

*

Las manos pálidas son una cuna en la que suspiras la vida. Las mujeres no nos las tienden sino para que lloremos en ellas.

*

La niebla es la neurastenia del aire.

*

Esas voces de las profundidades para las que uno necesitaría el acento de un Job asesino…

¿Qué ángel loco anda pidiendo limosna tocando un organillo ante la casa de un corazón sin puertas? ¿Me he despegado del sufrimiento de Dios?

*

Durante la felicidad y en la infelicidad del amor el cielo, si fuera de hielo, no podría aplacar la sediciosa embriaguez de la sangre. La muerte la caldea aún más y sus fúnebres vapores dan forma al espejismo de la vida.

*

Todas las aguas tienen el color de los ahogados.

*

En el tímido azul de las madrugadas, la palidez de tantas mujeres, las hayas amado o no, se te ofrece como un desierto florido al mortal apetito por lo infinito.

*

¿Por qué a la sombra de las mujeres lo infinito nos parece *cerca*? Porque en la proximidad de la mujer *ya no existe el tiempo*. Y nuestra angustia crece porque alcanzamos en el *mundo* un estado que supera al mundo.

El amor es una *apariencia intemporal;* ¿es que acaso no suspende el devenir en el seno de la vida? Hay abrazos en los que el tiempo está más ausente que en un astro muerto.

El tiempo resulta insuficiente para contener el inhumano exceso del amor, pues éste es un doloroso y paradójico encuentro entre la felicidad y la desesperación. Por tal motivo, siempre que desde el amor volvemos a la realidad da la impresión de que nuestro tiempo se haya podrido en Dios sabe qué corazón.

*

Lo que hace al pecado superior a la virtud es un exceso de sufrimiento y de soledad, que no encontramos en la «conciencia tranquila» ni en las «buenas obras».

En sí, es un acto de individuación por medio del cual se *separa* uno de algo: de una persona, de la gente o de todo. Estar solo es un estado difuso de pecado. De este estado nace la necesidad de Dios, del miedo a sí mismo. Al cielo no le sirven las virtudes.

*

Una vez que has degustado las falacias de la vida los desengaños se extienden mansamente como el aceite y el ser se reviste de los esplendores de la evanescencia.

… Y entonces lamentas no haber conocido más ilusiones para mecerte en la amargura de su ausencia.

*

Sin el sentimiento de la muerte los hombres son como niños, ¿pero qué otra cosa son con él?

Cuando sabes lo que es el final, *ser* ya no tiene el perfume de la existencia. Pues la muerte hurta a la vida su melodía. Y de ambas cosas, el perfume y la melodía, solamente queda un desastre nocturno y musical.

*

Cuando se ha conocido la dulzura de las amarguras, lamentamos no tener más que un corazón que destrozar.

*

¿Desde cuándo se habrán instalado los desiertos en la sangre del hombre? ¿Y desde cuándo claman los ermitaños sus oraciones a lo alto? ¿Cuánto tiempo todavía seguirán plañendo las planicies en su envenenada ondulación? ¿Y cuándo cesarán de ahogarse los oprimidos en las olas interiores de la muerte?

¡Dios mío! Tu único mártir: la sangre del hombre.

*

Si la muerte no interrumpiera el consuelo del deseo de morir…

Pero si a la vida le falta lo infinito, ¿cómo podremos morir sin un término?

*

El hombre, asqueado de sí mismo, se vuelve un lunático que busca perderse en los desiertos de Dios.

*

Si no crees que eres el autor de las nubes que cubren el cielo, ¿para qué sigues hablando de hastío? Y si no sientes cómo se hastía el cielo de ti, ¿para qué sigues mirando hacia Dios?

*

Toda felicidad que no despierte el deseo de morir es vulgar. Sin embargo, cuando el universo se vuelve una espuma de irrea-

lidad y éxtasis, y el cielo se derrite al calor del corazón, de modo tal que el azul fluye por su espacio loco de inmensidad, entonces las voces del fin emanan del gorgoteo de la plenitud. Y la felicidad se vuelve tan inmensa como la infelicidad.

Lo infinito debe ser el color de cada instante. Y como en vida sólo puedo honrarlo por medio de las crisis, ¡elévame, Muerte, hasta su ininterrumpido prestigio y revísteme del insomnio de lo ilimitado! ¿Tendré suficientes lágrimas para llorar todo por cuanto de mí no ha muerto?

*

El amor es el único modo fecundo de engañarse *en el marco de lo absoluto*. Por ello, al amar, solamente podemos estar cerca de Dios *a través de todas las ilusiones de la vida*.

*

Quien se ha contagiado de eternidad ya no puede tomar parte en la historia a no ser que lo haga por medio de la voluntad de autodestrucción. Pues, entre sus semejantes, el hombre sólo puede crear sobre su propia ruina.

El hombre es el único ser que se ha sacudido la embriaguez del tiempo. Y todo su esfuerzo es volver a entrar en él, volver a ser *tiempo*.

El privilegio del aislamiento en la naturaleza deriva de la ruptura de la conciencia de devenir. Sólo yendo *junto* al tiempo, el hombre es hombre. Por ello, siempre que se hastía de su condición, los momentos no parecen lo bastante fluidos y tampoco lo bastante profundos a su sed de inmersión.

*

Cuando la mente se dirige a Dios, lo único que todavía nos liga al mundo es el deseo de no permanecer ya en él.

*

La sensación de vejez eterna: llevar el tiempo a la espalda desde su primer momento… El hombre sólo se pone *derecho* para esconderse a sí mismo lo encorvado que está en su interior.

El hastío: no tener ya *equilibrio* en el tiempo.

*

El corazón es el lugar en el que la noche se encuentra con el deseo de morir para superarse en lo ilimitado…

*

Ni los mares, ni el cielo, ni Dios, ni el mundo tomado globalmente son un universo. Sólo la irrealidad de la música…

*

El olvido cura a todo el mundo, menos a los que tienen conciencia de su conciencia, fenómeno de lucidez que te sitúa paralelamente al espíritu en un último desdoblamiento.

*

En la mar divina, el archipiélago humano ya no espera más que el flujo fatal que lo ahogue.

Lo único que te une a Dios es el orgullo, como si fuera una península; le perteneces y no le perteneces. Querrías huir de El aunque eres parte de El.

Los elementos de una geografía celestial…

*

Sólo una cosa dolorosa hay en la tristeza: la imposibilidad de ser superficial.

*

Ser más «perezoso» que un santo…

*

La pasión de morir nace de todo lo que uno no ha amado y se acrecienta con todo lo que uno ama, de tal suerte que se pro-

longa con el mismo calor tanto en los pensamientos hostiles a la vida como en los placenteros. Se apodera de ti en plena calle, al alba, por la tarde y por la noche, despierto o cayéndote de sueño, rodeado de gente o lejos de ella, en momentos de esperanza o sin ella. Sus espasmos, como si fueran un abrazo ascético, te derriten internamente en un éxtasis incompleto mientras escuchas el vano murmullo de las olas de la sangre y los susurros nostálgicos de las estaciones interiores.

Y si de mi alma arrancara una imagen del Paraíso, ésta revelaría un mundo en el que las flores se cierran y se abren movidas por su deseo de morir. Y yo sería el humilde jardinero de su agonía.

*

Hay seres a quienes vivimos tan intensamente en nosotros, que su existencia externa se hace superflua y volver a encontrarlos resulta una sorpresa desagradable. El hecho de vivir resulta indecoroso para el ser adorado. Este tiene que expiar irrevocablemente la carga que para otro ha supuesto el tener que *vivirlo*. Así se explica por qué no existen fracasados mayores que los héroes virtuales y las mujeres adoradas. Porque, a causa de la muerte, no llegan a ser *más* los que aman sino los que son amados.

*

El hecho de ser hombre es tan importante y tan nulo que no puede soportarse más que por el inmenso desconsuelo que encierra esa decisión. ¡Vivir con el sentimiento de que es más revelador ser hombre que Dios, que es dolorosamente significativo este ser y no ser de la condición humana y, sin embargo, que te aplasten los límites visibles de un drama aparentemente inconmensurable!

¿Por qué el vagabundeo humano es más desgarrador que el divino? ¿Por qué Dios parece tener todos los papeles en regla y el hombre ninguno? ¿No será que este último, por andar vagando entre el cielo y la tierra, se arriesga y sufre mucho más que el Otro, instalado en el confort de lo Absoluto?

*

¿Qué andas buscando en medio de los mortales cuando tocas el órgano y ellos la flauta?

*

La flauta lleva mi pesar hacia todas las mujeres que he inventado cuando imaginaba nostálgicamente otros mundos. Y siempre me descubría una existencia que se hacía pedazos contra todos los instantes…

*

¿Tiene alguien el derecho a escuchar hasta el final el murmullo de los susurros internos?

La aproximación a nuestras últimas voces es como una autodestrucción en el cielo…, un estado de santidad…

*

Desearía morir, pero ya no tengo *sitio* a causa de tanta muerte.

En un universo en llamas las tinieblas recurrirían al seguro refugio del corazón.

*

Cuando abusas de la juventud, de hombre te encuentras convertido en poeta. ¿Cómo puedes no ser ni lo uno ni lo otro? Hablando *en prosa* sobre la muerte.

*

Sorprendido en pleno día por el delicioso terror del vértigo, ¿a quién atribuirlo? ¿Al estómago o al cielo? ¿O acaso a la anemia, situada entre ambos, a mitad de camino de las deficiencias?

Se está triste cuando ya no hay distancia hasta la propia sangre; de su lejanía emana el perfume metafísico de la Nada.

*

La consistencia de una verdad se mide exclusivamente por el sufrimiento que esconde. El sufrimiento que produzca una idea será el único criterio de su vitalidad.

«Los valores» viven por obra y gracia del sufrimiento del que nacen; una vez que éste se agota, pierden su eficacia y se convierten en formas huecas, en objeto de estudio, mezclándose en el presente *como pasado*. Lo que ya no es sufrimiento se vuelve irremediablemente historia. Así se demuestra, una vez más, que la vida únicamente alcanza su actualidad suprema en el dolor.

*

El fúnebre horizonte de los colores, de los sonidos y de los pensamientos nos zambulle en un infinito cotidiano. Su solemne luz, preñada de la inmensidad del fin, concede una incurable gravedad a todo lo superficial, hasta el extremo de que un simple parpadeo se transforma en un reflejo de lo Absoluto. Y no somos nosotros quienes abrimos nuestra mirada al mundo sino éste el que se abre a nuestra mirada.

*

La nostalgia de la muerte eleva todo el universo al rango de la música.

*

Jesús fue muy poco poeta para conocer el goce de la muerte. Sin embargo, hay preludios de órgano que nos muestran que

Dios no es tan ajeno a él como nos sentíamos inclinados a creer; y *fugas* que no hacen sino traducir el apresuramiento de ese goce.

Hay músicos, como Chopin, cuya relación con la muerte sólo existe a través de la melancolía. ¿Pero hace falta mediación alguna cuando uno se encuentra en el interior de la muerte? Entonces la melancolía es más bien el sentimiento que nos inspira la muerte para atarnos a la vida por los pesares…

*

El prestigio del delicado misterio de Oriente deriva de haber profundizado en dos cosas en las que participamos sólo desde un plano literario: las flores y la renunciación.

Los europeos no han importado sólo semillas para este mundo sino también para el otro.

*

Nada es menos francés que los cuentos de hadas. Un pueblo inteligente, irónico y lúcido, no puede permitirse confundir la vida con el paraíso, ni siquiera cuando se lo exige el uso legítimo de una ilusión quimérica.

Tales cuentos son la solución más consoladora contra el pecado. ¿No los han inventado acaso los pueblos nórdicos para librarse de su sabor amargo? ¿Y no resultan una suerte de utopía arropada con símbolos religiosos pero contra la religión (paradoja que define cualquier utopía)?

Al trasladar a las cercanías de la inmanencia una nostalgia del paraíso, estos cuentos ilusorios sólo pueden gustar a quienes no conocen esa nostalgia.

*

Cuando los ojos se clavan súbita y violentamente en el cielo, todas las rocas de los montes no podrían aplastarlos…

*

¡Hay tanta onomatopeya en Wagner! La naturaleza en el corazón.

*

El mar refleja mejor nuestra pereza que el cielo. ¡Qué plácidamente nos dejamos engatusar por su inmensa superficie!

A un ser diligente nada le resulta más deplorable que lo infinito. Para un perezoso lo infinito es su único consuelo.

Si el mundo tuviera límites, ¿cómo podría consolarme de no haber sido un elemento primario?

*

Las introspecciones son ejercicios provisionales para una necrológica.

*

«El corazón» se convierte en símbolo para el universo en la mística y en la infelicidad. La frecuencia con que aparece en el vocabulario de cualquier persona indica hasta dónde puede esta persona eximirse del mundo. Cuando todo te hiere, las heridas sustituyen a ese todo. Y así las heridas del corazón reemplazan al cielo y a la tierra.

Capítulo décimo

La soledad te transforma en un Cristóbal Colón navegando hacia el continente de tu propio corazón.

¡Cuántos mástiles se yerguen en tu sangre cuando sólo los mares te atan al mundo! Yo me embarcaría a cada momento hacia los ocasos del Tiempo.

*

Una sonrisa inagotable en el espacio de una lágrima…

*

La pereza se me encarama al cielo. Y paso una eterna vacación al abrigo del párpado divino…

¿Valdrá Dios lo que el mar? ¿Por qué cuando me golpean las olas la teología me parece una ciencia de las apariencias?

El mar, inmensa enciclopedia de la aniquilación, es más extenso que el cielo, pobre manual de lo Absoluto.

*

A los pensamientos peligrosos precede una debilidad física. La discreción del cuerpo frente a todo lo que no es mundo.

*

Como la filosofía carece de órgano para las bellezas de la muerte, hemos emprendido todos el camino de la poesía…

*

Dios no ha tenido necesidad de enviarnos verdugos; hay tantas noches sin lágrimas… Al alborear la vida tiemblan las sombras de la muerte. ¿No es la luz una alucinación de la noche?

*

Entre los hombres y yo se interponen los mares en los que me he sumergido con el pensamiento. De igual suerte, entre Dios y yo se alzan los cielos bajo los que no he muerto.

*

Hay tanto despilfarro de alma en los perfumes, que las flores parecen estar impacientes por entregar su espíritu al Paraíso. Y cuando los hombres pierdan la imagen de éste, la reconstituirán dormitando en el corazón de un perfume o calmando sus sentidos con una mirada intensificada por la melancolía.

Después de que Adán destruyese el sentido de la felicidad el Paraíso se escondió agazapado en los ojos de Eva.

*

Todo lo que no brota de la lozanía de la tristeza es de segunda mano. ¡Quién sabe si no pensamos en la muerte para salvar el honor de la vida!

*

En Francia durante el siglo XVIII no se dijo ninguna banalidad. Francia, por otro lado, consideró siempre la idiotez como un vicio, la falta de espíritu como inmoralidad. Un país donde no puede creerse más que en el *nihilismo*. Los salones fueron jardines de dudas. Y las mujeres, enfermas de sagacidad, suspirando ante besos escépticos. ¿Quién entenderá la paradoja de este pueblo que, abusando de la lucidez, no se ha saturado de amor? ¿Qué caminos habrá descubierto al eros desde el desierto de la amargura y de la lógica? ¿Y qué es lo que le habrá guiado

ingenuamente hacia la falta de ingenuidad? ¿Hubo alguna vez en Francia un niño?

*

En lo tocante a la música, los franceses no han creado gran cosa porque les gustó demasiado la perfección en este mundo. Y, además, la inteligencia es la ruina de lo infinito y, por tanto, de la música.

*

Hay miradas como destinadas a consolarnos de todas las melodías que no hemos oído…

*

Cuando quieras volverte hacia Dios, hiela la luz entre él y tú. El hombre sufre de una primavera de la oscuridad.

*

En la tristeza todo se vuelve *alma*.

*

El cielo, cuando al atardecer pasa del azul al gris, refleja en el mar el luto a medias de la mente.

La locura es una inclinación de la razón por lo gris.

*

Para ser feliz con la soledad necesitas tener la preocupación constante de una obsesión o de una enfermedad. Pero cuando el hastío dilata los sentidos en el vacío y el mundo abandona al espíritu, el aislamiento se vuelve agobiante e insulso, y los días parecen tan absurdos como un ataúd colgando de un cerezo en flor.

*

El hastío es la sensación enfermizamente clara del *tiempo* que te espera, en el que tienes que vivir y con el que no sabes qué

hacer.

Tratas en vano de engañarte, pero el sol lo dilata, la noche lo espesa y lo acrecienta y va alargándose como si fuera una gran mancha de aceite que *arañara* el resplandor de tu pavor.

¿Por qué pesan tanto los instantes? ¿Cómo es que no duermen a la vera de nuestra fatiga? ¿Cuándo le arrebatará Dios el tiempo al hombre?

*

Si una sola vez has estado triste sin motivo, lo has estado toda la vida sin saberlo.

*

Resulta curioso cómo buscamos olvidar por medio del amor lo que todos los azules del cielo y todas las mitologías del alma no pueden hacernos olvidar. Pero dos senos no pueden ocultarnos la verdad, aunque nos proporcionan más calor que las lejanas luces de Dios.

Ningún mundo nos ofrece plenamente las falacias de la vida; pero el miedo a desengañarse de ellas se convierte en fuerza con cada falacia.

*

He visto todo cuanto hay y me he retirado a las fronteras de mi corazón…

*

Durante el llanto de las horas atormentadas me parece oír a los seres que he matado en sueños…

*

Sólo puedes hallar reposo en esta tierra en los ojos que no la han visto. Quisiera que me embalsamaran con todas las miradas ciegas de mundo.

Por encima de cada pensamiento se alza la bóveda de un cielo.

*

Dios es el heredero de los que murieron en El. Así te separas fácilmente de ti y del mundo, dejándolo que prosiga adelante con el hilo de tantas tristezas y abandonos.

*

Es muy posible que los hombres no hayan sido desterrados del Paraíso, es muy posible que hayan estado siempre *aquí*. Esa suposición, que tiene su origen en el conocimiento, ha hecho que yo los rehúya. ¿Cómo se puede seguir respirando a la sombra de un ser que no sufre de recuerdos celestiales?

Así llegas a aliviar tu tristeza en otro lugar y a olvidar con repugnancia de dónde viene el hombre. Cualquier instante me parece una repetición del Juicio Final, y cualquier lugar en el mundo, un confín del mundo.

*

Quien no conozca la tentación es un fracasado. Por ella vivimos, por ella nos hallamos en el interior de la vida.

Cuando se ha terminado con el mundo, las tentaciones celestiales nos encadenan como una prueba de la última reserva de vitalidad. Con Dios abortamos el fracaso inscrito en el exceso de amarguras.

Y cuando éstas nos secan los sentidos, una sensualidad del corazón sustituye con llamas sutiles la ciega agitación de la sangre. El cielo es una espina en el instinto; lo absoluto, una palidez de la carne.

*

¡La vida me parece tan extraña desde que ya no le pertenezco!

*

Pasan años de tormentos y pensamientos ligados al cielo y a la tierra sin que te preguntes por el sentido de ese vacío llamado *aire* y que tan vagamente se interpone entre esas dos realidades aparentes. De pronto, una tarde cargada de hastío y eternidad, su impalpable inmensidad se te hace enervante e irresistiblemente presente. Y entonces te extrañas de haber estado buscando planicies en las cuales ahogarte cuando él, inmenso espacio diáfano, te llama a la disolución y a la perdición.

*

Mi cosmogonía añade a la nada inicial una infinidad de puntos suspensivos…

*

Mientras los hombres no prescindan del embaucador embeleso del futuro, la historia continuará siendo un hostigamiento difícil de entender. ¿Pero podemos esperar que los hombres vuelvan sus ojos de nuevo hacia la eternidad de la no-espera y transforme cada uno su destino siguiendo el ejemplo del pozo artesiano? ¿Alcanzarán un destino de devenir vertical? ¿Y lanzará el río del proceso universal sus gotas hacia las alturas, convirtiendo su inútil curso horizontal en una inutilidad hacia el cielo?

¿Cuándo caerá la humanidad en ella misma, a semejanza de las fuentes? ¿Cuándo dará otro curso a sus falacias?

¡Ojalá la vida se prolongara como si nada existiese ya! Pero el hombre, al reproducirse, se vale de la excusa del futuro.

*

Si se trata de elegir entre errores, Dios resulta por lo menos el más reconfortante y el que sobrevivirá a todas las verdades. Pues se formó en el punto donde la amargura se vuelve eternidad, igual que la vida (error pasajero) nació en la encrucijada de la nostalgia con el tiempo.

*

¿Por qué cuándo el cansancio se adentra hasta el sueño comprendo mejor a las plantas que a los hombres? ¿Por qué las flores únicamente se abren por la noche? ¿Y por qué ningún árbol crece en el tiempo?

¿Habré pasado con la naturaleza del lado de la eternidad?

*

La melancolía es el límite de poesía que podemos alcanzar *en el interior* del mundo. No sólo contribuye a nuestra elevación, sino también a la de la propia existencia. Esta se ennoblece conforme avanza hacia la irrealidad, y ese devenir se debe *más que nada* a la proximidad de un estado onírico.

La irrealidad es un excedente ontológico de la realidad.

*

Sólo reconozco existencia a los seres que no pertenecen ya al mundo. Esas mujeres que no han dejado escapar la misteriosa oportunidad de morir día a día de melancolía… Es como si uno sólo hubiera amado a Lucile de Chateaubriand…

A veces me parece que podría descubrir fácilmente todos los secretos del mundo, excepto el de su desarraigo.

La nobleza del alma deriva de la inadaptación a la vida. ¡Cómo crecen nuestros afectos cerca de los corazones heridos!

*

¿De dónde nacerá la sensación de amontonamiento infinito del tiempo, de invasión de la vejez en medio de la juventud y de sus ilusiones? ¿Por qué doloroso misterio te vuelves un Atlas del tiempo a la edad de las mentiras?

No te agobia nada de lo que has vivido inconscientemente; los instantes han muerto *vivos* en ti y no han quedado cadáveres en la senda de las esperanzas y de los yerros.

Pero todo lo que has *sabido*, toda la lucidez asociada al tiempo, constituye una carga bajo cuyo peso se asfixian todos los afanes.

La vejez prematura, el infinito cansancio en las todavía sonrosadas mejillas, es el resultado de todos los momentos que ha acumulado monstruosamente el transcurso del tiempo en el plano de la conciencia.

Soy viejo por todo lo que no es *olvido* en mi pasado, por todos los instantes que he sustraído a la perfecta ignorancia de la temporalidad y los he obligado a estar solos y, a mí, a estar solo con ellos.

Contra mi cabeza se estrellan las maldiciones del devenir, cuya inconsciencia no me permite la cruel violación de la lucidez y el tiempo se venga por haberlo sacado de su sendero.

¡Dios mío! ¿Para cuándo un nuevo diluvio? Arcas, puedes enviar las que quieras. ¡No voy a ser yo un descendiente de la cobardía de Noé!

*

Los seres, extenuados por su propia presencia, sienten muy intensamente el deseo de morir. Al colocarte en el centro de tu obsesión, harto de tu yo, tienes la necesidad de escapar de él. Así los impulsos procedentes de la muerte disuelven la estructura de la individualidad.

*

La desgracia de los hombres es no poder mirar al cielo sino de forma oblicua.

Si los ojos tuvieran una relación perpendicular con él, otro habría sido el cariz de la historia.

*

¿La enfermedad? Un atributo trascendente del cuerpo.

En cuanto al alma, está *enferma* por el mero hecho de *ser*.

La patología trata de las invasiones psíquicas en los tejidos.

*

Nubes que piensan y parecen ser tan extrañas al cielo como a la tierra… Ruysdael.

*

Todo es posible desde el momento en que has perdido los frenos del tiempo.

*

Utiliza la razón mientras estés a tiempo.

*

Hay tanta niebla en el corazón del hombre que los rayos de cualquier sol ya no se van una vez que entran. Y hay tanto vacío en sus sentidos, en sus desparramados sentidos, que descarrían a palomas locas de alas desgarradas por los vientos en los caminos que lo acercan al mundo.

*

¿De qué estratos de la inexistencia proviene el tedio de los días, para desentumecernos hasta el horror del sopor de la existencia?

¿Llegaremos alguna vez hasta las fuentes del hastío? ¿Descifraremos la enervante demencia de la carne y la calamidad de una sangre turbia?

¡Cómo se pulveriza en un plañidero misterio la sustancia de la vida y cómo secan las fuentes de la existencia el tedio omnipresente, parodiando negativamente el principio divino! ¡El hastío es tan inmenso como Dios y más activo que él!

*

Sin Dios, la soledad sería un alarido o una desolación petrificada. Pero con El, la nobleza del silencio atempera el desvarío que nos produce la falta de consuelo. Cuando ya lo hemos perdido todo, recobramos la calma eternizando nuestros sueños bajo los desnudos árboles de sus alamedas.

Sólo el pensar en El me mantiene de pie. Cuando extirpe mi soberbia, ¿podré acostarme en su cuna misericordiosa y profunda y adormecer mis insomnios consolado por su vigilia?

Más acá de Dios sólo nos queda el anhelo por El.

*

Todo cansancio esconde una nostalgia de Dios.

*

¿Cómo pueden dialogar dos hombres cuyos sufrimientos no están a igual distancia de Dios? ¿Qué tienen que decirse dos seres en los cuales la muerte no se ha elevado al mismo nivel? ¿Y qué es lo que se leen en las miradas cuando cada una refleja un cielo distinto?

*

El conocimiento de los hombres nos lleva a quedarnos más solos con Dios.

*

Un arquitecto desarraigado de la tierra podría construir con nuestras amarguras un monasterio en el cielo.

*

La falta de orgullo vale lo mismo que la eternidad.

*

La desgracia de los que durante toda su vida han estado buscándose a sí mismos es reencontrarse incluso en Dios. Una hu-

mildad apacible e inmensa es el único modo de transformar en virtud el cansancio de existir.

Quien ya no quiere *ser* está expresando negativamente una aspiración a todo. Desear la nada satisface púdicamente una secreta y confusa apetencia de divinización. Sólo nos aniquilamos en Dios para ser El mismo. Las vías de la mística pasan por los más dolorosos misterios de la soberbia de las criaturas.

*

¿Por qué en la iluminación incurable de la muerte me siento menos seguro que en medio de la vida? La conciencia de morir es algo tan desastrosamente seguro que te reconforta de la ausencia de hombres y verdades.

Los acordes de órgano y la nostalgia de la muerte mezclan la eternidad con el tiempo hasta llegar a la promiscuidad. ¡Tan absolutamente extraviado en el devenir, y un alma delicada llevando tanto cielo y tanta tierra!

*

Mueres de lo esencial cuando te desligas de todo.

*

¿Dios? La nada en hipóstasis de consuelo. Un soplo positivo en la Nada pero por la que querría sangrar como un mártir… exonerado de morir.

Es muy posible que el secreto último de la historia humana no sea otro que la muerte en y para Dios. Todos nos extinguimos en sus brazos, los ateos los primeros.

*

La extraña sensación de que todos los pensamientos han huido de mí hacia Dios, que guarda mi mente cuando la he perdido…

O que, perdido en Su interior, una sed de apariencias me impide seguir respirando.

El desajuste entre Dios y la vida conforma el más acerbo drama de la soledad.

*

¡Dios mío! ¡Sólo me quedas tú! Tú, vestigio del mundo y yo, de mí mismo. Espuma de mis abandonos, en ti quisiera truncar mi espíritu y poner fin a mis vanas convulsiones. Tú eres el sepulcro con el que sueña el ser en los momentos de tribulación, y la cuna suprema de la inmensa fatiga.

¡Esparce aromas de adormidera sobre mis irreflexivas rebeldías, absórbeme en ti, mata en mí el impulso a dejarme arrastrar hacia auroras y seducciones, ahoga la loca elevación de mi pensamiento y destroza mis cumbres iluminadas por tu proximidad! Extiende tus sombras, cúbreme de horribles tinieblas, no estoy pidiéndote la gracia de los momentos de misericordia sino la humillación eterna y dura y la generosidad de tu noche.

¡Siega mi cosecha de esperanzas para que, desierto en ti, ausente de mí mismo, deje ya de tener tierra alguna dentro de tu espacio!

*

Después de haber leído a los filósofos retornas a la infancia absoluta del espíritu, musitando una oración y refugiándote en ella.

*

Como si acabara en ti un último resto de la sustancia pura de la noche con la que Dios se encontró la primera vez…

*

Algunas noches en blanco duran tanto que, tras ellas, el tiempo ya no es posible…

Quien en su agitación acumula los elementos dolorosos del mundo ya no conoce nunca más un principio ni un fin. *Todo* es eterno. Las cosas que no pueden satisfacerse en el sufrimiento participan de la cualidad de lo eterno.

*

Cuando nunca se ha marchado al mismo compás que la vida: unas veces a un ritmo mayor, invadiendo sus límites, otras menor, arrastrándose por debajo de ella. Semejante a esos ríos que no tienen cauce: o se desbordan o se secan.

Anclado por defecto o por exceso se está predestinado a la desdicha, como cualquier ser arrancado de la línea de la vida. *Ser* es un obstáculo para lo infinito del corazón.

*

¡Es tan misterioso el fenómeno por el que un hombre crece más allá de sí mismo! Al despertarse ya no ve a nadie a su alrededor. De esa forma, dirige su mirada al cielo, a la altura más próxima. En materia de soledad, el hombre sólo tiene que aprender del Altísimo.

*

El espíritu florece sobre las ruinas de la vida.

*

Dicen: «Fulano conoce a Spinoza, a Kant», etcétera. Sin embargo, no he oído que se diga de nadie: «Ese *conoce* a Dios». Que es lo único que importaría.

*

Cuando durante la noche se abre la mente a alguna que otra verdad, la oscuridad se vuelve tenue como el diáfano espacio de una evidencia.

*

La enfermedad otorga a la vida, por la fuerza de lo inevitable y el prestigio de lo fatal, una dimensión hacia lo ilimitado que obstaculiza dolorosa y noblemente el ritmo de la existencia. Todo cuanto es profundo resulta de la proximidad de la muerte.

Y cuando tu dolencia no proviene de ninguna enfermedad sino de la presencia de otros mundos en el inicio de tu existencia… Un cansancio divino parece haber descendido a la mismísima sustancia del ser…, el meollo de la vida está extenuado por el cielo…

*

El terror es una memoria del futuro.

*

Esos temblores de fúnebre maldad en que te gustaría matar hasta el aire…, sacudido por una sonrisa como las manos de un muerto en una pesadilla.

*

Vivir no entraña nobleza. Pero rodearte de una aureola de aniquilación…

*

En vano corres tras la existencia y la verdad. Todo es nada, una danza de alucinaciones desprovista de ritmo. Lo que hace que una cosa sea es nuestro estado febril, y las verdades se proyectan sobre un mundo de ausencias por la viveza de nuestros ardores. El soplo sustancial que transforma la no existencia del mundo en realidad emana de nuestras intensidades. Si fuéramos más fríos o más reposados, nada sería. Una lumbre interior sostiene la aparente solidez de la naturaleza, aviva el paisaje yermo de la vida. Las ascuas de nuestro interior son los arquitectos de la vida, el mundo no es más que una prolongación exterior de nuestra hoguera.

*

¿Acaso perdonará Dios al hombre por haber llevado tan lejos su humanidad? ¿Comprenderá El que no ser ya hombre es el fenómeno central de la experiencia humana?

*

Existir, o sea, teñir de afecto cada instante. Mediante matices de sentimiento hacemos a la nada una concesión de realidad. Sin los dispendios del alma viviríamos en un universo blanco. Porque «los objetos» no son sino ilusiones materiales de excesos interiores.

*

El último peldaño del inicio de nuestra primavera: Dios.

*

Como el espíritu es una falta *positiva* de vitalidad, las ideas que surgen de él son, por compensación, grávidas.

*

Cuanto menos especializados son los deseos, tanto más rápidamente realizamos lo infinito *por medio de los sentidos*. Lo indefinido en los instintos conduce irrevocablemente hacia lo absoluto.

*

Del recuerdo del tiempo en el que no hemos sido y del presentimiento del tiempo en que no seremos nace la sugestión de infinitud melódica de la melancolía.

*

El corazón no se ha moldeado según la pequeñez del mundo. ¿Podré seguirlo hasta el cielo o necesitaré un tobogán hacia la muerte?

Una vez purificado de tiempo, ya no se está abierto más que a la brisa divina.

*

¿Qué secreta frescura impulsa en medio del mundo y de su desolación a ese misterioso e inmenso delirio con el que sostienes *en vida* el universo inclinado hacia la desintegración, el impulso doloroso e irresistible que insufla movimiento y esperanzas a la tierra y a las criaturas, que refuerza las flaquezas de la carne y desvía el espíritu de los sufrimientos de la nada para rehacer el edificio cósmico y el prestigio del pensamiento?

¿No es la creación la reacción última frente a la ruina y lo irremediable? ¿No resucita el espíritu al hallarse ante la proximidad del desenlace y del callejón sin salida del destino? De lo contrario, ¿por qué no viene *la caída*, por qué permanecemos de pie cuando todo se ha vuelto *uno* por la monotonía de la náusea y de la nada?

*

Cuando te laceran con fuerza las insatisfacciones de la vida, te pareces a un náufrago que huyera de la orilla del mar. Terminas buscando sólo olas y nadando por la inmensidad de su rizada superficie.

Capítulo undécimo

La melancolía: el tiempo convertido en afectividad.

*

Me gustaría vivir en un mundo de flores heridas por el sol y que, mirando al suelo, abrieran sus pétalos en dirección contraria a la luz.

La naturaleza es una tumba y los rayos solares nos impiden tendernos en ella. Al apartarnos de la sustancia de la muerte, los rayos solares originan una grave crisis de lo inesencial. A plena luz, somos nuestra apariencia; en la oscuridad, somos lo más que alcanzamos de nosotros mismos y, por ello, ya no somos.

*

El hastío: tautología cósmica.

*

Quien nunca escuchara un órgano no entiende cómo puede *evolucionar* la eternidad.

*

¡Si todo cuanto he dado en vano a los hombres lo hubiera derrochado en Dios, cuán lejos estaría ahora!

*

Que la vida tiene una calidad existencial sólo por nuestras intensidades, ¿no es la prueba más segura del vacío de mundo cuando falta el amor? Sin las tentaciones eróticas, la nada es el

obstáculo de cada instante. Solamente el restablecimiento del amor obliga al mundo a *ser*, y sus pasiones son una sordina para la nada.

Una insuficiencia de amor equivale a una ausencia de existencia; y el vacío erótico, a un universo purificado de ella. ¿No es el hastío un vacío de amor, una pausa en su indispensable ilusión demiúrgica?

¿Y no nos hastiamos por una insuficiencia de delirio? El delirio introduce una nota de ser en la monotonía de la nada. De las últimas vibraciones del alma irrumpe el universo, el vuelo de los pensamientos apasionados lo recrea incesantemente.

En medio del hastío, *sabemos* que la existencia no ha tenido la oportunidad de ser; en sus intermitencias nos olvidamos de todo y *somos*.

*

Cuando con un esfuerzo doloroso llevas la carga del propio ser, tus semejantes están más cansados de ti que tú mismo.

Cuando el desapego del mundo alcanza un cierto grado, los hombres existen sólo por los excesos de la memoria, y tú por un vestigio de egoísmo.

Adondequiera que encaminares tus pasos sólo te encontrarás con Dios.

*

¿Cómo podrían mirar el cielo los que no tienen pesares?

*

Para amar hay que olvidar que nuestros semejantes son criaturas; la lucidez sólo nos acerca a Dios y a la nada. Sólo alcanzan la felicidad aquéllos para quienes el amor es un todo que no les revela nada, los que aman entre escalofríos de ignorancia y perfección.

Visto desde el horizonte del mundo, Dios está tan lejos como la nada.

*

Esa enorme y abrumadora invasión de ciertas madrugadas, cuando tenemos la impresión de encontrarnos de pronto en posesión de la clave de los últimos arcanos, en una extenuante fiebre de conocimiento y de alucinación final, o esas noches diluidas en un morado tembloroso que se nos ofrecen enervantes y perfectas como jardines del espíritu…

¿Quién tendría palabras para la *imposibilidad de no saberlo todo*? ¿Y cuántos instantes de desgarradora felicidad para el conocimiento cuentan en la vida? Ni tan siquiera un velo esconde ya nada. Pero volvamos al misterio para poder respirar…

¿Por qué un mediodía tiene más objetividad que el atardecer? ¿Por qué el crepúsculo es interior y el caudal de luz se queda fuera, en sí mismo?

… Toda sugerencia de final implica un exceso de subjetividad. La vida *como tal* no ocurre en el corazón. Sólo la muerte. Por ello es el más subjetivo de los fenómenos, aunque más universal que la vida.

¡Ojalá tuviera más constancia en Dios! ¿Qué restos de vida me retienen en El en tanto que yo mismo? ¡Si yo pudiera desaparecer *en Su seno*…!

*

Las blancas e inmóviles nubes que cubren el cielo de la locura… Cuando se mira a menudo la falta de matices sombríos, ese gris claro de las alturas, se tiene la impresión de haber proyectado sobre la bóveda celeste las sombras marchitas del cerebro y la lividez muda de la mente.

*

Los precipicios del hombre no tienen fondo porque descienden en Dios.

*

Dios nos mira a través de cualquier lágrima.

*

¡Dios mío! ¿Por qué he merecido la dicha sobrenatural de este instante en que estoy fundiéndome en los cielos? ¡Arroja sobre mi cabeza dolores aún mayores si tan alta recompensa tienen! ¿He perdido mi rastro entre los ángeles? Haz que jamás vuelva a encontrarme conmigo. ¡Ayúdame para que pueda ahogar mi espíritu en el paraíso de los sentidos que el cielo ha hecho enloquecer!

*

El hombre no tiene derecho a creerse perdido mientras la desesperanza esté ofreciéndole la destrucción voluptuosa en Dios.

*

Cuando los deseos se vuelven espumosos, se llega a vivir gracias a la aceptación dada a cada instante. Obligados a otorgarnos la existencia, se amplía el espacio entre el mundo y nosotros por la repetición incesante del esfuerzo.

La vigilia del espíritu pone al tiempo enloquecido sordina a su decisión de ser. ¿No nos engulliría la escala del tiempo si no lo sosegáramos en el esfuerzo de consentir a la naturaleza?

Los otros seres *viven;* el hombre se *esfuerza en vivir*. Es como si nos miráramos al espejo antes de cada acción. El hombre es un animal que *se ve* viviendo.

*

La idea es una especie de melodía que se ha enriquecido.

*

El pensamiento proyecta la nada como una consolación suprema, bajo la presión de un infinito orgullo herido. Al querer ser todo y oponérsele el todo, ¿qué haría sin la dimensión absoluta de la ausencia?

Los tormentos de la soberbia desmesurada volatilizan al ser y revisten a la nada del prestigio que lleva consigo la grandeza, en el que se apacigua la pasión del orgullo. El no-ser es un esplendor fúnebre que apaga nuestros celos divinos. La sugestión de la nada satisface nuestro apetito por lo Absoluto, al igual que la gracia de la muerte lo hace por la armonía en el desastre.

*

¿Cuándo conseguiré desprenderme de mí mismo? Todos los caminos conducen a esta Roma interior e inaccesible; el hombre es una ruina *invencible*. ¿Quién habrá vertido tanto entusiasmo en sus decepciones?

Vivir *en sentido último:* volverse santo de la propia soledad.

Embrujado en tu soledad, las horas cesaron y la Eternidad ha empezado a sonar. Y Dios tañe las campanas hacia tu cielo…

*

La soledad es un afrodisíaco del espíritu, así como la conversación lo es de la inteligencia.

*

Hay tantas posibilidades de morir en la música interna, que nunca encontraré mi fin… Sólo se es cadáver en ausencia de sonoridades internas. Pero cuando los sentidos gimen por ellas, el imperio del corazón supera al del ser y el universo pasa a desempeñar la función de un acorde interior y Dios se vuelve la prolongación infinita de una tonalidad.

Cuando a mitad de una vieja sonata a duras penas puedes reprimir un «¡Dios mío, que no se acabe nunca!», las ondas de una vertical locura nos impulsan hacia el estado divino. Exiliarme *allí* con toda la música.

*

El hombre está tan solo que la desesperación le parece un nido y el pavor un refugio.

Inútilmente busca un sendero en la espesura del ser, se queda mohíno con la cara vuelta al callejón sin salida de su propio espíritu. Porque, en él, la luz no se ha separado de la oscuridad. Como remate de la Creación, el espíritu pertenece al principio del mundo.

Nada despojará de su conciencia a las noches del tiempo. ¿No se ennoblecerá más su destino durante esa herencia nocturna?

El hombre tiene de su parte muchas noches…

*

Siempre que caigo presa de los sortilegios del hastío, vuelvo los ojos al cielo. Y entonces sé que algún día moriré de tedio, en pleno día, a la vista del sol y de las nubes…

«… Si es posible, aleja de Mí este cáliz.» El cáliz de los hastíos.

También quisiera gritar yo: «¡Padre!». ¿Pero a quién, si el hastío también es una divinidad?

¿Por qué tengo que abrir los ojos sobre el mundo para descubrir un *Getsemaní del Hastío*?

*

La tierra es demasiado estéril para encontrar en ella los inmisericordes y enervantes venenos que me libren del oficio que representa existir… ¡Que de desintegraciones celestiales emanen

aromas empapados en la nada, que de las alturas caigan copos narcotizantes en heridas que ya no se cerrarán…! ¡O que lluvias del más allá, lluvias venenosas, se cuelen a través de un cielo loco y caigan sobre la llanura enferma de la razón…!

¡Dios mío! Yo no digo que tú no seas; digo que yo ya no soy.

*

Si la nada nos diese solamente un perverso apetito por lo absoluto, no tendría importancia; pero, al crearnos un doloroso complejo de superioridad, nos hace fijar la vista abajo, hacia el ser, y consolar nuestra nostalgia con el desprecio.

*

Del «yo» sólo deberían hablar Shakespeare o Dios.

*

Entre dos seres que se hallan en un mismo grado de lucidez el amor no es posible. Para que el encuentro sea «feliz» uno de ellos tiene que conocer más de cerca las delicias de la inconsciencia. Un mismo alejamiento de la naturaleza los hace igualmente sensibles a su perfidia; de lo que deriva una molestia por los equívocos del eros y, sobre todo, una reserva en esa inevitable complicidad. Cuando las falacias de la vida ya no tengan nada impermeable a nuestros ojos, es bueno que la mujer esté casi en un estado de ignorancia. El amor no puede *consumarse* entre dos ausencias de ilusiones; uno siquiera tiene que no *saber*. El otro, víctima de la lucidez del espíritu, supervisa el goce de ese prójimo *idéntico* y se olvida de sí mismo por el contagio.

El trastorno caótico de los sentidos, en el éxtasis implícito y periférico, parece una lastimosa concesión en la que los secretos de la vida resultan transparentes al hombre y a la mujer. Parecen admitir sus yerros contra la vigilia del espíritu, pero lo único que logran es contemplar su olvido y aminorar, a través del pensamiento, el hechizo de su desaparición horizontal. Así in-

troduce la lucidez una nota crepuscular en los suspiros de ese absoluto barato.

*

Las desilusiones, el odio y el orgullo no nos excusan de los hombres como las fuerzas del alma que se adueñan de nosotros con el vigor de una revelación súbita. ¿Qué otra cosa podrías decirle entonces a alguien, y por qué decírselo cuando el escalofrío interno es como un río que corriera repentinamente hacia lo alto?

El oleaje de una violenta felicidad nos arroja del seno de la humanidad y, al multiplicar nuestra identidad, suspende las sonrisas destinadas a las mujeres o a los amigos. El yo se pierde en su infinitud, la vida se amplifica en intensidades que la hacen vacilar entre varios mundos. De todo cuanto hemos sido sólo queda un patético soplo.

Lo infinito de la noche parece un límite en el horizonte de esa amplitud y se anhela la extinción como un límite, la agonía como un espacio acotado. ¿Quién habrá injertado lo infinito en un pobre corazón?

*

Como a los hombres les falta la poesía, ¿dónde pueden fondear sino en la muerte? ¿No proyecta la inmanencia del no-ser un gran prestigio sobre el paisaje borroso y desabrido del ser?

El anhelo de ahogarse, de elevarse a los cielos ahorcándose o de poner fin tumultuosamente a la vida, procede de una sublimación del hastío, flauta en el fondo del infierno.

Exprimir de los instantes una canción de perdición, inventar venenos trascendentes en el tedio del tiempo, pulverizar demonios en la sangre y en el devenir…

El sentido metafísico del tiempo es desembarazarnos de la carga de la individuación. *Ser* es una empresa difícil porque *su-*

bimos hacia el no-ser; un vacío lanzado hacia una suprema degradación de la existencia.

El tiempo es una subida en pendiente hasta el no-ser.

*

Con todos los sentidos ansío los deleites del fin… ¿Qué anhelo de misteriosas satisfacciones me inclina a ellos? ¡Es imposible no descubrir la grandeza de la muerte después de haber sido traicionado por la vida!

*

Quien ha visto a través de los hombres y a través de sí mismo, ¿tendría que construirse, de asco, una fortaleza en el fondo de los mares?

*

La infelicidad sólo se encuentra en un temperamento esencialmente contradictorio.

*

El que está cansado de sí mismo cansa a sus semejantes y se cansa de ellos.

*

Las repetidas decepciones suponen ambiciones inhumanas. Los hombres verdaderamente tristes son los que, no pudiendo echarlo todo a rodar, se han aceptado como ruina de su ideal.

*

El tiempo es la cruz donde nos clava el hastío.

*

Contra la acometida de los encantos y el soplo de éxtasis que trastornan el orden de mi vida hacia lo ilimitado, el asco de mí mismo es mi única barrera.

¿Qué otra cosa puedo hacer *con tanto yo*?

*

Bach es un decadente *en sentido celestial*. Sólo así se explica la solemne descomposición que no puedes evitar siempre que te encuentras con el mundo que él creó.

*

A medida que el hastío espesa el tiempo, adelgaza las cosas hasta hacerlas transparentes. La materia no resiste su implacable desfiguración.

Aburrirse significa ver a través de los objetos, volatilizar la naturaleza. Incluso las rocas se disuelven en humo cuando el mal que es la lucidez se abre hacia ellas.

*

No sé de una sola de mis sensaciones a la que no haya sepultado en el pensamiento. (El espíritu es una tumba de la naturaleza.)

*

El suicidio, como cualquier otro intento de salvación, es un acto religioso.

*

La sinceridad, expresión de la inadaptabilidad a las ambigüedades esenciales de la vida, deriva de una vitalidad vacilante. Quien la practica no se expone al peligro como se cree comúnmente, sino que ya está en peligro, al igual que todo hombre que separa la verdad de la mentira.

La inclinación a la sinceridad es un síntoma enfermizo por excelencia, una *crítica* de la vida. Quien no ha matado en sí mismo al ángel está destinado a la desaparición. Sin yerros no se puede respirar ni tan siquiera un instante.

*

Unos ojos apagados no se encienden más que por amor del anhelo de la muerte; la sangre no se inflama sino en un himno de agonía.

¿Estoy subiendo o bajando por las pendientes del ser?

*

Un animal que *ha visto* la vida y que todavía quiere vivir: el hombre. Su drama se agota en esa exasperación.

*

En un corazón donde se haya instalado la nada la irrupción del amor es indeciblemente desgarradora porque no encuentra terreno alguno donde florecer. Si tan sólo hubiera que conquistar a la mujer, ¡qué fácil sería! ¡Pero roturar la propia nada, dominarse trabajosamente en la hostilidad del alma, abrir al amor un camino hasta uno mismo! Esa guerra, que te arroja con odio contra ti mismo, explica por qué nunca querrás matarte de modo más cruel que en las convulsiones del amor.

*

En Beethoven no hay suficiente hechizo enervante ni suficiente cansancio…

*

La última sutileza del diablo es la diferencia entre el infierno y el corazón.

*

Sólo en los grandes sufrimientos, cuando estás *muy cerca* de Dios, te percatas de lo vano que es el papel de Mediador de su Hijo y qué destino menor esconde el símbolo de la Cruz.

*

El espíritu le debe casi todo a los sufrimientos físicos. Sin ellos, la vida no sería más que vida.

Solamente la enfermedad trae algo *nuevo*. ¿Es que no es la quinta estación?

La nirvanización cotidiana por medio del pensamiento y el dolor.

*

Cuando llevas tanta música en un mundo sin melodía…

*

El hombre no es un animal hecho para la vida. Por ello gasta tanta vitalidad en el deseo de morir.

*

La irrealidad de la vida en ninguna parte es más inquietante que en la desesperanza de la felicidad. De ahí, lo indeciblemente doloroso del amor.

*

Toda la poesía de las voces interiores se reduce a la imposibilidad de separar el deseo de morir del de vivir.

Las esperanzas son frágiles nidos para los finales. Vivir y morir: dos signos para la misma ilusión.

*

Todas las lágrimas no derramadas se han vertido en mi sangre. Y yo no he nacido para tantos mares ni para tanta amargura.

Capítulo duodécimo

No encuentro la clave de este hecho: en la alegría inspirada imitamos a Dios, y en la tristeza nos quedamos con la ceniza de nuestra propia sustancia.

*

Una reflexión debe tener algo del esquema interno de un soneto. El arte de abreviar los finales…, la intervención de la arquitectura en nuestras desintegraciones musicales…

*

La tristeza: un infinito *por la debilidad*, un cielo de deficiencias…

*

La vida del hombre se reduce a los ojos. No podemos esperar nada de él sin modificar la mirada.

*

El amor es santidad más sexualidad. Nadie ni nada puede aliviarnos esta paradoja escarpada y sublime.

*

Hamlet no olvidó insertar el amor entre «los males» que hacen que el suicidio sea preferible a la vida. Sólo que él hablaba de «los sufrimientos del amor desdeñado». ¡Qué grande habría sido el célebre monólogo si tan sólo hubiera dicho: amor!

*

En las orillas del mar la sequía interior de los días desiertos reúne, *en una misma sed*, el deseo de felicidad y de dolor. En sus orillas siempre nos eximimos *religiosamente* de Dios…

*

El Mediterráneo es el mar más tranquilo, el más probo y el menos místico. Con su ausencia de olas, se interpone entre el hombre y lo Absoluto.

*

Porque está *sola*, la mujer *es*.

*

La fuerza de un hombre deriva de las insatisfacciones de su vida. Por ellas deja de ser naturaleza.

*

La definición del Embrujo pasa por Wagner. El introdujo los puntos suspensivos en la música, ese interminable diluirse…, y su sorda recaída en un subterráneo melodioso e indefinido. Una neurastenia de… la sangre, de un artista que proyectó su nervio fastuosa y grandiosamente en la mitología.

Por ello, en el embrujo wagneriano, lejanas olas preñadas de crepúsculo rompen contra sienes extenuadas o vuelcan en las venas adormecidas remedios de sueño y muerte.

*

Los estallidos de la muerte enmarañan el paisaje gramatical de la existencia, tal y como nos lo muestra el exceso de sistema del hastío, y, a falta de sorpresas, nos sitúan al acecho, con el puesto de observación instalado en nuestra angustia.

*

Desde el hastío, a través de un largo proceso, podemos fondear en Dios. *En sí*, el hastío sólo es una *falta de religión*.

*

Al pensar en el estilo nos olvidamos de la vida; los esfuerzos de expresión tapan las dificultades de la respiración; la pasión de la forma ahoga el fervor negativo de la amargura; la seducción de la palabra nos libera de la carga del instante; la fórmula mitiga el desfallecimiento.

La única salida para no caer: *conocer* todos tus desfallecimientos, agotar tus venenos en el espíritu.

Si hubieses dejado tus tristezas en estado de *sensación*, hace mucho que no existirías ya…

El espíritu sirve a la vida sólo por la *expresión*. Es la forma a través de la cual se defiende con su propio enemigo.

El agotamiento de las tardes, con una pátina de eternidad recubriendo el alma, y un aire de vértigo en medio de un jardín impregnado de primavera…

*

La eternidad es el invernadero donde Dios se marchita desde el principio, y el hombre, de vez en cuando, por el pensamiento.

*

Cuando la vitalidad no se distingue de la debilidad sino que se pierde en ella, el resultado define la composición interior de un ser contradictorio. Hacer psicología *a costa de otro* significa incluso desvelar la falta de pureza de las fuerzas que lo agitan, la extraña e imprevista mezcla de elementos. En teoría, cuesta imaginar la combinación de barbarie y de decadente melancolía, de vitalidad y de vaguedad, de instinto y de refinamiento. ¡Qué cierto es que hay tanta gente atormentada por crepúsculos de la vida entre reflejos vivos todavía!

Anhelos prolongados, que abrazan los desarrollos cósmicos y los adornan con las incertidumbres del sueño, ¿de dónde arrancarían si nuestros impulsos básicos no estuvieran subiendo y bajando por la pendiente de nuestras flaquezas? ¿Y por qué los deseos no tienen un curso inmóvil? ¿Quién introduce ese caprichoso vaivén sino la amalgama de las afirmaciones y negaciones de la sangre? Si nuestros instintos marcharan en una dirección y las flaquezas en otra, ¿no seríamos doblemente perfectos? ¿No alcanzaríamos la perfección de dos maneras? El paradójico encuentro de esas tendencias, su carácter inseparable e irreductible, crea una tensión que compone y descompone de forma tan extraña un ser. ¡Y no resulta fácil cargar con dulces y embriagadores infiernos de la decadencia sobre el monótono y fresco cielo de la barbarie, desenvolverse en la juventud con la carga de una inmensa vejez, arrastrar fines de siglo en el temblor vertical de los amaneceres! ¡Qué extraño destino el de quienes florecen en otoño: han perdido las estaciones de la vida viviendo eternamente los instantes al revés!

*

¿Por qué vuelves los ojos hacia el sol cuando tus raíces nutren el pulso de la muerte? ¡Con qué furia y dolor te arrojarás al abismo divino! Ningún límite intelectual ni ningún horizonte del mundo detendrán la desesperación que se revuelca en el desierto de Dios, y ningún paraíso florecerá ya en su opresión común. El creador exhalará su postrer aliento en la criatura, en la criatura sin aliento.

¡Qué gusto a ceniza emana del más allá de los mundos!

*

A solas con el diablo. ¿Por qué se deja ver menos que Dios? ¿O es que vives a éste último más *diabólicamente*, de modo que

la extraña mezcla vuelve superflua la demostración de la esencia pura de Satán?

La vía de los anhelos diarios sube desde la tierra al cielo. El camino inverso es más raro. Por esa razón el diablo es una atrocidad menos frecuente que su gran Enemigo.

*

Cuando la razón se libera del ser, la voluptuosidad ya no tiene preferencias entre dolor y placer. Ella los corona a ambos.

La extraña perfección de las sensaciones inhibe las diferencias entre ellas. Dolor y placer se vuelven sinónimos.

*

¿Por qué será que uno pierde primeramente el corazón y sólo después la razón?

*

El encanto de la angustia reside en el pavor a las soluciones, en *saberlo todo* en las preguntas… Toda respuesta está manchada por algún matiz de vulgaridad. La superioridad de la religión deriva de creer que sólo Dios puede *responder*.

*

Quisiera enterrarme en el llanto de los hombres, hacerme de cada lágrima una sepultura.

*

Todo cuanto crea el hombre se vuelve contra él. Y no sólo todo lo que crea sino todo lo que hace. En la historia, un paso adelante es un paso atrás. Mas de todo cuanto el hombre ha concebido y ha vivido nada se vuelve tanto en su contra como la soledad.

*

¿Por qué los recuerdos ya no tienen relación con la memoria? ¿Y por qué las pasiones habrán perdido su enraizamiento en la sangre? Balcanismo celestial…

*

Los rayos dispersos que emanan de Dios sólo se muestran en el crepúsculo de la razón.

*

La proximidad del éxtasis es el único criterio para una jerarquía de valores.

*

La experiencia hombre ha tenido éxito sólo en los instantes en que éste se cree Dios.

*

El tiempo se deshace en vagas ondulaciones, como una solemne espuma, siempre que la muerte agobia los sentidos con la destrucción de sus encantos o cuando las nubes bajan con todo el cielo meditabundo.

*

Expío la falta de decepciones de mis antepasados, soporto su lucha en pos de la felicidad, pago caro las esperanzas de su agonía y dejo pudrirse en vida la frescura de la ignorancia ancestral. He ahí el sentido de la decadencia.

Y en el plano de la cultura, varios siglos de creación e ilusiones, que tienen que rescatarse irremediablemente en la lucidez y en el desconsuelo. Alejandrinismo…

No es fácil pagar por todos los campesinos de otros siglos, no tener ya hortalizas ni tierra en la sangre…, ni bañarse en los ocasos del espíritu.

*

Sólo en la música y en los temblores extáticos, cuando se pierde el pudor de los límites y la superstición de la forma, llegamos a la inseparabilidad de la vida con respecto a la muerte, a la pulsación unitaria de una muerte vital, de comunión entre existencia y extinción. Los hombres distinguen, por medio de la reflexión y de la ilusión, lo que en el devenir musical es embrujo de eternidad equívoca, flujo y reflujo del mismo motivo. La música es tiempo absoluto, sustancialización de instantes, eternidad cegada por las ondas…

Tener «profundidad» significa no dejarse engañar más por las separaciones, no ser esclavo de los «planes», no volver a desarticular la vida de la muerte. Al fundir todo eso en una confusión melódica de mundos, la agitación infinita, sombría y comprensiva de elementos varios, se purifica en un estremecimiento de nada y de plenitud, en un suspiro surgido de las más hondas profundidades del ser, y nos deja eternamente un sabor a música y humo…

*

La existencia de los hombres se justifica por las amargas reflexiones que nos inspiran. En un tribunal de la amargura todos serán absueltos, en primer lugar, la mujer…

*

Nada te satisface, ni tan siquiera lo Absoluto; sólo la música, ese desvanecimiento de lo Absoluto.

*

Solamente embriagándonos de nuestros propios pecados podemos llevar la carga de la vida. Hay que trocar cada ausencia en delicia; por medio del culto elevamos nuestras deficiencias. En caso contrario nos asfixiamos.

*

Después de haber querido poner el mundo patas arriba, ¿qué yerros te atan aún al vano paraíso de dos ojos llenos de infinito y de vacío?

Dios, previendo la caída del hombre, le ofreció la ilusoria compensación de la mujer. Gracias a ella, ¿pudo olvidar el paraíso? La necesidad de la religión da una respuesta negativa.

*

En un simposio que reuniera a Platón y a los románticos alemanes se diría prácticamente todo sobre el amor.

Sin embargo, lo esencial tendría que añadirlo el diablo.

*

Quien ha rehusado la santidad pero no ha abjurado del mundo hace de una divinidad desengañada la meta de su devenir.

*

Cuando invoques a Dios, hazlo con el *pronombre*, tú solo, para poder estar con El. De lo contrario eres hombre y nunca estarás cara a cara con Su soledad.

*

La teología sólo guardó para Dios el respeto por la letra mayúscula.

*

Hay tanta nobleza cruel y tanto arte en el hecho de ocultar los sufrimientos a nuestros semejantes, en el de jugar el papel de un cáncer divertido…

*

Cuando el cielo se derrite en gotas de hastío y destila una inmensidad de azul y de desolación, me defiendo de mí mismo y del cielo con los Mediterráneos del espíritu.

*

Nos purificamos de infelicidad en los accesos de odio festivo en los que, al reducirlo todo a la nada (y en primer lugar el amor), limpiamos el yo de todas las impurezas de la naturaleza. Quien no puede odiar no conoce ninguno de los secretos terapéuticos. Todo restablecimiento empieza por una obra de destrucción. La pureza se gana por la aniquilación. Sólo somos nosotros mismos cuando nos pisotean sin piedad.

*

Una verdad que no habría que decir nunca a nadie: sólo hay sufrimientos físicos.

*

En las tentaciones del amor ya no hay espacio entre la muerte y yo.

Lo Absoluto se instala en la cabecera de un erotismo purificado de universo. Todo cuanto crece más allá del amor terrenal construye los fundamentos de Dios. La imposibilidad de conciliar el amor con el mundo…

*

Más que en cualquier otra cosa, en el amor se *es* o *no se es*. La falta de diferencia entre la vida y la muerte es un fenómeno propio del enamoramiento.

*

Cuando se es teólogo o cínico, se puede soportar la historia. Pero quienes creen en el hombre y en la razón, ¿cómo es que no enloquecen de desilusión y conservan el equilibrio ante el eterno mentís de los acontecimientos? Sin embargo, apelando a Dios o al asco, se desenvuelve uno bien en el devenir… La oscilación entre teología y cinismo es la única solución al alcance de las almas heridas.

*

Esas noches crueles, largas, de una sorda maldad, esas tempestades ahogadas en las aguas muertas de los pensamientos, que soportas por la curiosa sed de saber cómo responderás a esta muda pregunta: «¿Me mataré antes de que amanezca?».

La materia se ha empapado de dolor.

*

Cuando la razón haya sobrepasado las cumbres del mundo, la estrechez de la vida provocará escalofríos de elefante en un invernadero.

*

¿Qué enloquecidas olas de mares desconocidos me golpean los párpados e irrumpen en mi mente? ¡Cuánta grandeza revela la fatiga de ser hombre!

*

El recuerdo del mar en las noches de insomnio nos da, más que la música de órgano o la desesperación, la imagen de la inmensidad. La idea de lo infinito no es más que el espacio creado en el espíritu por la ausencia de sueño.

*

El reloj de sol de Ibiza llevaba la siguiente inscripción: *Ultima multis*.

… Sobre la muerte sólo puede hablarse en latín.

*

Quien tenga una opinión segura sobre una cosa cualquiera demuestra no haberse acercado a ninguno de los misterios del ser.

El espíritu está, por esencia, a favor y en contra de la existencia.

*

En el cuerpo agotado por el insomnio descubres dos ojos perdidos en un esqueleto. Y en la magia perturbadora del estremecimiento te buscas en lo que no has sido y nunca serás…

*

Un hombre sólo puede hablar *honradamente* de sí mismo y de Dios.

*

Te encuentras en el seno de la vida siempre que dices, *con toda tu alma*, una banalidad…

*

¿A qué misterio se debe el que nos despertemos algunas mañanas con todos los errores del Paraíso en los ojos? ¿En qué manantiales de la memoria abrevan lágrimas interiores de dicha, y qué antiquísimas luces mantienen el éxtasis divino sobre el desierto de la materia?

… En mañanas como ésas entiendo la no-resistencia a Dios.

*

El futuro: el deseo de no morir, traducido a una dimensión temporal.

*

La nobleza de no pecar nunca contra la muerte…

*

El universo ha encendido sus voces en ti, y tú, tú vas paseando por el bulevar…

El cielo ha prendido fuego a sus sombras en tu sangre, y tú, tú sonríes a tus semejantes… ¿Cuándo derribarás los claustros de tu corazón sobre ellos?

Hay tanto de inesperado y tanta inmoralidad en la infinitud del alma, que uno se pregunta cómo la aguantan el desierto de los huesos y el agotamiento de la carne.

*

El hechizo de la tristeza se parece a las olas invisibles de las aguas muertas.

*

La necesidad de anotar todas las reflexiones amargas, por el extraño miedo a no poder volver a estar triste nunca más…

*

No teniendo el éxtasis a mano, como los místicos, descubres las zonas más profundas del ser en las graves recaídas del cansancio… Las ideas refluyen a su fuente, se sumergen en la confusión originaria y el espíritu sobrevuela las simas de la vida.

Sentir el mundo como dolor que va taladrándote durante los momentos de cansancio delirante despoja a las cosas de su engañoso esplendor y nada nos impide acceder a la zona originaria del principio, pura como una aurora final. Así desaparece todo lo que el tiempo agregó a la virtualidad inicial. La existencia aparece ante nosotros como tal: a remolque de la nada, y no es la nada lo que está en los límites del mundo, sino el mundo en los límites de la nada.

El cansancio como instrumento de conocimiento.

La razón bañada a la luz nocturna de la desesperación.

*

El espíritu tiene pocos remedios. Puesto que, en primer lugar, debe sanarnos de sí mismo. Uno se acerca a la naturaleza y a la mujer, huye y vuelve de nuevo, con todo el temor a lo insoportable de la felicidad. Hay paisajes y abrazos que dejan un sa-

bor de exilio, como todo lo que mezcla lo absoluto con el tiempo.

*

Estás irremediablemente sometido en manos de la quimera y de la vida cuando al contemplar el cielo en los ojos de una mujer no puedes olvidar el *original*.

*

Poder sufrir con locura, valor, sonrisa y desesperación.

El heroísmo no es sino la resistencia a la santidad.

El peligro en el sufrimiento es el ser *amable;* soportar con comprensión. Sientes, así, que de ese hombre que eras, amasado de carne infinitamente mortal, vas deslizándote hasta convertirte en un icono.

No seas para nadie ejemplo de perfección; destruye en ti todo cuanto es modelo y huella a seguir.

Que los hombres aprendan de ti a asustarse de las vías del hombre. Ese es el sentido de tu sufrimiento.

*

La mente, arrancada de sus raíces, se ha quedado sola consigo misma.

*

Todas las preguntas se reducen a esto: ¿cómo puedes no ser el más infeliz?

*

Lo que no está afectado por la enfermedad resulta prosaico y lo que no aviva la muerte está falto de misterio.

*

Sordo cántico en las profundidades: la enfermedad reza en los huesos.

*

La vida únicamente merece ser vivida por las delicias que florecen sobre sus ruinas.

*

Cuando se encuentra una cierta distinción en el lamento, la paradoja es la forma por la cual la inteligencia ahoga al llanto.

*

¿Qué amaneceres despertarán a mi razón, ebria de lo irreparable?

Capítulo decimotercero

¿Cuándo terminaré de morir?

Hay heridas que claman la intervención del Paraíso.

Con todos sus pecados, y con ninguno, la razón se ha sentado en el fondo del infierno y los ojos miran petrificados al mundo.

Cuando se ama la vida con pasión y con asco, sólo el diablo se apiada ya de uno y le ofrece un refugio fatal a su alucinado dolor.

*

Esos desgarros de la carne y demencias del pensamiento durante las cuales caeríamos en plena santidad si Dios no acudiera en nuestra ayuda… Sus vacilaciones hacen que nos sintamos reconciliados con el mundo.

*

¿Por qué no has hecho de mí un tonto eterno bajo tus imbéciles bóvedas, Dios mío?

*

El espíritu es carne golpeada por una locura trascendente.

*

La lucha no tiene lugar entre hombre y hombre sino entre el hombre y Dios. Por ello, ni los problemas sociales ni la historia pueden resolver nada.

*

Pensar en Dios sólo sirve para morir. No vamos hacia él de buen grado sino porque no nos queda otro remedio.

*

Nadie puede saber si es creyente o no.

*

Cuando vemos a tantos y tantos sujetos enterrándose en una idea, en un destino, en un vicio o en una virtud, nos causa extrañeza que la distancia hacia las cosas de que disponen los hombres sea tan sumamente pequeña. ¿Habrán *visto* ellos tan poco? ¿Es que no habrán sentido la influencia del conocimiento, que no permite acto alguno? El *saber* sólo soporta ya a la naturaleza por nuestra voluntad de estar todavía en ella. Nos agitamos entonces entre objetos e ideales, adhiriendo, con migajas de pasiones, y otorgando por lástima y amargura, una brisa de existencia a las sombras en busca del ser.

El universo no es *serio*. Hay que tomarlo trágicamente a broma.

Hacer está en las antípodas de *pensar*.

*

Las indecisiones entre cielo y tierra nos llevan a un destino como el de Jano, cuyas dos caras se volverían una sola en el dolor.

Con el corazón suspendido entre el temblor y la duda: un escéptico abierto al éxtasis.

*

Durante las tardes de domingo, más que cualquier otra tarde, la razón se desvela como una ausencia de cielo, y las ideas, como estrellas negras sobre el fondo vacío de la eternidad. El

hastío nace de un recubrimiento último de los sentidos, despegado de la naturaleza.

En la extensión cósmica del tedio (bostezo del universo) los bosques parecen inclinarse para alzar, ceñido por una corona de laurel, tu corazón perdido entre la broza.

La música del hastío surge del crujir del tiempo, de los sordos acentos de la extinción del tiempo.

*

Mi corazón, atravesado por el cielo, es el punto más alejado de Dios.

Nada puede hacerme olvidar la vida, aunque todo me aliena de ella. A idéntica distancia de la santidad y de la vida.

*

No tengo bastante fuerza para soportar el esplendor del mundo; en medio de él he perdido mi aliento y sólo me ha quedado voz para la desesperación de la belleza.

*

Los hombres huyen tanto de la muerte como del pensar en ella. A esto último me he ligado por los siglos de los siglos. Allí he huido en fila con los demás, o incluso más rápido que ellos.

*

El hastío asola un alma erótica que no encuentra lo absoluto en el amor.

*

Para cubrir fastuosamente el drama de la existencia, lanza fuegos artificiales a través del espíritu; manténlos de la mañana a la noche; crea a tu alrededor el resplandor efímero y eterno de la inteligencia enloquecida con su propio juego; haz que la vida

brille sobre un cementerio. ¿Es que acaso el alma humana no es una tumba en llamas?

Da un rumbo genial a las sensaciones; impónle al cuerpo la vecindad de los astros; levanta la carne por medio de la gracia o del crimen hasta los cielos; que tu símbolo sea una rosa sobre un hacha.

Practica el goce de otorgar a las ideas el espacio de un instante, de amar al ser sin permitirle tener un sentido, de ser tú mismo sin ti.

*

Espera, soñador, en medio de la naturaleza, mirando cómo las alas de un buitre tocan el bordado deshilachado de las nubes.

… E imagínate que has volado, invirtiendo la altura, hacia los abismos de la vida, que has acariciado con alas de desconsuelo un cielo de escorias, insuficiente para saciar tu sed de profundidades.

*

¿Cuántos pueden decir: «Yo soy un hombre para quien el diablo existe»? ¿Cómo no vamos a sentirnos unidos por el destino a quienes hacen una confesión como ésa?

*

Una imagen completa del mundo podrían darla los pensamientos que surgen en los insomnios de un asesino, edulcorados por un perfume emanado de los desvaríos de un ángel.

*

Hagas lo que hagas, una vez que has perdido el apoyo en ti mismo, ya sólo puedes encontrarlo en Dios. Y si todavía sin él se puede respirar, sin la *idea* de El te perderías en los desfallecimientos de la mente.

Lo que resulta fascinante de la desesperación es que nos arroja de golpe frente a lo Absoluto; es un salto orgánico, irresistible a los pies de lo Postrero. Acto seguido empezamos a pensar y a clarificar (o a oscurecer), por medio de la reflexión, la situación creada por la furia metafísica de la desesperación.

Separados de nuestros semejantes por la insularidad del corazón, nos agarramos a Dios para que los océanos de la locura no levanten las olas por encima de nuestra soledad.

*

En poesía, como no se cree en nada, se añade un exceso de magia a la inspiración, ya que el nihilismo es un suplemento de música, mientras que en la prosa hay que adherirse a algo para no quedar desnudo frente al vacío de las palabras. Ser pensador no es ninguna suerte, pues la razón ya no se vuelve hacia las verdades «elevadas» producto de la ceguera.

*

El único sentido de la tierra es absorber las lágrimas de los muertos.

*

La música nos muestra qué sería el tiempo en el cielo.

*

Toda enfermedad encierra una especie de canto.

*

No pueden tenderse más puentes entre el hombre perseguido por la muerte y sus semejantes. Por más que hiciera, sus intentos de aproximación no hacen sino ahondar la sima y acentuar una fatalidad.

Con el prójimo es menester ser indiferente o alegre. Pero como sólo conoces el entusiasmo y la tristeza, tu suerte correrá pa-

ralela a la del hombre. Poco a poco acabamos por no encontrar ya a nadie.

*

Durante los momentos de tristeza (con la muerte y la locura rivalizando entre sí) las esperanzas hostigadas se tornan en pensamientos homicidas. Y de la bestia humana que has sido, te conviertes en rehén del no-ser.

¿Por qué no me cubrirán las sombras de la eterna estupidez y el frescor de la ignorancia? Los ardores de un páramo de desesperanzas…

En un cerebro difunto los tiempos que emprendieron una cruzada de destrucción no podrán matar el recuerdo de un Dios fermentado a base de suspiros y soledades.

*

En un mundo donde ya no tengo a nadie solamente me queda Dios.

*

El silencio que sigue a las grandes intensidades; a la inspiración, a la sexualidad, a la desesperación. Diríase que la naturaleza ha huido y el hombre se ha quedado sin horizontes en una vigilia próxima a la aniquilación. La naturaleza es una función de los ardores del alma. La existencia se crea en el momento subjetivo por excelencia. Porque nada *es* fuera de las embestidas del corazón.

*

El hombre se ve impotente para librarse de su angustia. No ha conseguido ampliar el horizonte de la razón más que por medio del terror.

*

… La sed de un paraíso de la indulgencia construido sobre una sonrisa de depravaciones celestiales…

*

La neurosis es un estado de hamletismo automático. Confiere a quien la padece atributos de genio sin la ayuda del talento.

*

La indecisión entre cielo y tierra nos transforma en santos negativos.

*

En las cumbres de los Alpes y de los Pirineos, teniendo las nubes a mis pies, apoyado contra la nieve y el cielo, comprendí:

— que las sensaciones tienen que ser más puras que el aire enrarecido de las alturas, que en ellas no pueden entrar ni el hombre ni la tierra ni objeto alguno de este mundo; que los instantes sean brisas de éxtasis y la mirada un torbellino de altura;

— que los pensamientos acaricien el barniz de las cosas que no son como el murmullo melancólico del viento que roza la bóveda celeste y la nieve. Que en tu mente se reflejen todas las cimas de los montes sobre las cuales no has sido hombre y todas las orillas de los mares donde has paseado tu tristeza. El hastío se vuelve música a orillas del mar y éxtasis en las crestas de las montañas;

— que ya no hay «sentimientos». Porque ¿hacia quién los dirigiríamos? Siempre que dejas de ser hombre, lo único que «sientes» es la pujanza del no-ser;

— que sólo se puede vivir errante. Vuelve sobre tus pasos y vete hacia las estrellas. Repite diariamente la lección de la noche en que los astros se te aparecieron ridículamente solos.

*

Después de cada viaje, el progreso hacia la nada te ata irremediablemente al mundo. Al descubrir nuevas bellezas pierdes, por la atracción que ejercen, las raíces que te habían salido cuando ni sospechabas que existían. Poseído ya de su magia, embriagado por el olor de «no-mundo» que de ellas emana, te elevas hacia un vacío puro, engrandecido por la ruina de las ilusiones.

Cuanto más creo en menos cosas, tanto más me muero a la sombra de la belleza. Por eso al no tener nada que me ate ya a la vida, tampoco tengo nada que me vuelva contra ella. Sólo he empezado a amar conforme he ido malgastando las esperanzas. Cuando nada tenga ya que perder, la vida y yo seremos uno.

*

El donjuanismo es el fruto de una santidad mal usada. En todas las declaraciones de amor sentía que solamente lo Absoluto importaba y que, por tal motivo, podía hacer lo que se me antojara y sin importarme a quien.

*

El fondo gris de las montañas jaspeado de nieve en las madrugadas de verano: ruinas de un cielo inmemorial.

*

Las ideas son melodías muertas.

*

Al no poder revelar a los hombres los conflictos de nuestro corazón, si no fuera por Dios, habríamos tenido que dejar que nuestros puñales se cubrieran de herrumbre en sus recovecos. El corazón se inclina de forma natural hacia la flor del suicidio que hay en medio de ese jardín para vagabundos que es la vida.

*

El sino del hombre es una continua ausencia de «ahora» y una insistente frecuencia de «antaño» (palabra esta que es expresión de la fatalidad). De su prolongada resonancia surge un incurable temblor de perdición.

*

Nada altera más la ingenuidad de la sangre que la intervención de la eternidad. ¿Qué clase de desgracia estará vertiendo en la lozanía de los deseos para dispersarlos y extirparlos sin dejar huella? La eternidad no se compone de soplos de vida. Su fúnebre prestigio ahoga el ímpetu y reduce la realidad a un estado de ausencia.

Sobre las olas de la nada que cubren a placer el espíritu, sólo de los deseos sopla una brisa de existencia.

*

En todas las religiones la parte referente al dolor es la única que vale para una reflexión desinteresada. El resto es pura legislación o metafísica de saldo.

*

En el hastío el tiempo sustituye a la sangre. Sin hastío no sabríamos cómo corren los instantes, ni siquiera que existen. Cuando se desencadena, nada puede detenerlo. Porque entonces te sientes hastiado *con todo el tiempo*.

*

El papel del pensador es inventar ideas poéticas, suplir el mundo por imágenes absolutas huyendo de lo general quebrantando las leyes. Desde la esencia de la naturaleza se nos revela en la vergüenza de su identidad y el horror de los principios. El pensamiento brota sobre la ruina de la razón.

*

Me gustan las miradas que no sirven a la vida, y las cumbres sobre las que oigo el tiempo. (El alma no es contemporánea del mundo.)

*

Hay países donde yo no habría podido fracasar un instante siquiera, por ejemplo, España. Y hay lugares grandiosos y sombríos en los cuales la piedra desafía las esperanzas, sobre cuyos muros se dedica a holgazanear la eternidad, entregada a rememorar el tiempo, lugares privilegiados donde la divinidad sestea, que nos obligan a ser uno mismo de manera absoluta: en Francia, el monte Saint Michel, Aigues-Mortes, les Baux y Rocamadour. En Italia, el país entero.

*

El hastío absoluto se confunde con la objetivación carnal de la idea del tiempo.

*

Un pensamiento tiene que resultar tan extraño como la ruina de una sonrisa.

*

El espacio en el que gira la razón me parece tan alejado y falto de fundamento como un Uruguay celestial.

*

El defecto de todos los hombres que creen en algo consiste en menospreciar la muerte. Lo absoluto de ella sólo se revela a quienes tienen un agudo sentido del carácter accidental de la individuación, del error múltiple de la existencia. El individuo es un fracaso *existente*, un error que afronta el rigor de cualquier principio. No es la razón quien nos pone frente a la muerte, sino nuestra condición única de individuo. El que tiene convicciones enmascara incluso ese drama de la unicidad. Vuélvete

hacia la muerte purificado y desnudo, sin la contaminación de las edulcoraciones de la muerte, de la atenuación de las ideas. Hay que mirarla a la cara, con la virginidad interior de los momentos en que no creemos en nada, más incluso: como mártir de la nada.

*

El amor a una vida llena de miedo y dolor no tienta sino a quienes de mala gana están sumergidos en ella. Hay mañanas que florecen súbitamente en el desierto del cansancio y que nos clavan, inmóviles, en brazos de la existencia.

Cuando se siente asco por todo, ese inmenso asco que emana de la desidia de la sangre y de las ideas, fugaces revelaciones de felicidad irrumpen y se extienden de forma ambigua sobre nuestros suspiros, como retazos de cielo. Y entonces buscamos un equilibrio entre el asco de ser y el de no ser.

*

Una horda de ángeles o de demonios me ha colocado sobre la frente la corona del hastío. Pero, dado mi apasionado apego al mundo, no puede ensombrecer la firmeza de mis esperanzas inútiles.

El cielo y no la tierra fue quien me volvió «pesimista». La *impotencia de ser* que sobreviene al hecho de pensar en Dios…

*

En la mística existe sufrimiento, un sufrimiento infinito. Pero no la tragedia. El éxtasis es el reverso de lo irreparable. La tragedia solamente es posible en la vida *como tal*, esa *falta de salida* llena de grandeza, de inutilidad y de hundimiento. Shakespeare es grande porque en él no triunfa idea alguna: sólo la vida y la muerte. Quien «cree» en algo carece del sentido de lo *trágico*.

*

Hace ya un tiempo que no meditas sobre el tedio sino que dejas que él lo haga sobre sí mismo. En la vaguedad del alma, el hastío tiende hacia la sustancia. Y se vuelve *sustancia de vacío*.

*

Para quien ante la proximidad de lo Absoluto no pueda escapar a las tentaciones de la vida, no hay suicidio que pueda poner punto final a su desunión interior. No hay nada que lo ayude a resolver el cruel drama de la razón. Lo insoluble del pensamiento se agota en este conflicto. El peso del encanto de lo real desequilibra la balanza y no hay modo de contrarrestarlo aunque las ideas flotan sobre el fulgor del no-ser. Una vida sensual en la nada…

Cuando has amado apasionadamente la vida, ¿qué andabas buscando entre tus pensamientos? El espíritu es un error inmenso siempre que las flaquezas otorgan a la vida prestigios de axioma.

*

Soy un Sahara roído por los placeres, un sarcófago de rosas.

*

Las calles desiertas en las grandes ciudades: da la impresión de que en cada casa hay alguien ahorcándose.

… Y, luego, mi corazón: cadalso hecho a la medida de sabe Dios qué diablo.

*

La santidad representa el más alto grado de actividad al que podemos llegar sin necesidad de recurrir a la vitalidad.

*

El nihilismo es la forma límite de la benevolencia.

*

El hastío es vulgar o sublime, según nos parezca que el universo huele a cebolla o que emana de la inutilidad de un rayo luminoso.

Capítulo decimocuarto

Sólo me siento «en casa» cuando estoy a orillas del mar. Porque sólo puedo construirme una patria con la espuma de las olas.

En el flujo y reflujo de los pensamientos sé muy bien que ya no me queda nadie: sin país, sin continente, sin mundo. Me he quedado con los suspiros lúcidos de los amores fugaces en noches que aúnan la felicidad con la locura.

*

La única excusa para la pasión de las vanidades es vivir *religiosamente* la inutilidad del mundo.

Dios es testigo de que he mezclado el cielo en todas las sensaciones, que he levantado una bóveda de pesadumbre sobre cada beso y un firmamento de otras nostalgias sobre ese desvanecimiento.

*

Nada sirve menos a la naturaleza que el amor. Cuando la mujer cierra los ojos, tu mirada se desliza por sus párpados buscando otros firmamentos.

*

En las desesperaciones súbitas e infundadas el alma es un mar en el que se ha ahogado Dios.

*

El único contenido positivo de la vida es negativo: el miedo a morir. La sabiduría —muerte de los reflejos— lo vence. ¿Pero cómo podemos dejar de temer a la muerte sin caer en la sabiduría? Sin separar, de alguna forma, el hecho de morir del de vivir, encontrando la vida y la muerte en el *placer de la contradicción*. Sin ese deleite una mente lúcida ya no puede tolerar las oposiciones de la naturaleza ni sufrir los problemas insolubles de la existencia.

*

En el último grado de lo incurable, tomas partido por Dios. *Creer* significa morir con las *apariencias de la vida*. La religión alivia lo absoluto de la muerte para poder atribuir a Dios virtudes resultantes de esa situación de disminución. El es grande en la medida en que la muerte no lo es todo. Y hasta ahora nadie ha tenido la arrogancia de sostener (salvo en los casos de entusiastas errores) que aquélla lo fuera todo…

*

Cuanto más pierdo mi fe en el mundo, tanto más *me hallo* en Dios, sin *creer* en él. ¿Será una misteriosa enfermedad o una nobleza de la razón y del corazón lo que induce a ser al mismo tiempo escéptico y místico?

*

La infelicidad no tiene sitio en el universo de las palabras.

*

La eternidad no es otra cosa que la carga de la ausencia de tiempo. Por tal motivo, en ninguna parte sentimos más intensamente que en el cansancio, sensación física de la eternidad.

Todo cuanto no es tiempo, todo lo que es más que el tiempo, nace de un profundo agotamiento, del intenso y meditativo so-

por de los órganos, de la pérdida del ritmo del ser. La eternidad se extiende por los silencios de la vitalidad.

*

A causa de ser yo mismo, he roto todas mis barreras. ¿Podrá el espíritu volver a levantarlas anulándose en la certeza de la ceguera? ¿Con qué prodigios y sortilegios podríamos hacer retroceder el conocimiento? ¿Cuándo se batirán los insomnios en retirada? El ser no puede salvarse sin la cobardía de la razón.

¿Hasta cuándo el papel del corazón será cantar la agonía de la razón? ¿Y cómo poner término a la conciencia acosada entre la duda y el delirio?

*

El lirismo representa el máximo error con el que podemos defendernos de las asechanzas de la lucidez y del conocimiento.

*

No hacer diferencia entre el drama de la carne y del pensamiento… Haber introducido *la sangre* en la lógica…

*

La repugnancia por el mundo: la irrupción del odio en el tedio. En lo indefinido del hastío se introduce así la cualidad religiosa de la negación.

La vida me parece un monasterio donde uno se refugiaría para olvidar a Dios y cuyas cruces atravesarían la nada del cielo.

*

Una vez que el alma ha filtrado a Dios, el poso que queda se convierte, como si de un castigo se tratara, en sustancia suya.

*

Todo es inútil y una insensatez, excepto, quizá, la melodía oculta del dolor. Las fronteras del hombre son las del sufrimien-

to. Sólo tras haber padecido mucho se tiene derecho a considerar que el mundo es un pretexto estético, un espectáculo para nuestra noble y enferma inteligencia. Entonces se sufre estando *fuera* del sufrimiento. Nadie sabrá qué profusión de sufrimientos es la que te transforma en un esteta *en sentido religioso*.

*

Los pensamientos brotan del ascetismo de los instintos, y el Espíritu vacía de contenido a los poderes de la vida. Así, el hombre se vuelve *fuerte* pero carente de los medios de la vitalidad. El fenómeno humano es la mayor crisis de la biología.

*

Como no puedo echar sobre mí los sufrimientos ajenos, cargo con sus incertidumbres. En el primer caso, acaba uno en la cruz; en el segundo, el Gólgota sube hasta el cielo.

Los sufrimientos son infinitos; las incertidumbres, interminables.

*

Cuando ya no puedas rezar, di *Absoluto* en lugar de *Dios*. La primacía de lo abstracto implica una falta de oración. Lo Absoluto es un Dios fuera del corazón.

Avanzamos en el proceso de eliminación de la persona divina a medida que introducimos el culto a la inutilidad a lo largo y ancho de la conciencia. ¿Para qué otra cosa nos serviría lo Absoluto? En la eternidad todo es inútil. Es preciso que la nobleza del gesto estético purifique el impulso místico. Adoptemos un máximo de estilo desde las raíces últimas del ser. Adornemos el propio Juicio Final con el prestigio del arte y fundámonos, en la razón final del mundo, en una patética negación de nosotros mismos. Para un sentimiento elevado lo Absoluto es un fragmento gratuito de la Nada, exactamente como lo sería en la escultura un busto.

*

¿Por qué los hombres no se habrán postrado ante las nubes?

¿Por qué flotan más fácilmente en el cerebro que en el cielo?

*

Los pensamientos surgidos en un momento de terror tienen el misterio y los ojos petrificados de los iconos bizantinos.

*

Todos los caminos van de mí hacia Dios, no hay ninguno que venga de El hacia mí. Por eso el corazón es un absoluto, y lo Absoluto, una nada.

*

El exilio interior es el clima perfecto para los pensamientos sin raíces. No alcanzarás la grandiosa inutilidad del espíritu mientras tengas un lugar en el mundo. Piensas —constantemente— porque te falta una patria. Como no tienes fronteras, el espíritu no tiene dónde encerrarte. Por tal motivo, el pensador es un emigrante perpetuo. Y como no supiste pararte a tiempo, la vida errante se convierte en la única senda de tu desconsuelo.

*

¡La melancolía introduce tanta música en el hundimiento de la mente!

*

Apegados a lo inmediato los hombres respiran trivialidad. ¿De qué otra cosa puedes hablar con ellos que no sea de hombres? E incluso de acontecimientos, de objetos y preocupaciones. Nunca de ideas. Y precisamente lo único que no es trivial es el concepto. Desconocen la nobleza de la abstracción porque, avaros de sus facultades, no son capaces de gastar energías para

alimentar *lo que no es;* la idea. La trivialidad: la falta de abstracción.

*

El patético abandono de las cosas fija los dos polos del sentimiento: un amor sin amor y un odio sin odio. Y el universo se transforma en una Nada activa en la que todo es puro y sin utilidad, como la oscuridad en los ojos de un ángel.

*

La enfermedad es un desastroso deleite que no puede asemejarse más que al vino y a la mujer. Tres medios a través de los cuales el yo es siempre más y menos, ventanas abiertas a lo absoluto y que se cierran en las densas tinieblas de la mente. Y es que la locura es un obstáculo que el conocimiento se pone a sí mismo, algo insoportable al espíritu.

*

Cuanto más inciertos son los límites del hombre, más fácilmente se acerca a la *falta de fondo* de Dios. ¿Acaso lo habríamos encontrado si hubiera sido él naturaleza, persona o cualquier otra cosa? Sobre él sólo podemos decir lo siguiente: que no se termina en las profundidades. Así, el hombre no tiene más puente hacia la inmensidad divina que lo indefinido. La falta de fondo es el punto de contacto entre el abismo divino y el humano.

Nuestra tendencia a perder los límites, nuestra inclinación por lo infinito y por la destrucción son un escalofrío que nos instala en el espacio donde se exhala el soplo divino. Si nos quedásemos reducidos a los límites de la condición individual, ¿cómo podríamos deslizarnos hacia Dios? Nuestra inseguridad, nuestra vaguedad, representan focos metafísicos más importantes que la confianza en un destino y el orgulloso abandono a una razón de ser. Las flaquezas humanas son posibilidades reli-

giosas a condición de que sean profundas. Porque entonces llegan hasta Dios.

Las olas de la nada que agitan al ser humano se prolongan en ondulaciones hasta la ausencia infinita de la divinidad. La única base del hombre es un fondo insondable de Dios.

*

Yo también soy un mártir: quisiera morir por las dudas. (El escepticismo, sin un aspecto religioso, es una degradación del espíritu.) Pero no por las dudas de la inteligencia sino por las de la crucifixión. Traspasar con clavos el corazón del espíritu. Doblegar dolorosamente la razón hacia los horizontes del mundo; sangrar al sonreír. ¿Cuándo encenderé fogatas en las ideas? ¡Hay tantas ascuas en las oscilaciones de la mente! ¡No es fácil dudar cuando se tiene la mirada vuelta a Dios!

*

Arrodillado, ¿traspasaré acaso la tierra? ¿Llevaré hasta el final mi rechazo a la oración? ¿Humillaré a Dios con mi libertinaje sobrenatural?

Cuanto más subo hacia el cielo, más bajo a la tierra.

El espíritu, despegado de todo, marcha con idéntica fuerza en direcciones opuestas. No puedes adherirte a nada sin hacer una reserva equivalente. Toda pasión despierta, de manera simultánea, el polo opuesto. La oposición es la sustancia de la vida humana. Tengo de mi parte todas las direcciones del mundo desde que ya no me tengo.

La paradoja expresa la incapacidad de estar *naturalmente* en el mundo.

*

El universo es una pausa del espíritu.

*

El papel del corazón es convertirse en himno.

*

En un último análisis el escepticismo sólo surge de la imposibilidad de realizarse uno en el éxtasis, de alcanzarlo, de vivirlo. Sólo su luminosa ceguera, desgarradoramente reveladora, nos cura de las dudas. Una muerte de temblores balsámicos. Cuando la sangre bulle dentro de ti hasta el cielo, ¿cómo puedes seguir dudando? ¡Pero qué raro resulta que bulla así!

Escepticismo: el desconsuelo de no estar en el cielo.

*

Introducir sauces llorones en las categorías…

*

Sólo en la medida en que se sufre se tiene derecho a atacar a Jesús, al igual que, honradamente, no se puede estar contra la religión sin ser religioso. *Desde fuera* no hay una sola crítica que pruebe nada ni comprometa a nadie. Cuando atacamos el interior de una posición, el interior de *nuestra* posición, no tiramos contra el adversario sino contra nosotros mismos. Una crítica efectiva es una autotortura. El resto es un juego.

*

Sonrisas dolorosas que apagan el sol…

*

La historia acabaría en el instante en que el hombre se mantuviera clavado en una verdad. Pero el hombre *vive* de verdad sólo en la medida en que toda verdad lo aburre. La fuente del devenir es la infinita posibilidad de error del mundo.

Una época se apoya en una verdad y cree en ella porque no la sopesa. Cuando la colocamos en la balanza y la pesamos, se transforma en una verdad *cualquiera*, en error. Cuando se juzga

algo, una certeza inmutable se vuelve un principio que oscila sin sentido alguno.

No es posible estar lúcido respecto a una verdad sin ponerla en evidencia. Un sujeto o una época tienen que vivir *inconscientemente* en lo incondicional de un principio para reconocerlo como tal. *Saber* trastoca cualquier huella de certidumbre. La conciencia (fenómeno límite de la razón) es un foco de dudas que no pueden resolverse si no es en el crepúsculo de la razón lúcida. La lucidez es un desastre para la verdad pero no para el conocimiento sobre cuya base se alza una complicada arquitectura de errores a la que, para simplificar, llamamos *espíritu*.

*

Mi espíritu sólo encuentra satisfacción en la metafísica y en los himnos marianos.

*

Dios está suspirando a cada momento; y es que el tiempo es Su oración.

*

Cuando la salud y la dicha se ciernen sobre nosotros, un ascua se posa sobre nuestros pensamientos y la mente se retira.

La infelicidad es el más poderoso estimulante del espíritu.

*

Si el corazón se redujera a su esencia ideal, es decir, a la crucifixión, se levantarían cruces en sus dominios, de las que penderían las esperanzas con todo el vano encanto de su locura.

*

La lucidez: otoño de los instintos.

*

No temo tanto a los sufrimientos como a la resignación que les sigue. ¡Ojalá pudiera sufrir eternamente sin reconciliación y sin necesidad de tener que mendigar!

La enfermedad te coloca en los límites de la materia; gracias a ella, el cuerpo se convierte en una vía hacia lo Absoluto. Porque las derrotas corporales hacen del dolor un paraíso en el desastre.

La enfermedad sirve directamente al espíritu. Más aún: el espíritu es enfermedad, *en el plano abstracto*, al igual que el hombre: *materia contaminada*.

*

Gracias a la soledad todo lo que escapa del control de los sentidos (lo invisible, en primer término) adquiere un carácter de inmediatez. Estar sin hombres y sin mundo; o sea, encontrarse en la esencia sin intermediarios. Así se te abre, con un raro temblor, la visión sustancial de la noche, de la luz, del pensamiento. Separas entonces de todas las cosas *el resto absoluto*, lo que queda de algo cuando ya no existe para los sentidos. Comprendes el misterio último de la noche, pero los sentidos ya no sienten la noche. O te emborrachas de música y ningún sonido te acaricia ya el oído. La acerba soledad del espíritu descubre la nada inmaculada desde el fundamento de las apariencias, la pureza divina o demoníaca que se halla en la base de todas las cosas. Y entonces comprendes que el último sentido del espíritu es enfermarse de infinito.

*

¿Cuándo me sumergiré sin apelación en el diablo y en Dios?

*

En el paraíso la bóveda celeste cumplía la función que la tierra tiene para nosotros. Esto quiere decir que los dos primeros seres marchaban por un desierto azul. Por eso ellos allí no po-

dían *conocer;* mientras que aquí, en la tierra, sobre el doloroso color de la tierra, no puede hacerse otra cosa.

*

Arrancad una flor o una cizaña y observad de dónde ha brotado: de una solidificada expiación.

*

La primera lágrima de Adán puso la Historia en movimiento. Aquella gota salada, transparente e infinitamente concreta es el primer momento histórico; y el vacío dejado en el corazón de nuestro siniestro antepasado, el primer ideal.

Poco a poco el hombre, al perder el don de llorar, ha ido sustituyendo las lágrimas por ideas. La propia cultura no es sino la imposibilidad de *llorar*.

*

Existe una fatiga sustancial en la que se congregan todas las fatigas cotidianas y que nos deposita directamente en medio de lo Absoluto. Caminas entre hombres, repartes sonrisas o buscas por la fuerza de la costumbre verdades, y en tu fuero interno te apoyas sobre los fundamentos de la naturaleza. *No tienes alternativa:* te empujan hacia allí. Yaces (de grado o por la fuerza) en los postreros estratos de la existencia. La vida te parece entonces (un dramático *entonces* de cada instante) un sueño que vas devanando del paisaje de lo Absoluto, una alucinación surgida de haberte enajenado de todo. Al deslizarte de esa manera por la pendiente de las cosas inalcanzables y tener que sostenerte en el mundo por medio de instintos vagos, la contradicción de tu destino es más dolorosa que la irrupción de la primavera en un cementerio rural.

El hombre es un náufrago de lo Absoluto. No puede elevarse hacia él, sino sólo ahogarse. Y nada lo sumerge más profunda-

mente en él que las grandes fatigas, esas fatigas que abren el espacio mediante un bostezo de lo infinito y del hastío.

Como seres, no tenemos derecho a mirar más allá de nuestros límites. Nos hemos convertido en *hombres y hemos salido del paraíso del ser. Eramos* Absoluto. Ahora sabemos que estamos *en* él. De esta suerte, ya no *somos* ni Absoluto ni hombres. El conocimiento ha levantado un muro insalvable entre el hombre y la felicidad. El sufrimiento no es otra cosa que la *conciencia* de lo Absoluto.

*

Las ideas tienen que ser espaciosas y onduladas, como la melodía de una noche en blanco.

*

He aquí lo más vago: Dios. Sólo la idea de El es más vaga que El mismo.

… Y esa Vaguedad fue desde siempre el más desgarrador tormento del hombre. La muerte no introduce precisión alguna en ella, sino sólo en el individuo. Y es que por el hecho de morir no conocemos a Dios más de cerca, porque nos extinguimos con todas las carencias de nuestro ser y nos enteramos de lo que no somos o lo que habríamos podido ser. Y así, la muerte nos ha descargado por última vez del peso del conocimiento.

*

Ese temor al hastío que no puede asemejarse a nada… Un extraño mal caldea la sangre y presagia el sordo vacío que te machacará después, en horas sin nombre. Se acerca el Tedio, hiel del tiempo vertida en las venas. Y el miedo que te envuelve apela a la huida. Así empiezas a no estar ya en paz en ningún sitio.

*

Es menester vivir las insuficiencias de este mundo, hasta la teología y el demonismo. No podemos quedarnos, en ningún caso, en el estadio de los sentimientos. Hay que dar cuenta de todo, *a la vez*, a Dios y al diablo.

*

Bach y Wagner, que aparentemente presentan diferencias radicales, son los músicos que en el fondo más se parecen. No como arquitectura musical, sino como sustrato de sensibilidad. ¿Hay en la historia de la música dos creadores que hayan expresado más amplia y completamente el indefinible estado de la languidez? Que en el primero sea divino y en el segundo erótico, o que uno condense la languidez de su alma en una construcción sonora de absoluto rigor y el otro dilate su alma con una música de prolongadas modulaciones, no invalida en absoluto el que ambos tengan en común una profunda sensibilidad. Con Bach, uno ya no está en el mundo a causa de Dios; y con Wagner, a causa del amor. Lo importante es que los dos son decadentes, que ambos desgarran la vida con una especie de ímpetu negativo, los dos nos invitan a morir fuera de nosotros. Y ninguno de ellos puede ser entendido sino en el cansancio, en las nadas vitales, en los goces de la aniquilación. Ni uno ni otro puede servir de antídoto a la tentación de no ser.

*

Sea como fuere, la sexualidad es misteriosa, pero especialmente cuando ya no se pertenece al mundo. Entonces uno vuelve a sus revelaciones con un indecible estupor y se ve obligado a preguntarse si, en verdad, ya no pertenece al mundo, desde el momento en que un ejercicio tan sumamente antiguo lo subyuga y lo conquista.

Pero es más que posible que el sentido del pensamiento que ha echado a andar por sus propios senderos no sea otro que la

tensión en las contradicciones y la profundidad en lo insoluble. Sólo en la renuncia al mundo podemos alcanzarlas con facilidad; en ninguna otra parte. El éxtasis reversible e infinito, al atravesar las alturas del desprendimiento, crea una desorientación que es foco de problemas, de angustia y de interrogantes. En un espíritu castigado por el exceso de pensamiento las caricias y los orgasmos aúnan planos divergentes y mundos irreconciliables. En el erotismo se concilian las dos caras del universo, la enemistad del alma y la de la carne. Se concilian por un instante. Enseguida empieza otra vez con una fuerza más feroz y despiadada. Lo importante es que aún puedes asombrarte. Y no hay que dejar escapar ninguna de estas ocasiones. Los otros se someten a las maravillas de la carne; no conocen la que surge en la intersección del espíritu con la carne ni la zozobra henchida de placer y de sufrimiento de su complicidad.

*

La neurastenia: momento *eslavo* del alma.

*

Si no hubiésemos tenido alma, nos la habría creado la música.

*

Todo cuanto no es naturaleza es enfermedad. El devenir histórico expresa los grados de la enfermedad de la naturaleza. Estos grados no son carencias, sino crisis en los momentos de elevación. Porque «la salud» puede representar un concepto positivo solamente hasta la aparición del espíritu.

El mundo salió de la quietud inicial por la exasperación de la identidad. No podemos saber qué es lo que «afectó» al equilibrio originario, pero está claro que un hastío por su propia identidad, una enfermedad del infinito estático puso al mundo

en movimiento. La enfermedad es un agente del devenir. He ahí su sentido metafísico.

… Y por ello en todo hastío penetran reflejos del tedio inicial, como si en el paisaje saturniano del alma se extendiesen oasis desde los tiempos en que las cosas, inmóviles por sí mismas, esperaban *ser*.

*

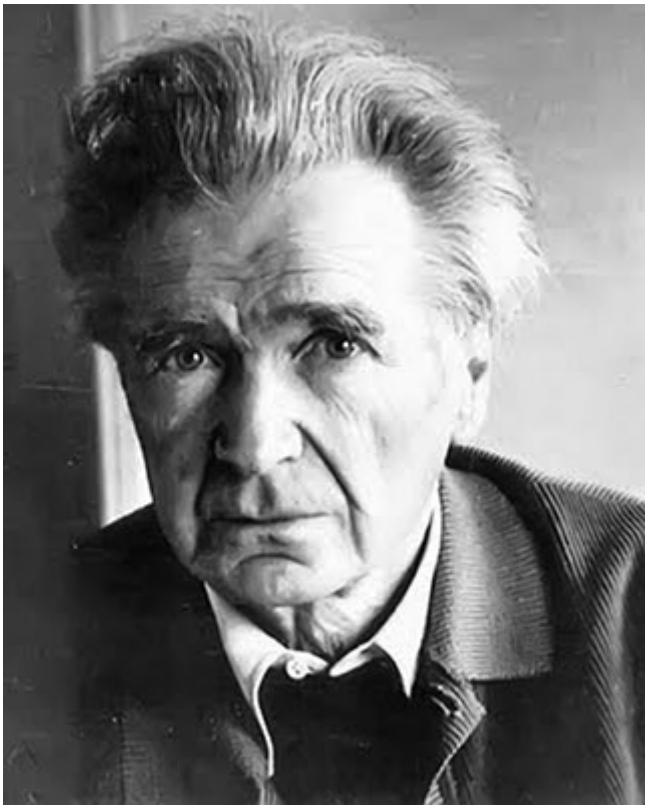
Hay tanta razón y mediocridad en la institución del matrimonio que parece haberse inventado por fuerzas hostiles a la locura.

*

No querría perder la razón. ¡Pero resulta tan prosaico conservarla! ¡Vigilar inútilmente lo incomprensible del mundo y de Dios y extraer ciencia del sufrimiento! ¡Estoy borracho de odio y de mí!

*

La tristeza es un *don*, como la embriaguez, la fe, la existencia y como todo cuanto es grande, doloroso e irresistible. El don de la tristeza…



E. M. CIORAN (Răşinari, Rumanía, 8 de abril de 1911 - París, 20 de junio de 1995). Su nombre auténtico era Emil Cioran, fue un filósofo y escritor de nacionalidad francesa. Nació en un pequeño pueblo rumano llamado Răşinari, donde permaneció hasta 1921. Desde entonces se dedicó a leer todo lo que llegaba a sus manos, autores como Dostoyevski, Flaubert, Pascal, Schopenhauer y, por supuesto, Nietzsche. Estudió filosofía en la Universidad de Bucarest, donde comenzaron sus terribles episodios de insomnio. A partir de esta experiencia demoledora creó *En las cimas de la desesperación*, su furioso primer libro, que escribió inicialmente como una especie de testamento ante su plan de suicidarse antes de cumplir 22 años. Sin embargo, escribir fue para Cioran una experiencia revitalizante y liberadora. Transcurridos los años entre los estudios académicos

y la creación de diferentes libros, decidió irse definitivamente a Francia.

Cioran era un hombre cuyo editor destruyó la edición completa de *Silogismos de la amargura* «porque no se vendían»; que vio dormirse ante sus incrédulos ojos al primer hombre al que leyó la primera página de *Breviario de podredumbre*, libro que reescribió al menos cuatro veces hasta terminarlo a su entera satisfacción; que vivió la mayor parte de su vida en hoteles; que jamás tuvo ordenador; que nunca se casó; que nunca trabajó —con la excepción de aquel incómodo año universitario—; que calificó a Jean Paul Sartre como «un hombrecillo de vida e ideas patéticas»; que jamás profesó religión alguna y que se resistió a recibir premios por su reticencia a «aceptar dinero en público».

En los últimos años algunos de sus libros han vendido más de un millón de ejemplares en el idioma inglés, de lo cual él se habría reído dubitativamente y habría vuelto a decir: «Todo éxito es un malentendido».

E. M. Cioran murió el 20 de junio de 1995, víctima del mal de Alzheimer.

Entre su bibliografía destacan los siguientes títulos: *En las cimas de la desesperación* (1934), *De lágrimas y de santos* (1937), *Breviario de podredumbre* (1949), *Silogismos de la amargura* (1952), *Del inconveniente de haber nacido* (1973), *Conversaciones* (1995).

Notas

[1] No me siento otra cosa que una dificultad de ser. (N. del E. D.) <<

[2] Me dormiré en un sueño de muerte respecto a mi destino. (N. del E. D.) <<

ÍNDICE

El ocaso del pensamiento	2
Capítulo primero	5
Capítulo segundo	27
Capítulo tercero	46
Capítulo cuarto	65
Capítulo quinto	86
Capítulo sexto	104
Capítulo séptimo	122
Capítulo octavo	136
Capítulo noveno	152
Capítulo décimo	168
Capítulo undécimo	184
Capítulo duodécimo	196
Capítulo decimotercero	210
Capítulo decimocuarto	223
Autor	238
Notas	240